

UNA
JUSTA
DE
CABALLEROS

LIBRO #16 EN EL ANILLO DE EL HECHICERO

MORGAN RICE

UNA JUSTA DE CABALLEROS

(LIBRO 16 EL ANILLO DE EL HECHICERO)

MORGAN RICE

Derechos Reservados © 2014 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar.

Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos reservados Razumovskaya Marina Nikolaevna, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.



ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)

CAPÍTULO UNO

Thorgrin estaba en la proa del elegante barco, agarrado a la barandilla, con el pelo hacia atrás por el viento mientras miraba fijamente al horizonte con un presentimiento cada vez más profundo. Su barco, que habían tomado de los piratas, navegaba tan rápido como el viento podía llevarlo, Elden, O'Connor, Matus, Reece, Indra y Selese manejaban las velas, Angel estaba a su lado y Thor, por más ganas que tuviera, sabía que no podía ir más rápido. Sin embargo, él deseaba que así fuera. Después de todo este tiempo, finalmente sabía con seguridad que Guwayne estaba allí delante, justo después del horizonte, en la Isla de la Luz. Y con la misma certeza, sentía que Guwayne estaba en peligro.

Thor no comprendía cómo podía ser así. Al fin y al cabo, cuando los había dejado, Guwayne estaba a salvo en la Isla de la Luz, bajo la protección de Ragon, un hechicero tan poderoso como su hermano. Argon era el hechicero más poderoso que Thorgrin había conocido jamás –incluso había protegido el Anillo entero- y Thor no sabía cómo Guwayne podía sufrir algún daño mientras estuviera bajo la protección de Ragon.

A no ser que hubiera algún poder por allí del que Thorgrin nunca hubiera oído hablar, el poder de un oscuro hechicero que podía igualar incluso al de Ragon. ¿Podría ser que existiera algún reino, alguna fuerza oscura, algún hechicero malvado del que él no supiera nada?

Pero, ¿por qué iban a por su hijo?

Thor pensaba en el día en que se había ido de la Isla de la Luz a toda prisa, bajo el hechizo de su sueño, tan resuelto a marchar de aquel sitio al romper el alba. Echando la vista hacia atrás, Thor se dio cuenta de que alguna fuerza oscura lo había engañado intentando atraerlo lejos de su hijo.

Solo gracias a Lycoples, que todavía estaba volando en círculos

por su barco, chillando, desapareciendo en el horizonte y volviendo de nuevo, había vuelto a la Isla y estaba finalmente en la dirección correcta. Thor se dio cuenta de que las señales habían estado delante suyo todo el tiempo.

¿Cómo las había ignorado? ¿Qué oscura fuerza lo había llevado por el mal camino, para empezar?

Thor recordaba el precio que había tenido que pagar: los demonios liberados del infierno, la maldición del señor oscuro según la cual cada uno significaría una maldición en su cabeza. Sabía que le esperaban más maldiciones, más pruebas y tenía la certeza de que esta era una de ellas. Se preguntaba qué otras pruebas le esperaban. ¿Recuperaría alguna vez a su hijo?

“No te preocupes”, dijo una dulce voz.

Thor se dio la vuelta y vio a Angel tirándole de la camisa.

“Todo irá bien”, añadió con una sonrisa.

Thor le sonrió y le puso una mano sobre la cabeza, apaciguado por su presencia, como siempre. Había llegado a querer a Angel tanto como lo haría con una hija, la hija que nunca tuvo. Le tranquilizaba su presencia.

“Y si no es así”, añadió con una sonrisa, ¡yo cuidaré de ellos!”

Levantó con orgullo el pequeño arco que O'Connor le había tallado y le enseñó a Thor cómo sabía echar hacia atrás la flecha. Thor sonreía divertido, mientras ella levantaba el arco hacia su pecho, colocaba temblorosa una pequeña flecha de madera en ella y empezaba a echar la cuerda hacia atrás. Soltó el arco y su pequeña flecha de madera salió volando, temblorosa, por encima de la borda y hacia el océano.

“¿¡Maté algún pez!?” preguntó emocionada mientras corría hacia la barandilla y echaba contenta un vistazo.

Thor estaba allí, mirando hacia las espumosas aguas del mar y no estaba seguro. Pero igualmente sonrió.

“Estoy segura de que lo hiciste”, dijo para reconfortarla. “Quizás

incluso un tiburón”.

Thor escuchó un chillido a lo lejos y se puso de nuevo en guardia. Todo su cuerpo se paralizó mientras agarraba la empuñadura de su espada y miraba hacia el agua, examinando el horizonte.

Las gruesas nubes grises lentamente desaparecieron y, al hacerlo, dejaron al descubierto un horizonte que hizo que el corazón de Thor se desplomara: en la distancia, unas negras columnas de humo se levantaban hacia el cielo. Al despejarse más nubes, Thor vio que salían de una isla lejana no una simple isla, sino una isla con empinados acantilados, que se alzaban hacia el cielo, con una amplia explanada en la cima. Una isla que no podía confundir con otra.

La Isla de la Luz.

Thor sintió un dolor en el pecho al ver el cielo negro lleno de malvadas criaturas, parecidas a las gárgolas, rodeando lo que quedaba de la isla, como buitres, sus gritos llenando el aire.

Había un ejército de ellos y, bajo ellos, la isla entera estaba en llamas. No quedaba ni un solo rincón intacto.

“¡MÁS RÁPIDO!” gritó Thor contra el viento, sabiendo que era inútil. No se había sentido más desamparado en su vida.

Pero no podía hacer nada más. Observaba las llamas, el humo, los monstruos que se marchaban, escuchaba a Lycople chillando por allá arriba y supo que era demasiado tarde. Nada podía haber sobrevivido. Todo lo que quedaba en la isla – Ragon, Guwayne, absolutamente todo – seguramente, sin duda alguna, estaría muerto.

“¡NO!” gritó Thorgrin, maldiciendo a los cielos, la espuma del mar le golpeaba en la cara mientras lo llevaba, demasiado tarde, hacia la isla de la muerte.

CAPÍTULO DOS

Gwendolyn estaba sola, de vuelta al Anillo, en el castillo de su madre y, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que algo no estaba bien. El castillo estaba abandonado, vacío, habían quitado todas sus pertenencias; no tenía ventanas, se había perdido el hermoso vitral que una vez las había adornado, dejando tan solo los ranuras en la piedra, la luz del atardecer se colaba. El polvo se arremolinaba en el aire y parecía que aquel lugar no se había habitado en mil años.

Gwen echó un vistazo y vio la panorámica del Anillo, un lugar que una vez había conocido y amado con todo su corazón, ahora desolado, distorsionado, grotesco. Como si no quedara nada bueno vivo en el mundo.

“Hija mía”, dijo una voz.

Gwendolyn se giró y se sorprendió al ver a su madre allí de pie, mirando hacia atrás, con la cara demacrada y enfermiza, apenas era la madre que una vez quiso y recordaba. Era la madre que recordaba en su lecho de muerte, la madre que parecía que había envejecido demasiado en una vida.

Gwen sintió un nudo en la garganta y se dio cuenta, a pesar de todo lo que había sucedido entre ellas, de lo mucho que la echaba de menos. No sabía si era a ella a quien echaba de menos o simplemente ver a su familia, a alguien conocido, el Anillo. Daría lo que fuera por estar de nuevo en casa, por volver a lo conocido.

“Madre” respondió Gwen, apenas creyendo lo que veía ante ella.

Gwen alargó el brazo hacia ella y, al hacerlo, de repente se encontró en otro sitio, en una isla, al borde de un acantilado, que estaba chamuscada y había sido reducida a cenizas. El fuerte olor de humo y azufre colgaba en el aire, quemaba las fosas nasales. Miraba la isla y, cuando las olas de ceniza se disiparon en el aire, echó un vistazo y vio un moisés hecho de oro, calcinado, el único objeto en este paisaje de ascuas y ceniza.

El corazón de Gwen latía con fuerza mientras caminaba hacia delante, muy nerviosa por ver si su hijo estaba allí, si estaba bien. Una parte de ella estaba exultante por llegar allí y cogerlo, apretarlo contra su pecho y no dejarlo ir jamás. Pero otra parte temía que no estuviera allí –o peor, que pudiera estar muerto.

Gwen corrió hacia delante y se inclinó para mirar en el moisés y su corazón se partió al ver que estaba vacío.

“¡GUWAYNE!” exclamó angustiada.

Gwen escuchó un chillido, más arriba, parecido al suyo y, al alzar la vista, vio un ejército de criaturas negras, parecidas a las gárgolas, que marchaban volando. Su corazón se detuvo al ver, en las garras del último, un bebé colgando, que lloraba. Lo llevaban hacia un cielo de penumbra, elevado por un ejército de tinieblas.

“¡NO!” chilló Gwen.

Gwen se despertó gritando. Se incorporó en la cama, intentando adivinar dónde estaba. La tenue luz del amanecer se extendía por las ventanas y le llevó unos cuantos segundos darse cuenta de dónde estaba: la Cresta. El castillo del Rey.

Gwen sintió algo en la mano y, al mirar hacia abajo, vio a Krohn lamiéndole la mano y después reposando la cabeza en su regazo. Le acarició la cabeza mientras estaba sentada en la punta de la cama, respirando con dificultad, orientándose lentamente, con el peso de su sueño encima.

Guwayne, pensó. El sueño había parecido muy real. Ella sabía que era más que un sueño – había sido una revelación. Donde quiera que estuviera, Guwayne estaba en peligro. Alguna oscura fuerza lo estaba abduciendo. Podía sentirlo.

Gwendolyn se puso de pie, perturbada. Más que nunca, sintió la urgencia por encontrar a su hijo, por encontrar a su marido. Más que cualquier otra cosa, quería verlo y abrazarlo. Pero sabía que eso no iba a suceder.

Mientras se secaba las lágrimas, Gwen se puso la bata de seda por

encima, atravesó corriendo la habitación, con los adoquines suaves y fríos a sus pies, y se detuvo ante la alta ventana arqueada. Tiró el cristal del vitral hacia ella y, al hacerlo, entró la tenue luz del amanecer, el primer sol que estaba saliendo, inundando el paisaje de escarlata. Era impresionante. Gwen miró hacia fuera, disfrutando de la vista de la Cresta, la inmaculada capital y el interminable paisaje de su alrededor, ondulantes colinas y abundantes viñedos, la mayor abundancia que jamás había visto en un sitio. Más allá, el azul centelleante del lago iluminaba la mañana y, más allá todavía, los picos de la Cresta, formando un perfecto círculo, rodeaban el lugar, que cubierto por la neblina. Parecía un lugar en el que no nada malo podía pasar.

Gwen pensaba en Thorgrin, en Guwayne, en algún lugar más allá de aquellos picos. ¿Dónde estaban? ¿Volvería a verlos alguna vez?

Gwen fue hacia la cisterna, se echó agua en la cara y se vistió rápidamente. Sabía que no encontraría a Thorgrin y a Guwayne sentada en aquella habitación y sentía más que nunca que necesitaba hacerlo. Si alguien podía ayudarla, era quizás el Rey. Él debía tener algún modo de hacerlo.

Gwen recordaba la conversación con él, mientras caminaban por los picos de la Cresta y observaron a Kendrick partir, recordaba los secretos que le había revelado. Que estaba muriendo.

Que la Cresta estaba muriendo. Pero había más, más secretos que le iba a revelar, pero los interrumpieron. Sus consejeros se lo llevaron por un asunto urgente y, mientras se iba, le prometió que le contaría más y que le pediría un favor. ¿Qué favor era? se preguntaba ella. ¿Qué podía querer de ella?

El Rey le había pedido que se reuniera con él en la sala del trono al romper el alba y ahora Gwen se apresuraba a vestirse, pues sabía que ya llegaba tarde. Sus sueños la habían dejado mareada.

Mientras iba a toda prisa por la habitación, Gwendolyn sintió un retortijón de hambre, la hambruna del Gran Desierto todavía le

pasaba factura, y echó un vistazo a la mesa de exquisiteces que le habían preparado –panes, fruta, quesos, postres dulces- y cogió rápidamente algunas cosas para ir las comiendo por el camino. Cogió más de las que necesitaba y, mientras caminaba, le daba la mitad de lo que tenía a Krohn que, gimiendo a su lado, se lo arrebatava de la mano deseoso de alcanzarlo. Ella estaba muy agradecida por esta comida, por la acogida, por el espléndido alojamiento –en algunos aspectos, se sentía como si estuviera de vuelta en la Corte del Rey, en el castillo en el que creció.

Los guardias se pusieron alerta cuando Gwen salió de la habitación, empujando la pesada puerta de madera de roble. Pasó dando largos pasos por delante de ellos, hacia los pasillos tenuemente alumbrados del castillo, las antorchas de la noche todavía quemaban.

Gwen llegó hasta el final del pasillo y subió unas escaleras de caracol de piedra, con Krohn a sus pies, hasta que llegó a los pisos superiores, donde sabía que estaba la habitación del trono del Rey, pues ya empezaba a familiarizarse con el castillo. Corrió hacia otra sala y estaba a punto de pasar por una apertura arqueada en la piedra cuando percibió un movimiento por el rabillo del ojo.

Se echó hacia atrás, sorprendida al ver a una persona entre las sombras.

“¿Gwendolyn?” dijo él con voz suave, demasiado refinado, saliendo de entre las sombras con una pequeña sonrisa petulante en la cara.

Gwendolyn parpadeó, atónita, y tardó un instante en recordar quién era. Le habían presentado a tantas personas en pocos días que todo se había vuelto un poco confuso.

Pero esta era una cara que no podía olvidar. Se dio cuenta de que era el hijo del Rey, el otro gemelo, el que tenía pelo y había hablado en contra de ella.

“Tú eres el hijo del Rey”, dijo, recordando en voz alta. “El tercero

más mayor”.

Él sonrió, con una sonrisa pilla que a ella no le gustó, mientras daba un paso adelante.

“En realidad, el segundo más mayor”, le corrigió. “Somos gemelos, pero yo vine primero”.

Gwen lo observó mientras se acercaba un poco más y vio que estaba impecablemente vestido y afeitado, con el pelo peinado, olía a perfume y aceite y vestía la ropa más fina que ella había visto.

Tenía aspecto de engreído y apestaba a arrogancia y prepotencia.

“Prefiero que no piensen en mí como un gemelo”, continuó. “Soy un hombre por mí solo. Me llamo Mardig. Es mi destino en la vida haber nacido un gemelo, no lo pude controlar. El destino, diría, de las coronas”, concluyó filosóficamente.

A Gwen no le gustaba estar en su presencia, todavía dolida por su trato la noche anterior y sentía que Krohn estaba tenso a su lado, con los pelos de la nuca erizados mientras se frotaba contra su pierna. Estaba impaciente por saber qué quería.

“¿Siempre merodea por las sombras de estos pasillos?” preguntó ella.

Mardig sonreía con aires de superioridad mientras se acercaba más, demasiado para ella.

“Al fin y al cabo, es mi castillo”, respondió, defendiendo su territorio. “Saben que deambulo por aquí”.

“¿Su castillo?” preguntó. “¿Y no es de su padre?”

Su expresión se volvió sombría.

“Todo a su tiempo”, respondió enigmáticamente y dio otro paso hacia delante.

Gwendolyn dio un paso hacia atrás involuntariamente, pues no le gustaba su presencia, mientras Krohn empezaba a gruñir.

Mardig miró a Krohn con desprecio.

“¿Sabía que los animales no pueden dormir en nuestro castillo?” respondió.

Gwen frunció el ceño enojada.

“Su padre no tuvo ningún recelo”.

“Mi padre no impone las normas”, respondió él. “Lo hago yo. Y la guardia del Rey está bajo mi mando”.

Ella frunció el ceño, frustrada.

“¿Por eso me ha parado aquí?” preguntó ella, enojada. “¿Para cumplir con el control sobre los animales?”

Él frunció el ceño en respuesta al darse cuenta de que, quizás, había topado con un igual. La miró fijamente, con los ojos clavados en ella, como si la estuviera analizando.

“No existe ni una sola mujer en la Cresta que no me desee”, dijo. “Y, sin embargo, no veo la pasión en sus ojos”.

Gwen lo miró boquiabierta, horrorizada, al darse cuenta finalmente de qué iba todo aquello.

“¿Pasión?” repitió, avergonzada. “¿Y por qué tendría que sentirla? Estoy casada y el amor de mi vida pronto regresará a mi lado”.

Mardig rió fuerte.

“¿Ah, sí?” preguntó. “Por lo que he oído, hace mucho tiempo que murió. O tanto tiempo que está perdido para usted, que nunca regresará”.

Gwendolyn lo miró enfurecida, mientras su enfado iba en aumento.

“Y aunque no regresara nunca”, dijo ella, “nunca estaría con otro. Y menos aún con usted”.

Su expresión se ensombreció.

Ella se dio la vuelta para irse, pero él le agarró el brazo. Krohn gruñó.

“Aquí yo no pido lo que quiero”, dijo. “Lo cojo. Está en un reino extranjero, a la merced de un anfitrión extranjero. Sería sabio por su parte complacer a sus captores. Al fin y al cabo, sin nuestra hospitalidad, estaría tirada en el desierto. Y existen un montón de circunstancias desafortunadas que pueden acontecer por accidente a

una invitada, incluso con el mejor intencionado de los anfitriones”.

Ella lo miró con el ceño fruncido, había visto muchas amenazas reales en su vida como para asustarse de estas advertencias insignificantes.

“¿Captores?” dijo ella. ¿Es así como nos llama? Yo soy una mujer libre, por si no se había dado cuenta. Me podría ir de aquí ahora mismo si así lo decidiera”.

Él rió, haciendo un terrible ruido.

“¿Y hacia dónde iría? ¿De vuelta al Desierto?”

Él sonrió y negó con la cabeza.

“Puede que técnicamente sea libre de marchar”, añadió. “Pero permítame que le pregunte algo: cuando el mundo es un lugar hostil, ¿dónde la deja esto?”

Krohn gruñó con malicia y Gwen podía sentir que estaba a punto de saltar. Se sacudió la mano de Mardig de encima indignada y posó una mano en la cabeza de Krohn, reteniéndolo. Y entonces, cuando miró de nuevo a Mardig con una mirada asesina, tuvo una repentina percepción.

“Dígame una cosa, Mardig”, dijo con la voz dura y fría. “¿Por qué no está usted allá fuera, luchando con sus hermanos en el desierto? ¿A qué se debe que es usted el único que se ha quedado atrás? ¿Es que el miedo le domina?”

Él sonrió, pero bajo su sonrisa ella notaba la cobardía.

“La caballerosidad es para los estúpidos”, respondió él. “Estúpidos cómodos, que preparan el camino a los demás para que consigamos lo que queremos. Cuélguele el nombre de “caballerosidad” y los podrá usar como marionetas. A mí no pueden utilizarme tan fácilmente”.

Él lo miró, enojada.

“Mi marido y nuestros Plateados se ríen de un hombre como usted”, dijo ella. “No duraría ni dos minutos en el Anillo”.

Gwen miraba de él a la entrada que estaba tapando.

“Tiene dos opciones”, dijo ella. “Puede apartarse de mi camino, o Krohn tomará el desayuno que con tanto entusiasmo desea. Creo que su tamaño es perfecto para él”.

Él echó un vistazo a Krohn y vio que le temblava el labio. Se apartó hacia un lado.

Pero ella todavía no se marchó. En cambio, dio un paso adelante y se acercó a él mirándolo con desprecio pues quería decirle lo que pensaba.

“Puede que esté al mando de su pequeño castillo”, gruñó de manera amenazante, “pero no olvide que habla con una Reina. Una Reina *libre*. Nunca responderé ante usted, nunca responderé ante nadie más mientras viva. Esto ya se ha acabado. Y esto me hace muy peligrosa –mucho más peligrosa que vos”.

El Príncipe la miró fijamente y, ante su sorpresa, sonrió.

“Usted me gusta, Reina Gwendolyn”, respondió él. “Mucho más de lo que pensaba”.

A Gwendolyn le latía fuerte el corazón mientras observaba cómo él se daba la vuelta y se iba, escurriéndose en la oscuridad, desapareciendo en el pasillo. Mientras sus pasos resonaban y se desvanecían, ella se preguntaba: ¿qué peligros acechaban en aquella corte?

CAPÍTULO TRES

Kendrick cabalgaba por el árido paisaje del desierto, con Brandt y Atme a su lado, acompañados por su media docena de Plateados, lo único que quedaba de su hermandad del Anillo, cabalgando juntos como en los viejos tiempos. Mientras cabalgaban, adentrándose cada vez más en el Gran Desierto, Kendrick se sentía agobiado por la nostalgia y la tristeza; esto le hacía recordar su apogeo en el Anillo, rodeado de Plateados, de hermanos de armas, cabalgando hacia la batalla junto a miles de hombres. Él había cabalgado con los mejores caballeros que el reino podía ofrecer, a cual mejor, y a todos los lugares a los que había llegado cabalgando, las trompetas sonaban y los aldeanos corrían a recibirle. Él y sus hombres eran bienvenidos en todas partes y siempre se quedaban despiertos hasta tarde contando de nuevo las historias de batallas, de valentía, de refriegas con monstruos que aparecían del cañón –o peor, de más allá de lo desolado.

Kendrick parpadeó, tenía polvo en los ojos y volvió a la realidad. Ahora estaba en una época diferente, en un lugar diferente. Echó un vistazo y vio a los ocho hombres de los Plateados y esperaba ver a miles más a su lado. Pero la realidad pronto se hizo evidente al darse cuenta de que aquellos ocho eran lo único que quedaba y entendió cuánto había cambiado. ¿Recuperarían alguna vez aquellos días de gloria?

La idea de Kendrick sobre qué hace a un guerrero había cambiado a lo largo de los años y, estos días, sentía que lo que hacía a un guerrero no era solo la habilidad y el honor, sino la constancia. La habilidad de continuar. La vida, de alguna manera, te cubría de muchos obstáculos, desgracias, tragedias, pérdidas y, sobre todo, de muchos cambios; él había perdido más amigos de los que podía contar y el rey por el que había vivido siempre ya no vivía. Su verdadera patria había desaparecido. Y aún así, él continuaba,

incluso cuando no sabía para qué. Él sabía que lo estaba buscando. Y era esta habilidad para continuar, quizás por encima de todo, lo que hacía a un guerrero, lo que hacía que un hombre soportara la prueba del tiempo cuando muchos otros abandonaban. Esto es lo que separaba a los verdaderos guerreros de los fugaces.

“¡PARED DE ARENA AL FRENTE!” gritó una voz.

Era una voz extraña, una a la que Kendrick todavía se estaba acostumbrando, y al echar un vistazo vio a Koldo, el hijo mayor del Rey, destacando entre el grupo por su piel negra, dirigiendo al grupo de soldados de la Cresta. Durante el breve tiempo que hacía que lo conocía, Koldo ya se había ganado el respeto de Kendrick, al observar la manera en que dirigía a sus hombres y el modo en que estos lo admiraban. Era un caballero al lado del cual Kendrick se sentía orgulloso de cabalgar.

Koldo señaló hacia el horizonte y, al echar un vistazo, Kendrick vio lo que estaba señalando –de hecho, lo oyó antes de verlo. Era un silbido estridente, como un huracán y Kendrick recordó el tiempo que estuvo en el Desierto, cuando fue arrastrado a través de él medio inconsciente.

Recordaba las furiosas arenas, agitándose como un tornado que nunca se iba, formando un sólido muro que se alzaba hasta el cielo. Parecía impenetrable, como una pared de verdad, y ayudaba a ocultar la Cresta del resto del Imperio.

Mientras el silbido crecía, Kendrick temía volver a entrar.

“¡PAÑUELOS!” ordenó una voz.

Kendrick vio que Ludwig, el mayor de los gemelos del Rey, estiraba una larga malla de tela blanca y se envolvía la cara con ella. Uno a uno los otros soldados siguieron su ejemplo e hicieron lo mismo.

A su lado apareció cabalgando el soldado que se había presentado a sí mismo como Naten, un hombre que a Kendrick no le había gustado desde el primer momento. Se mostró rebelde e

irrespetuosos hacia el mando que le habían asignado a Kendrick.

Naten sonreía con aires de superioridad mientras se acercaba a Kendrick y sus hombres cabalgando.

“Crees que diriges esta misión”, dijo, “solo porque el Rey te la asignó. Pero todavía no sabes lo suficiente para proteger a tus hombres del Muro de Arena”.

Kendrick le lanzó una mirada de furia al hombre, veía que en sus ojos había un odio hacia él que él no había provocado. Al principio, Kendrick pensó que quizás se había sentido amenazado por él, un extraño, pero ahora veía que simplemente era un hombre al que le encantaba odiar.

“¡Dale los pañuelos!” gritó Koldo a Naten impaciente.

Después de que pasara más tiempo y el muro se acercara todavía más, mientras la arena se enfurecía, Naten finalmente se acercó y lanzó el saco de pañuelos a Kendrick, golpeándole bruscamente en el pecho mientras cabalgaba.

“Repártelos entre tus hombres”, dijo, “o el muro os cortará en pedazos. Tú decides, a mí realmente no me importa”.

Naten se fue cabalgando, dando la vuelta para ir hacia sus hombres y Kendrick repartió rápidamente los pañuelos a sus hombres, acercándose cabalgando al lado de cada uno de ellos y entregándoselos. Entonces Kendrick se envolvió su propio pañuelo en la cabeza y en la cara, como hacían los soldados de la Cresta, dando más y más vueltas hasta que lo sentía seguro pero aún podía respirar. Apenas podía ver a través de él, ocultaba el mundo, que se veía borroso a la luz.

Kendrick se preparaba a medida que se iban acercando y el ruido de los remolinos de arena se volvía ensordecedor. Cuando ya habían avanzado casi cincuenta metros, el aire se llenó con el ruido de la arena golpeando las armaduras. Un instante después, la sintió.

Kendrick se metió en el Muro de Arena y fue como meterse dentro de un océano de arena removido. El ruido era tan fuerte que

apenas podía escuchar el sonido de su propio corazón, pues la arena cubría cada centímetro de su cuerpo, luchando por entrar, por destrozarlo. Los remolinos de arena eran tan intensos que no podía ver a Brandt y Atme, que estaban tan solo a unos metros a su lado.

“¡SEGUID CABALGANDO!” gritó Kendrick a sus hombres, mientras se preguntaba si alguno de ellos podía oírlo, tranquilizándose a él mismo igual que a los demás. Los caballos relinchaban como locos, iban más lentos, actuaban de forma extraña y Kendrick bajó la vista y vio que les estaba entrando arena en los ojos. Le dio una patada más fuerte y rezó para que su caballo no se quedara allí parado.

Kendrick siguió avanzando más y más, pensando que aquello nunca acabaría y, entonces, por fin, gracias a Dios, salió. Salió al otro lado, junto a sus hombres, de vuelta al Gran Desierto, el cielo abierto y el vacío lo estaban esperando para recibirlo al otro lado. El Muro de Arena gradualmente se calmó mientras se alejaban cabalgando y, a medida que volvía la tranquilidad, Kendrick se dio cuenta de que los hombres de la Cresta lo miraban a él y a sus hombres sorprendidos.

“¿Pensabais que no sobreviviríamos?” preguntó Kendrick a Naten mientras este lo miraba boquiabierto.

Naten se encogió de hombros.

“Me hubiera dado igual”, dijo, y se fue cabalgando con sus hombres.

Kendrick intercambió una mirada con Brandt y Atme, mientras todos ellos se preguntaban de nuevo por los hombres de la Cresta. Kendrick sentía que el camino hasta ganarse su confianza sería largo y duro. Al fin y al cabo, él y sus hombres eran extranjeros y habían sido los que habían creado ese rastro y les habían causado el problema.

“¡Hacia delante!” exclamó Koldo.

Kendrick alzó la vista y vio allí, en el desierto, el rastro que habían dejado él y los demás del Anillo. Vio todas sus pisadas, ahora

endurecidas por la arena, dirigiéndose hacia el horizonte.

Koldo se detuvo donde acababan e hizo una pausa, igual que todos los demás, sus caballos respiraban con dificultad. Todos miraron hacia abajo, examinándolas.

“Esperaba que el desierto las hubiera borrado”, dijo Kendrick, sorprendido.

Naten lo miró con desprecio.

“Este desierto no borra nada. Nunca llueve y lo recuerda todo. Estas huellas vuestras los hubieran llevado hacia nosotros y eso hubiera llevado a la Cresta a la ruina”.

“Deja de atosigarle”, dijo Koldo a Naten de manera amenazante, con una severa voz autoritaria.

Todos se giraron al verlo allí cerca y Kendrick se sintió muy agradecido hacia él.

“¿Por qué debería hacerlo?” respondió Naten. “Esta gente crearon este problema. Ahora mismo podría estar de vuelta en la Cresta, sano y salvo”.

“Sigue así”, dijo Koldo, “y te mandaré a casa ahora mismo. Te echaremos de nuestra misión y le contaremos al Rey por qué trataste al comandante que él designó sin respeto”.

Naten, finalmente, bajó sus humos, bajó la vista y se fue cabalgando hacia el otro lado del grupo.

Koldo miró a Kendrick y le hizo una señal de respeto con la cabeza, de comandante a comandante.

“Le pido disculpas por la insubordinación de mis hombres”, dijo. “Como seguramente ya sabrá, un comandante no puede responder siempre por todos sus hombres”.

Kendrick le hizo una señal de respeto con la cabeza, admiraba a Koldo más que nunca.

“¿Es este el rastro de su pueblo?” preguntó Koldo mientras miraba hacia abajo.

Kendrick asintió con la cabeza.

“Eso parece”.

Koldo suspiró y se dio la vuelta para seguirlo.

“Lo seguiremos hasta que termine”, dijo. “Una vez lleguemos al final, retrocederemos y lo eliminaremos”.

Kendrick se quedó perplejo.

“Pero ¿no dejaremos nuestra propia marca al volver?”

Koldo hizo un gesto a Kendrick para que siguiera su mirada y este vio varios aparatos, que parecían rastrillos, sujetos a la parte posterior de los caballos de sus hombres.

“Escobas”, explicó Ludwig, acercándose al lado de Koldo. “Borrarán nuestro rastro mientras nosotros cabalgamos”.

Koldo sonrió.

“Esto es lo que nos ha mantenido invisibles a los enemigos durante siglos”.

Kendrick admiró los ingeniosos aparatos y se oyó el grito de los hombres mientras todos daban una patada a sus caballos, se daban la vuelta y seguían el rastro, galopando a través del desierto, de vuelta al Gran Desierto, hacia un horizonte de vacío. A su pesar, Kendrick echó la vista hacia atrás mientras se iban, dio una última mirada al Muro de Arena y, por alguna razón, le inundó la sensación de que nunca jamás volverían.

CAPÍTULO CUATRO

Erec estaba en la proa del barco, con Alistair y Strom a su lado, y observaba con preocupación que el río se estrechaba. Siguiéndolos de cerca estaba su pequeña flota, todo lo que quedaba de lo que había partido de las Islas del Sur, todos abriéndose camino como una serpiente por este río interminable, adentrándose más y más en el corazón del Imperio. En algunos puntos, este río era ancho como el océano, sus bancos se perdían de vista y las aguas eran claras; pero ahora Erec veía que se estrechaba en el horizonte, cerrándose en un cuello de botella de quizás menos de veinte metros de ancho y sus aguas se volvían turbias.

El soldado profesional que Erec llevaba dentro estaba en máxima alerta. No le gustaban los espacios confinados cuando llevaba a sus hombres y sabía que el río que se estrechaba haría a su flota más susceptible a una emboscada. Erec miró hacia atrás por encima de su hombro y no vio ni rastro de la enorme flota del Imperio de la que habían escapado en el mar; pero esto no significaba que no estuvieran por allí, en alguna parte. Sabía que no dejarían de buscarlo hasta que lo encontraran.

Con las manos en las caderas, Erec miró se dio la vuelta y entrecerró los ojos, estudiando las desoladas tierras que había a ambos lados, extendiéndose sin fin, una tierra de arena seca y piedras duras, sin árboles, sin señal de ninguna civilización. Erec examinó los bancos del río y agradeció que, por lo menos, no divisó ningún fuerte ni ningún batallón del Imperio situado a lo largo del río.

Quería llevar a su flota río arriba hasta Volusia lo más rápido posible, encontrar a Gwendolyn y a los demás y liberarlos –y salir de allí. Los llevaría, atravesando el mar, de vuelta a las Islas del Sur, donde podría protegerlos. No quería distracciones durante el camino.

Sin embargo, por otro lado, el ominoso silencio, el paisaje desolado, también le preocupaba: ¿se estaba escondiendo el Imperio por allí, esperando para una emboscada?

Erec sabía que todavía existía un peligro más grande que estar a la espera del ataque del enemigo y era morir de hambre. Era una preocupación mucho más urgente. Estaban atravesando lo que era esencialmente una tierra desértica y todas las provisiones que tenían allá abajo prácticamente se habían acabado. Mientras Erec estaba allí, podía oír cómo rugía su barriga, pues se habían racionado a una comida por día durante demasiados días. Sabía que si no aparecía un botín pronto en el paisaje, tendría un problema mucho más grande en sus manos. ¿Se acabaría alguna vez este río? se preguntaba. ¿Y si nunca encontraban Volusia?

Y peor: ¿Y si Gwendolyn y los demás ya no estaban allí? ¿O ya habían muerto?

“¡Otro!” exclamó Strom.

Al darse la vuelta, Erec vio a uno de sus hombres tirando con un sedal de un pez amarillo brillante que había en la punta, dejándolo caer sobre cubierta. El marinero lo pisó y Erec se agolpó con los demás y miró hacia abajo. Negó con la cabeza, decepcionado: dos cabezas. Era otro de los peces venenosos que parecían vivir en abundancia en este río.

“Este río está maldito”, dijo el hombre mientras tiraba el sedal al suelo.

“¿Y si este río no nos lleva hasta Volusia?” preguntó Strom.

Erec podía ver la preocupación en el rostro de su hermano y la compartía.

“Nos llevará a algún lugar”, respondió Erec. “Y nos lleva hacia el norte. Si no es hasta Volusia, entonces cruzaremos tierra a pie y nos abriremos camino luchando”.

“¿Deberemos abandonar nuestros barcos entonces? ¿Cómo huiremos de este lugar?”

¿Volveremos a las Islas del Sur?”

Erec negó lentamente con la cabeza y suspiró.

“Puede que no”, contestó sinceramente. “No existe cruzada por el honor que sea segura. ¿Y esto nos ha detenido a ti o a mí alguna vez?”

Strom se giró hacia él y le sonrió.

“Esto es por lo que vivimos”, respondió él.

Erec le sonrió, se dio la vuelta y vio que Alistair se acercaba a su lado, se agarraba a la barandilla y observaba el río, que se iba estrechando a medida que avanzaban. Sus ojos estaban vidriosos y tenía una mirada distante y Erec podía notar que estaba perdida en otro mundo. Había notado que alguna cosa había cambiado en ella también, no estaba seguro de qué era, como si estuviera guardando algún secreto. Se moría de ganas de preguntárselo, pero no quería fisgonear.

Se escuchó un coro de cuernos y Erec, sobresaltado, se giró para mirar atrás. El corazón le dio un vuelco al ver lo que se les echaba encima.

“¡ACERCÁNDOSE RÁPIDAMENTE!” gritó un marinero desde lo alto de un mástil, señalando desesperadamente. “¡LA FLOTA DEL IMPERIO!”

Erec corrió a través de la cubierta, de vuelta a la popa, acompañado por Strom, pasando por delante de todos sus hombres, todos ellos preparados para la batalla, agarrando sus espadas, preparando sus arcos, preparándose mentalmente.

Erec llegó a popa, se agarró a la barandilla, echó un vistazo y vio que era verdad: allí, en la curva del río, a tan solo unos pocos cientos de metros, había una fila de barcos del Imperio, navegando con sus velas negras y doradas.

“Deben habernos encontrado nuestro rastro”, dijo Strom, que estaba a su lado.

Erec negó con la cabeza.

“Nos estuvieron siguiendo todo el tiempo”, dijo él, al darse cuenta. “Solo estaban esperando para dejarse ver”.

“¿Esperando a qué?” preguntó Strom.

Erec se dio la vuelta y miró hacia atrás por encima de su hombro, río arriba.

“Aquello”, dijo.

Strom se dio la vuelta y examinó con atención el río, que se iba estrechando.

“Esperaban al punto más estrecho del río”, dijo Erec. “Esperaban a que tuviéramos que navegar en una sola fila y estuviéramos demasiado adentro para dar la vuelta. Nos tienen justamente donde querían”.

Erec miró de nuevo a la flota y, estando allí, se sentía increíblemente concentrado, como hacía a menudo cuando dirigía a sus hombres o se encontraba en momentos de crisis. Se le activó otro sentido y, como le pasaba a menudo en momentos como este, se le ocurrió una idea.

Erec se dirigió a su hermano.

“Encárgate de aquel barco que está a nuestro lado”, ordenó. “Empieza por la retaguardia de nuestra flota. Haz que todos los hombres salgan de ella y suban al barco que está al lado. ¿Me oyes?”

Vacía aquel barco. Cuando el barco esté vacío, tú serás el último en marchar”.

Strom miró hacia atrás, confundido.

“¿Cuándo el barco esté vacío?” repitió. “No lo entiendo”.

“Tengo pensado hacerlo naufragar”.

“¿Hacerlo naufragar?” preguntó Strom estupefacto.

Erec asintió con la cabeza.

“En el punto más estrecho, cuando las orillas del río se encuentran, girarás este barco hacia un lado y lo abandonarás. Esto creará una cuña, la barrera que necesitamos. Nadie podrá seguirnos.

Y ahora ¡en marcha!” exclamó Erec.

Strom se puso en acción, siguiendo las órdenes de su hermano, respaldándolo, estuviera o no de acuerdo con ellas. Erec llevaba el barco junto con los demás y Strom pegó un salto de una barandilla a la otra. Cuando cayó en el otro barco, empezó a gritar órdenes y los hombres se pusieron en acción, todos ellos saltaron de uno en uno de su barco al de Erec.

Erec estaba preocupado al ver que sus barcos empezaban a separarse.

“¡Encargaos de las cuerdas!” gritó Erec a sus hombres. “¡Usad los garfios, mantened los barcos unidos!”

Sus hombres siguieron su orden, corrieron hacia un lado del barco, levantaron los garfios y los lanzaron al aire, hasta que se engancharon al barco que estaba a su lado y tiraron con todas sus fuerzas para que los barcos no se separaran más. Esto aceleró el proceso y docenas de hombres saltaron de una barandilla a la otra, agarrando todos sus armas rápidamente mientras abandonaban el barco.

Strom supervisaba, gritaba órdenes, se aseguraba de que todos los hombres abandonaban el barco, reuniéndolos hasta que no quedó nadie a bordo.

Strom miró a Erec, mientras este lo observaba con aprobación.

“¿Y qué pasa con las provisiones del barco?” exclamó Strom por encima de todo aquel escándalo. “¿Y sus armas sobrantes?”

Erec negó con la cabeza.

“Déjalo”, le dijo gritando. “Empieza por la retaguardia y destruye el barco”.

Erec se dio la vuelta y se fue corriendo hacia la proa, dirigiendo su flota mientras todos lo seguían y navegaban hacia el cuello de botella.

“¡UNA ÚNICA FILA!”

Todos sus barcos le siguieron mientras el río iba estrechándose gradualmente. Erec navegaba con su flota y, mientras tanto, giró la

vista hacia atrás y vio que la flota del Imperio se acercaba rápidamente, ahora estaba apenas a unos noventa metros. Vio cómo centenares de tropas del Imperio manejaban sus arcos y preparaban sus flechas, prendiéndoles fuego. Sabía que estaban casi a su alcance; había muy poco tiempo que perder.

“¡AHORA!” gritó Erec a Strom, justo cuando el barco de Strom, el último de la flota, se adentraba en el punto más estrecho.

Strom, que estaba observando y esperando, levantó su espada y cortó la mitad de las cuerdas que unían su barco al de Erec mientras, al mismo tiempo, saltaba al barco al lado de Erec. Las cortó justo cuando el barco abandonado navegaba hacia el cuello de botella e, inmediatamente, avanzaba a trompicones, sin timón.

“¡GIRADLO DE LADO!” ordenó Erec a sus hombres.

Todos sus hombres agarraron las cuerdas que quedaban a un lado del barco y tiraron tan fuerte como pudieron hasta que el barco, crujiendo en protesta, se giró lentamente de lado contra la corriente. Finalmente, la corriente lo llevó, se quedó firmemente atascado entre las rocas, apiñado entre las dos orillas del río, mientras su madera crujió y se empezaba a agrietar.

“¡TIRAD MÁS FUERTE!” exclamó Erec.

Tiraban y tiraban y Erec corrió para unirse a ellos, todos chillaban mientras tiraban con todas sus fuerzas. Lentamente, consiguieron girar el barco, manteniéndolo tenso mientras se adentraba más y más en las rocas.

Cuando el barco dejó de moverse, firmemente colocado, Erec se quedó finalmente satisfecho.

“¡CORTAD LAS CUERDAS!” exclamó, sabiendo que era ahora o nunca, sintiendo que su propio barco empezaba a tambalearse.

Los hombres de Erec cortaron las cuerdas que quedaban, liberando su barco en el momento justo.

El barco abandonado empezó a agrietarse, a desmoronarse, sus restos bloqueaban firmemente el río y, un instante después, el cielo

ennegreció cuando un montón de flechas encendidas del Imperio descendieron sobre la flota de Erec.

La maniobra de Erec por alejar a sus hombres de ser heridos había sido en el momento preciso: las flechas habían ido a parar al barco abandonado, cayendo a menos de veinte metros de la flota de Erec y solo sirvieron para prender fuego al barco, creando un obstáculo más entre ellos y el Imperio. Ahora, el río sería infranqueable.

“¡A toda vela hacia delante!” gritó Erec.

Su flota navegaba con todas sus fuerzas, cogiendo el viento, distanciándose de su asedio y dirigiéndose más y más al norte, fuera del alcance de las flechas del Imperio. Vino otra descarga de flechas y estas fueron a parar al agua, salpicando y silbando alrededor del barco cuando impactaban con el agua.

Mientras continuaban navegando, Erec estaba en la proa y observaba, y vigilaba con satisfacción mientras miraba cómo la flota del Imperio se detenía ante el barco en llamas. Uno de los barcos del Imperio, sin miedo, intentó embestirlo, pero lo único que consiguió con sus esfuerzos fue prenderse fuego; centenares de soldados del Imperio gritaron, envueltos en llamas y saltaron por la borda y su barco en llamas creó un mar de restos todavía más profundo. Mientras lo miraba, Erec se imaginaba que el Imperio no podría atravesarlo durante varios días.

Erec sintió una mano que le agarraba fuerte el hombro y, al echar un vistazo, vio a Strom de pie a su lado sonriendo.

“Una de tus estrategias más acertadas”, dijo.

Erec le sonrió.

“Enhorabuena”, respondió.

Erec se giró y miró río arriba, las aguas se movían en todas direcciones y él todavía no estaba tranquilo. Habían ganado esta batalla, pero ¿quién sabía los obstáculos que les aguardaban?

CAPÍTULO CINCO

Volusia, que llevaba su ropaje dorado, estaba en lo alto de su tarima, mirando hacia abajo a los cien peldaños de oro que había levantado como una oda a ella misma, estiró los brazos y disfrutó del momento. Por lo que podía ver, las calles de la capital estaban llenas de gente, ciudadanos del Imperio, sus soldados, todos sus nuevos fieles, todos agachando la cabeza ante ella, hasta tocar con la cabeza en el suelo con la primera luz de la mañana. Todos cantaban a coro a la vez, un suave sonido constante, participando en el servicio de la mañana que ella había creado, tal y como sus ministros y comandantes les habían ordenado que hicieran: adoradla o encontraréis la muerte. Sabía que ahora la adoraban porque tenían que hacerlo, pero muy pronto, lo harían porque sería lo único que conocerían.

“Volusia, Volusia, Volusia”, cantaban. “Diosa del sol y diosa de las estrellas. Madre de los océanos y precursora del sol”.

Volusia observaba y admiraba su nueva ciudad. Por todas partes se habían levantado estatuas de oro de ella, tal y como ella había indicado a sus hombres que lo hicieran. Cada rincón de la capital tenía una estatua de ella, de oro brillante; a donde quiera que uno mirara, no quedaba más remedio que verla, que venerarla.

Por fin, estaba satisfecha. Por fin, era la Diosa que ella sabía que tenía que ser.

Los cantos llenaban el ambiente, al igual que el incienso, que quemaba en todos los altares por ella. Hombres, mujeres y niños llenaban las calles, hombro a hombro, todos inclinándose ante ella y ella sentía que lo merecía. El camino hasta llegar aquí había sido largo y duro, pero ella había marchado hasta la capital, había conseguido tomarla, destruir a los ejércitos del Imperio que se le habían puesto en contra. Ahora, por fin, la capital era suya.

El Imperio era suyo.

Por supuesto, sus consejeros pensaban diferente, pero a Volusia no le preocupaba mucho lo que pensarán. Ella sabía que era invencible, estaba en algún lugar entre el cielo y la tierra y ningún poder de este mundo podía destruirla. No solo no se encogía de miedo, sino que sabía que esto solo era el principio. Todavía quería más poder. Tenía pensado visitar cada cuerno y punta del Imperio y machacar a todos aquellos que se le opusieran, que no aceptaran su poder unilateral. Reuniría un ejército más y más grande, hasta que tuviera dominado cada rincón del Imperio.

Dispuesta a empezar el día, Volusia descendía lentamente e su tarima, tomando un escalón de oro después del otro. Estiraba el brazo y, cuando los ciudadanos corrían hacia delante, sus manos tocaban las de ellos, una multitud de fieles recibéndola con los brazos abiertos, una diosa viva entre ellos. Algunos fieles, llorando, tocaban con la cara en el suelo mientras ella pasaba y montones más formaron un puente humano al fondo, deseosos de que caminara por encima de ellos. Lo hizo, pisando encima de la carne blanda de sus espaldas.

Por fin, tenía su rebaño. Y ahora era el momento de ir a la guerra.

Volusia estaba en lo alto de las murallas que rodean la ciudad, mirando desde allí el cielo desierto con una intensa sensación de que aquel era su destino. No veía otra cosa que no fueran cadáveres sin cabeza, todos los hombres que había matado, y un cielo de buitres que chillaban, que se abalanzaban sobre ellos para comer su carne. Fuera de aquellas murallas había una suave brisa y ella ya olía el hedor a carne podrida, que pesaba en el viento. Miraba la carnicería con una amplia sonrisa. Aquellos hombres habían osado resistirse a ella y habían pagado el precio.

“¿No deberíamos enterrar a los muertos, Diosa?” dijo una voz.

Volusia echó un vistazo y vio al comandante de sus fuerzas armadas, Rory, un humano alto, de pecho amplio, con una barbilla

esculpida y un aspecto imponente. Lo había escogido a él, lo había elevado por encima de otros generales porque era agradable a la vista y, aún más, porque era un comandante brillante y ganaría a cualquier precio –igual que ella.

“No”, respondió sin mirarlo. “Quiero que se pudran bajo el sol y que los animales se atiborren con su carne. Quiero que todos sepan lo que les pasa a los que se oponen a la Diosa Volusia”.

Él observó el panorama y retrocedió.

“Como desee, Diosa”, respondió.

Volusia examinó el horizonte y, mientras lo hacía, su hechicero, Koolian, que llevaba una capucha y una capa negras, con los ojos verde brillantes y la cara llena de verrugas, la persona que le había ayudado aconsejándola en el asesinato de su propia madre y uno de los pocos miembros de su círculo íntimo en los que todavía confiaba, dio un paso hasta su lado y lo examinó también.

“Sabe que están allá fuera”, le recordó. “Que vienen a por usted. Puedo sentir que están viniendo incluso ahora”.

Ella lo ignoró, mirando hacia delante.

“Yo también”, dijo finalmente.

“Los Caballeros de los Siete son muy poderosos, Diosa”, dijo Koolian. “Viajan con un ejército de hechiceros, un ejército contra el que incluso usted no puede luchar”.

“Y no se olvide de los hombres de Rómulo”, añadió Rory. “Según los informes están cerca de nuestras orillas incluso ahora, de vuelta del Imperio con su millón de hombres”.

Volusia miraba fijamente y un largo silencio colgó en el aire, solo roto por el aullido del viento.

Por fin, Rory dijo:

“Sabe que no podemos permanecer en este lugar. Quedarnos aquí significará la muerte para todos nosotros. ¿Qué ordena usted, Diosa? ¿Marcharemos de la capital? ¿Nos rendiremos?”

Volusia finalmente se dirigió a él y sonrió.

“Lo celebraremos”, dijo.

“¿Lo celebraremos?” dijo él, perplejo.

“Sí, lo celebraremos”, dijo ella. “Justo hasta el final. Reforzad las puertas de nuestra ciudad y abrid el gran estadio. Declaro cien días de fiestas y juegos. Puede que muramos”, dijo finalmente sonriendo, “pero lo haremos con una sonrisa”.

CAPÍTULO SEIS

Godfrey corría por las calles de Volusia, junto a Ario, Merek, Akorth y Fulton, a toda prisa para llegar a la puerta de la ciudad antes de que fuera demasiado tarde. Todavía estaba pletórico por su éxito al sabotear el estadio, conseguir envenenar al elefante, encontrar a Dray y soltarlo en el estadio, justo cuando Darius más lo necesitaba. Gracias a su ayuda y a la mujer finiana, Darius había ganado; él le había salvado la vida a su amigo, lo que aliviaba su culpa por haberle llevado hasta una emboscada en las calles de Volusia al menos un poco. Por supuesto, el papel de Godfrey quedaba a la sombra, donde él mejor estaba y Darius no podría haber salido victorioso sin su propia valentía y experta lucha. Aún así, Godfrey había tenido una pequeña parte.

Pero ahora todo se estaba torciendo; tras los juegos, Godfrey esperaba poderse encontrar con Darius en la puerta del estadio mientras lo sacaban y liberarlo. No esperaba que Darius fuera acompañado hasta la puerta trasera y escoltado a través de la ciudad. Después de haber ganado, la multitud del Imperio por entero había estado cantando su nombre y los capataces del Imperio se habían visto amenazados por su inesperada popularidad. Habían creado un héroe y habían decidido escoltarlo fuera de la ciudad y hacia el circo de la capital lo antes posible, antes de que tuvieran la revolución en sus manos.

Ahora Godfrey corría con los demás, desesperado por pillarlo, por llegar hasta Darius antes de que saliera por las puertas de la ciudad y fuera demasiado tarde. El camino hacia la capital era largo, inhóspito, pasaba por el Desierto y estaba fuertemente guardado; una vez saliera de la ciudad, no habría manera de ayudarlo. Tenía que salvarlo o todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

Godfrey corría por las calles, respirando con dificultad, y Merek y Ario ayudaban a Akorth y a Fulton, sus grandes barrigas dirigían el

camino.

“¡No te detengas!” animó Merek a Fulton mientras le tiraba del brazo. Ario se limitaba a darle un codazo a Akorth en la espalda, haciéndolo chillar, empujándolo cuando iba más lento.

Godfrey sentía cómo el sudor caía por su nuca mientras corría y se maldecía a sí mismo, otra vez, por beber tantas pintas de cerveza. Pero pensaba en Darius y obligaba a sus doloridas piernas a seguir moviéndose, girando una calle tras otra hasta que, finalmente, salieron de una larga arcada de piedra hacia la plaza de la ciudad. Al hacerlo, allí en la distancia, quizás a menos de cien metros estaba la puerta de la ciudad, imponente, que se alzaba a unos quince metros. Cuando Godfrey echó un vistazo, el corazón le dio un vuelco al ver que sus barras se abrían por completo.

“¡NO!” exclamó involuntariamente.

A Godfrey lo inundó el pánico cuando observó el carruaje de Darius, tirado por caballos, escoltado por soldados del Imperio, cubierto de barras de hierro – como una jaula sobre ruedas - dirigiéndose hacia las puertas abiertas.

Godfrey corrió más rápido, más rápido de lo que él sabía que podía hacerlo, tropezando con él mismo.

“No vamos a conseguirlo”, dijo Merek, la voz de la razón, posando una mano sobre su brazo.

Pero Godfrey se la sacudió y corrió. Sabía que era una causa perdida, el carruaje estaba demasiado lejos, demasiado fuertemente escoltado, demasiado fortalecido- y sin embargo, siguió corriendo hasta que no pudo correr más.

Se quedó allí, en medio del patio, la mano firme de Merek lo retenía y él se inclinó y se dejó caer, con las manos en las rodillas.

“¡No podemos dejar que se vaya!” gritó Godfrey.

Ario negó con la cabeza, mientras se acercaba a su lado.

“Ya se ha ido”, dijo. “Resérvate. Puede que luchemos otro día”.

“Lo traeremos de vuelta de algún otro modo”, añadió Merek.

“¿¡Cómo!?” imploró Godfrey desesperadamente.

Ninguno de ellos tenía una respuesta, mientras estaban todos allí y observaban las puertas de hierro que se cerraban detrás de Darius, como puertas que se cerrasen en el alma de Darius.

Podían ver el carruaje de Darius a través de las puertas, ya lejos, cabalgando en el desierto, poniendo distancia entre ellos y Volusia. La nube de polvo de su estela crecía más y más, ocultándolos pronto de su vista y Darius sentía que el corazón se le rompía cuando sintió que había decepcionado a la última persona que conocía y su única esperanza de redención.

El silencio se rompió por el ladrido frenético de un perro salvaje y Godfrey bajó la vista y vio a Dray saliendo de un callejón de la ciudad, ladrando y gruñendo como un loco, corriendo a través del patio tras su dueño. Él también estaba desesperado por salvar a Darius, y al llegar a las grandes puertas de hierro, se abalanzó y se tiró sobre ellas desgarrándolas, sin éxito, con sus dientes.

Godfrey observó horrorizado cómo los soldados del Imperio que hacían guardia echaron el ojo a Dray y se hacían señales entre ellos. Uno desenfundó su espada y se acercó al perro, claramente preparándose para matarlo.

Godfrey no sabía lo que se había apoderado de él, pero algo dentro de él se rompió. Era demasiado para él, demasiada injusticia para soportarla. Si no podía salvar a Darius, por lo menos debía salvar a su querido perro.

Godfrey se escuchaba a sí mismo chillar, sentía cómo corría, como si estuviera fuera de sí mismo. Con una sensación surrealista, sintió cómo desenfundaba su corta espada y corría hacia delante, hacia el desprevenido guarda y, cuando el guarda se dio la vuelta, se encontró a sí mismo clavándole la espada en el corazón del guarda.

El enorme soldado del Imperio miró hacia abajo a Godfrey incrédulo, con los ojos totalmente abiertos, mientras estaba allí, inmovilizado. Entonces cayó al suelo, muerto.

Godfrey escuchó un grito y vio a los otros dos guardas del Imperio echándose encima.

Levantaron sus amenazadoras armas y supo que no podía contra ellos. Moriría aquí, en esta puerta, pero por lo menos moriría con un noble esfuerzo.

Un gruñido rompió el aire y Godfrey vio, por el rabillo del ojo, que Dray se giraba y saltaba hacia delante, echándose encima del guarda que amenazaba a Godfrey. Le hundió los colmillos en el cuello y lo inmovilizó en el suelo, desgarrándolo hasta que el hombre dejó de moverse.

A la vez, Merek y Ario fueron corriendo hacia delante y usaron cada uno sus cortas espadas para apuñalar al otro guarda que estaba en la espalda de Godfrey, matándolo juntos antes de que pudiera acabar con Godfrey.

Todos se quedaron allí, en silencio, Godfrey miraba toda la carnicería, atónito ante lo que acababa de hacer, sorprendido de que tuviera tal valentía, mientras Dray se le acercaba rápidamente y le lamía el dorso de la mano.

“No pensaba que tuvieras esto dentro”, dijo Merek, admirado.

Godfrey estaba allí, aturdido.

“Ni yo mismo estoy seguro de lo que acabo de hacer”, dijo serio, todos los sucesos se confundían. No había tenido la intención de actuar –simplemente lo había hecho. ¿Y, aún así, esto lo convertía en valiente? se preguntaba.

Akorth y Fulton miraban aterrorizados en todas direcciones, buscando alguna señal de los soldados del Imperio.

“¡Tenemos que salir de aquí!” gritó Akorth. “¡Ahora!”

Godfrey sintió unas manos sobre él que le empujaban. Se giró y corrió con los demás, con Dray a su lado, mientras se alejaban de la puerta, corriendo de vuelta a Volusia y Dios sabe a qué les tenía guardado el destino.

CAPÍTULO SIETE

Darius estaba apoyado contra las barras de hierro, con las muñecas encadenadas a los tobillos con una larga y pesada cadena, con el cuerpo cubierto de heridas y rasguños y sentía como si pesara media tonelada. Mientras avanzaba, en el carruaje que daba botes en el irregular camino, él miraba hacia fuera y observaba el cielo desierto entre las barras, sintiéndose desolado. Su carruaje atravesaba un paisaje interminable y desértico, no había más que desolación hasta donde la vista alcanzaba. Parecía que el mundo había acabado.

Su carruaje era sombrío, pero por las barras se colaban rayos de sol y él sentía que el agobiante calor del desierto se levantaba en oleadas, haciéndole sudar incluso a la sombra y aumentando su malestar.

Pero a Darius no le importaba. Todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, le ardía y le dolía, estaba cubierto de bultos, le costaba mover las extremidades, estaba agotado por los días interminables de lucha en el circo. Era incapaz de dormir, cerraba los ojos e intentaba borrar los recuerdos pero, cada vez que lo hacía, veía a todos sus amigos muriendo a su lado, Desmond, Raj, Luzi y Kaz, todos de formas horribles. Todos muertos para que él pudiera sobrevivir.

Él era el ganador, había conseguido lo imposible y, aún así, esto significaba poco para él ahora. Sabía que la muerte estaba cerca; su recompensa, al fin y al cabo, era que lo transportaban a la capital del Imperio, para convertirse en un espectáculo en un circo más grande, con rivales todavía peores. La recompensa por todo esto, por todos sus actos de valentía, era la muerte.

Darius prefería morir ahora mismo que volver a pasar todo aquello. Pero no podía controlarlo; estaba aquí encadenado, indefenso. ¿Cuánto tiempo más iba a durar esta tortura?

¿Tendría que ser testigo de cómo todo lo que amaba en el mundo

moría antes de morir él?

Darius cerró los ojos de nuevo, intentando desesperadamente eliminar los recuerdos y, al hacerlo, recordó algo de su temprana infancia. Estaba jugando delante de la cabaña de su abuelo, en el barro, empuñando una vara. Golpeaba sin cesar a un árbol hasta que su abuelo se lo arrebató.

“No juegues con palos”, le regañó su abuelo, “¿Quieres llamar la atención del Imperio?”

¿Quieres que piensen en ti como en un guerrero?”

Su abuelo rompió el palo con su rodilla y Darius se llenó de furia. Era más que un palo: era su vara todopoderosa, la única arma que tenía. Aquella vara lo significaba todo para él.

Sí, quiero que me conozcan como un guerrero. No quiero que me conozcan como otra cosa en la vida, pensó Darius.

Pero cuando su abuelo dio la vuelta y se fue hecho una furia, él estaba demasiado asustado para decirlo en voz alta.

Darius cogió el palo roto y sostuvo los trozos en sus manos, mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Juró que un día lo vengaría todo –su vida, su aldea, su situación, el Imperio, cualquier cosa y todo lo que no podía controlar.

Los aplastaría a todos. Y no lo conocerían por otra cosa que no fuera por ser un guerrero.

Darius no sabía cuánto tiempo había pasado cuando despertó, pero inmediatamente se dio cuenta de que el sol brillante de la mañana había cambiado al tenue naranja de la tarde, de cara al atardecer. El aire también era mucho más fresco y sus heridas se habían endurecido, haciéndole más difícil el poderse mover, incluso poder cambiar de postura en este incómodo carruaje. Los caballos iban a toda prisa por las duras piedras del desierto, la interminable sensación del metal golpeando su cabeza le hacía sentir como si le estuvieran destrozando el cráneo. Se frotó los ojos, para sacarse la

tierra incrustada en sus pestañas y se preguntaba cuánto quedaba para llegar a la capital. Sentía como si ya hubiera viajado hasta los confines de la tierra.

Parpadeó varias veces y miró hacia fuera esperando ver, como siempre, un horizonte vacío, un árido desierto. Pero, esta vez, al mirar hacia fuera, se sobresaltó al ver algo diferente. Se incorporó más por primera vez.

El carruaje empezó a ir más despacio, el estruendo de los caballos se redujo un poco, los caminos se volvieron más lisos y mientras estudiaba el nuevo paisaje, Darius vio algo que nunca olvidaría: allí, alzándose en el desierto como una civilización perdida, había el enorme muro de una ciudad, que parecía levantarse hasta el cielo y extenderse hasta que la vista alcanzaba. Estaba marcado por enormes puertas de oro brillantes, sus muros y parapetos estaban repletos de soldados del Imperio y Darius enseguida supo que habían llegado: la capital.

El sonido del camino cambió a un sonido hueco, de madera, y Darius bajó la vista y vio que el carruaje pasaba por un puente levadizo arqueado. Pasaron por delante de cientos de soldados más en fila a lo largo del puente, todos ellos muy atentos a su paso.

Un gran crujido llenó el aire y, al mirar hacia delante, Darius vio las puertas de oro, increíblemente altas, abrirse de par en par, como si lo fueran a abrazar. Vio un atisbo más allá de ellas, de la más magnífica ciudad que jamás había visto y supo, sin lugar a dudas, que este era un lugar del que no se podía escapar. Como para confirmar sus pensamientos, Darius oyó un estruendo en la distancia, que reconoció de inmediato: era el clamor del circo, de un nuevo circo, de hombres deseosos de sangre y de lo que, seguramente, sería su última parada. No tenía miedo; tan solo le pedía a Dios morir de pie, con la espada en mano, en un último acto de valentía.

CAPÍTULO OCHO

Thorgrin tiró por última vez de la cuerda de oro, con las manos temblorosas y con Angel a su espalda, mientras el sudor le caía por la cara y, finalmente, llegó hasta arriba del acantilado, mientras sus rodillas tocaban tierra y él recuperaba la respiración. Se giró para mirar hacia atrás y vio, cientos de metros hacia abajo, los empinados acantilados, las olas del mar rompiendo, su barco en la playa, que se veía muy pequeño, y se sorprendió de lo mucho que habían escalado. Oyó gemidos a su alrededor y, al darse la vuelta, vio a Reece y Selese, Elden e Indra, O'Connor y Matus llegando a la cima, todos ellos subiendo hasta la Isla de la Luz.

Thor estaba arrodillado, sus músculos agotados, y observó la Isla de la Luz que se extendía ante él y su corazón dio un vuelco al tener un nuevo presentimiento. Incluso antes de ver el horrible panorama, podía oler las cenizas ardientes, el pesado olor del humo en el aire. También podía sentir el calor, el fuego ardiente, el daño que dejaron quienes quieran que fueran aquellas criaturas que habían destrozado aquel lugar. La isla estaba negra, quemada, destrozada, todo lo que había tenido una vez de idílico, que había parecido invencible, ahora se había convertido en cenizas.

Thorgrin se puso de pie y no perdió el tiempo. Empezó a adentrarse en la isla, su corazón latía fuerte mientras buscaba a Guwayne por todas partes. Mientras asimilaba el estado de aquel lugar, odiaba pensar con qué se podía encontrar.

“¡GUWAYNE!” gritaba Thorgrin mientras saltaba por las colinas ardientes, levantando ambas manos hasta su boca.

Su voz resonaba contra las ondulantes colinas, como si le estuviera haciendo burla. Y, a continuación, solo se escuchaba el silencio.

Se escuchó un chillido solitario proveniente de algún lugar por allá arriba y, al alzar la vista, Thor vio a Lycoples, todavía volando en

círculos. Lycoples volvió a chillar, descendió y se fue volando hacia el centro de la isla. Thor sintió de inmediato que le estaba guiando hasta su hijo.

Thor empezó a ir más deprisa, los otros a su lado, corriendo a través del páramo chamuscado, buscando por todas partes.

“¡GUWAYNE!” gritó de nuevo. “¡RAGON!”

Mientras Thor observaba la devastación del paisaje ennegrecido, sentía la certeza cada vez más grande de que nada podía haber sobrevivido aquí. Estas colinas ondulantes, una vez tan repletas de hierba y árboles, no eran más que un paisaje cicatrizado. Thor se preguntaba qué tipo de criaturas, aparte de los dragones, podían causar semejante destrucción y, lo más importante, quién las controlaba, quién las había enviado hasta aquí y por qué. ¿Por qué era tan importante su hijo para que alguien mandara un ejército a por él?

Thor miraba hacia el horizonte, esperando ver alguna señal de ellos, pero su corazón se hundió al no ver nada. En su lugar solo vio llamas ardientes que contaminaban las colinas.

Quería creer que Guwayne, de alguna manera, había sobrevivido a todo aquello. Pero no veía cómo. Si un hechicero tan poderoso como Ragon no pudo haber parado aquellas fuerzas que habían estado allí, ¿cómo iba a salvar él a su hijo?

Por primera vez desde que habían salido en esta misión, Thor empezaba a perder la esperanza.

Corrían y corrían, subían y bajaban las colinas y, al llegar a la cima de una colina particularmente alta, O'Connor, que iba al frente, señaló con entusiasmo.

“¡Allí!” exclamó.

O'Connor apuntó hacia el lado, hacia los restos de un antiguo árbol, ahora chamuscado, con las ramas retorcidas. Y cuando Thor miró más de cerca, divisó, bajo él un cuerpo que no se movía.

Thor sintió de inmediato que se trataba de Ragon. Y no vio ninguna señal de Guwayne.

Thor, lleno de temor, corrió hacia delante y cuando llegó hasta él, cayó sobre sus rodillas a su lado, buscando por todas partes a Guwayne. Esperaba encontrar a Guwayne escondido, quizás, entre los ropajes de Ragon, o en algún lugar a su lado, o cerca de él, quizás en la grieta de alguna roca.

Pero su corazón se hundió al ver que no estaba por ningún lado.

Thor le dio la vuelta lentamente a Ragon, que tenía la ropa chamuscada, mientras rezaba para que no lo hubieran matado y, mientras le daba la vuelta, sintió un atisbo de esperanza al ver que los ojos de Ragon se movían. Thor se inclinó y lo agarró por los hombros, que todavía quemaban al tocarlos y, al quitarle la capucha a Ragon, se horrorizó al ver su rostro carbonizado, desfigurado por las llamas.

Ragon empezó a respirar agitadamente y a toser y Thor vio que estaba luchando por la vida.

Se sentía destrozado al verlo, aquel hermoso hombre que había sido tan amable con ellos, reducido a este estado por defender la isla, por defender a Guwayne. Thor no podía evitar sentirse responsable.

“Ragon”, dijo Thorgrin, con un nudo en la garganta. “Perdóname”.

“Soy yo el que suplica tu perdón”, dijo Ragon, con la voz rasposa, sin apenas poder articular palabra. Tosió durante un buen rato y, finalmente, continuó. “Guwayne...” empezó, después se fue apagando.

El corazón de Thor golpeaba fuerte en su pecho, no quería oír las siguientes palabras, pues temía lo peor. ¿Cómo iba a hacer frente a Gwendolyn de nuevo?

“Dime”, pidió Thor, agarrándole los hombros. “¿Vive el chico?”

Ragon jadeó durante un buen rato, intentando recuperar la respiración y Thor hizo una señal a O’Connor, que estiró el brazo y le pasó un saco de agua. Thor vertió el agua sobre los labios de Ragon y Ragon bebió y tosió al hacerlo.

Por fin, Ragon hizo el gesto de negar con la cabeza.

“Peor”, dijo, su voz apenas era más fuerte que un susurro. “La muerte hubiera sido una indulgencia para él”.

Ragon se quedó callado y Thor casi temblaba por la expectación, deseando que hablara.

“Se lo han llevado”, continuó finalmente Ragon. “Me lo arrebataron de los brazos. Todos ellos, todos vinieron aquí, a por él”.

El corazón de Thor dio un vuelco al pensar que aquellas malvadas criaturas se habían llevado a su querido hijo.

“¿Pero quién?” preguntó Thor. “¿Quién está detrás de esto? ¿Quién es más poderoso que tú para poder hacer esto? Pensaba que tu poder, como el de Argon, era impenetrable para todas las criaturas de este mundo”.

Ragon asintió.

“Para todas las criaturas de este mundo, sí”, dijo. “Pero estas criaturas no eran de este mundo. Eran criaturas no del infierno, sino de un lugar incluso más oscuro: la Tierra de Sangre”.

“¿La Tierra de la Sangre?” preguntó Thorgrin, desconcertado. “He ido a los infiernos y he vuelto”, añadió Thor. “¿Qué sitio puede ser más oscuro?”

Ragon negó con la cabeza.

“La Tierra de Sangre es más que un lugar. Es un estado. Un mal más oscuro y más poderoso de lo que puedas imaginar. Es el dominio del Señor de la Sangre y, con cada generación, se ha ido volviendo más oscuro y más poderoso. Existe una guerra entre Reinos. Una antigua lucha entre el mal y la luz. Cada uno de ellos lucha por el control. Y me temo que Guwayne es la clave: tiene alguna cosa que puede ganar, que puede tener el dominio del mundo. Para siempre. Esto es lo que Argon nunca os dijo. Lo que todavía no podía contaros. No estabais preparados. Era para lo que os estaba preparando: la guerra más grande que jamás conoceréis”.

Thor lo miraba boquiabierto, intentando comprender.

“No lo comprendo”, dijo. “¿No se han llevado a Guwayne para matarlo?”

Él negó con la cabeza.

“Mucho peor. Se lo han llevado para ellos, para educarlo como el niño demonio que necesitan para completar la profecía y destruir todo lo bueno que hay en el universo”.

Thor vaciló, su corazón latía fuerte mientras intentaba comprenderlo todo.

“Entonces lo traeré de vuelta”, dijo Thor, una fría sensación de determinación corría por sus venas, especialmente al oír a Lycoples por allá arriba, chillando, ansiando, como él, la venganza.

Ragon estiró el brazo y agarró a Thor por la cintura, con una fuerza sorprendente para un hombre que está a punto de morir. Miraba a Thor a los ojos con una intensidad que lo asustaba.

“No puedes”, dijo con firmeza. “La Tierra de Sangre es demasiado poderosa para que pueda sobrevivir un humano. El precio por entrar allí es demasiado alto. Incluso con todos tus poderes, recuerda mis palabras: morirás con toda seguridad si vas allí. *Todos* vosotros lo haréis. No eres lo suficientemente poderoso todavía. Necesitas más entrenamiento. Necesitas fomentar tus poderes primero. Ir ahora sería una locura. No recuperarías a tu hijo y todos vosotros seríais destruidos”.

Pero el corazón de Thor estaba endurecido por la determinación.

“Me he enfrentado a la oscuridad más grande, a los poderes más grandes del mundo”, dijo Thorgrin. “Incluso a mi propio padre. Y el miedo nunca me ha echado atrás. Me enfrentaré a este señor oscuro, sean cuales sean sus poderes; entraré en la Tierra de Sangre, al precio que sea. Es mi hijo. Lo recuperaré o moriré en el intento”.

Ragon negaba con la cabeza mientras tosía.

“No estás preparado”, dijo, mientras su voz se iba apagando. “No estás preparado...”

Necesitas... poder... Necesitas... el... anillo”, dijo y, a

continuación, le cogió un ataque de tos con sangre.

Thor lo miraba fijamente, desesperado por saber qué quería decir antes de morir.

“¿Qué anillo?” preguntó Thor. “¿Nuestra patria?”

Entonces vino un largo silencio, solo se escuchaba el jadeo de Ragon hasta que, finalmente, abrió los ojos, solo un poquito.

“El... anillo sagrado”.

Thor agarró a Ragon por los hombros, deseoso de que le respondiera, pero de repente sintió cómo el cuerpo de Ragon se ponía rígido en sus manos. Sus ojos se congelaron, siguió un suspiro de muerte y, un instante después, dejó de respirar y se quedó completamente inmóvil.

Muerto.

Thor sintió una agonía que corría dentro de él.

“¡NO!” Thor echó la cabeza hacia atrás y gritó a los cielos. Thor estaba destrozado y sollozaba mientras abrazaba a Ragon, aquel hombre generoso que había dado su vida por proteger a su hijo.

El dolor y la culpa lo abrumaban y, lenta e incesantemente, sintió que una nueva determinación crecía en su interior.

Thor miró a los cielos y supo lo que debía hacer.

“¡LYCOPLES!” chilló Thor, el grito angustiado de un padre lleno de desesperación, lleno de furia, con nada que perder.

Lycoples escuchó su grito: chilló, allá arriba en los cielos, uniendo su furia a la de Thor y fue descendiendo en círculos hasta ir a parar a pocos metros de él.

Sin dudar, Thor corrió hacia ella, saltó sobre su espalda y se agarró fuerte a su cuello. Se sentía con energía al estar de nuevo en la espalda del dragón.

“¡Espera!” exclamó O’Connor, corriendo hacia delante con los demás. “¿A dónde vais?”

Thor los miró fijamente a los ojos.

“A la Tierra de Sangre”, respondió, sintiéndose más seguro de lo

que jamás en su vida había estado. “Rescataré a mi hijo. Cueste lo que cueste”.

“Te destruirán”, dijo Reece, dando un paso adelante preocupado, con voz seria.

“Entonces me destruirán con honor”, respondió Thor.

Thor miró detenidamente hacia arriba, al horizonte y vio el rastro de las gárgolas, desapareciendo en el cielo y supo que debía irse.

“Entonces no te irás solo”, gritó Reece. “Seguiremos tu rastro desde el barco y nos encontraremos contigo allí”.

Thorgrin asintió y apretó a Lycoples y, de repente, sintió aquella sensación conocida mientras los dos se elevaban en el aire.

“¡No, Thorgrin!” gritó una voz angustiada detrás de él.

Sabía que era la voz de Angel y se sintió culpable mientras se alejaba volando de ella.

Pero no podía mirar hacia atrás. Su hijo estaba más adelante y, con muerte o sin ella, lo encontraría y los mataría a todos.

CAPÍTULO NUEVE

Gwendolyn atravesó las altas puertas arqueadas, que le sujetaban varios empleados, para entrar a la habitación del trono del Rey, con Krohn a su lado, y se quedó impresionada por lo que vio ante ella. Allí, al fondo de la vacía habitación, el Rey estaba sentado en su trono, solo en este vasto lugar, las puertas resonaron al cerrarse tras ella. Se acercó, caminando por los suelos adoquinados, pasando por los rayos de luz que se colaban por las filas de vitrales, iluminando el lugar con imágenes de antiguos caballeros en escenas de batalla. Este lugar era intimidatorio y sereno a la vez, inspirador y poseído por los fantasmas de antiguos reyes. Podía sentir su presencia en el espeso ambiente y, en muchos aspectos, le recordaba la Corte del Rey. Sintió una repentina tristeza en el pecho, ya que la habitación le hacía echar muchísimo de menos a su padre.

EL Rey MacGil estaba allí sentado, cansado, con la barbilla apoyada en el puño, claramente agobiado con pensamientos y Gwendolyn sentía, con el peso de tener que gobernar. Le parecía un hombre solitario, atrapado en aquel lugar, como si el peso del reino estuviera sobre sus hombros.

Comprendía aquella sensación demasiado bien.

“Ah, Gwendolyn”, dijo, iluminándose al verla.

Ella esperaba que él se quedara en el trono, pero inmediatamente se puso de pie y bajó corriendo los peldaños de marfil, con una cálida sonrisa en su rostro, humilde, sin la ostentación de otros reyes, deseoso de salir a recibirla. Su humildad fue un alivio de bienvenida para Gwendolyn, especialmente después del encuentro inesperado con su hijo, que la había dejado perturbada por lo ominoso que fue. Se preguntaba si contárselo al Rey; por ahora, por lo menos, se mordería la lengua y vería qué pasaba. No quería parecer desagradecida o empezar la reunión con mal pie.

“No he pensado en otra cosa desde nuestra conversación de

ayer”, dijo, mientras se acercaba y la abrazaba amablemente. Krohn, a su lado, lloriqueó y dio un empujoncito a la mano del Rey y este bajó la mirada y sonrió. “¿Quién es?” preguntó amablemente.

“Krohn”, contestó ella, aliviada al ver que era de su agrado. “Mi leopardo o, para ser más precisa, el leopardo de mi marido. Aunque supongo que ahora es tan mío como suyo”.

Para su alivio, el Rey se arrodilló, cogió la cabeza de Krohn entre sus manos, le acarició las orejas y lo besó, sin miedo. Krohn le correspondió lamiéndole la cara.

“Un buen animal”, dijo. “Un cambio bienvenido para el linaje de perros que tenemos aquí”.

Gwen lo miró, sorprendida por su amabilidad mientras recordaba las palabras de Mardig.

“¿Entonces se permiten animales como Krohn aquí?” preguntó ella.

El Rey echó su cabeza hacia atrás y rió.

“Por supuesto”, respondió. “Y por qué no. ¿Alguien te dijo lo contrario?”

Gwen dudó si contarle su encontronazo y decidió morderse la lengua; no quería que la vieran como una soplona y necesitaba saber más sobre aquella gente, su familia, antes de sacar ninguna conclusión o precipitarse en medio de un drama familiar. Pensó que, por ahora, era mejor guardar silencio.

“¿Desea verme, mi Rey?” dijo en su lugar.

Inmediatamente, su rostro se volvió serio.

“Así es”, dijo. “Ayer interrumpieron nuestro discurso y aún queda mucho de lo que hablar”.

Él se giró e hizo un gesto con la mano, le hizo una señal para que lo siguiera y caminaban juntos y sus pasos resonaron mientras atravesaban la amplia habitación en silencio. Gwen alzó la vista y, al pasar, vio los estrechos techos, los escudos de armas mostrados a lo largo de las paredes, trofeos, armas, armaduras... Gwen admiraba el

orden de este lugar, el orgullo que estos caballeros mostraban en la batalla. Esta sala le recordaba un lugar con el que se podría haber encontrado en el Anillo.

Atravesaron la habitación y, cuando llegaron al final de todo, atravesaron otro conjunto de dobles puertas, de un antiguo roble, de unos treinta centímetros de grosor y lisos por el uso y salieron a un gran balcón, adyacente a la sala del trono, de unos quince metros de ancho y con la misma profundidad, enmarcado por un balaustre de mármol.

Siguió al Rey hasta fuera, hasta el borde y, apoyando sus manos contra el mármol liso, miró hacia fuera. Bajo ella se extendía la inmaculada ciudad de la Cresta, en crecimiento descontrolado, todos sus tejados de pizarra angulares marcaban la silueta de la ciudad, todas sus antiguas casas de formas diferentes, construidas muy cerca las unas de las otras. Era claramente una ciudad hecha de retales que, durante centenares de años, había evolucionado para convertirse en acogedora, íntima, desgastada por el uso. Con sus picos y agujas, parecía una ciudad de cuento, especialmente con el fondo de las aguas azules más allá, brillando bajo el sol y, más allá incluso de esto, los elevados picos de la Cresta, se levantaban alrededor de la misma en un enorme círculo, como una gran barrera al mundo.

Tan arropada, tan protegida del mundo exterior, Gwen no podía imaginar que nada malo pudiera acontecer jamás en este lugar.

El Rey suspiró.

“Cuesta imaginar que este lugar esté muriendo”, dijo y ella se dio cuenta de que habían compartido los mismos pensamientos.

“Cuesta imaginar”, dijo, “que *yo* esté muriendo”.

Gwen lo miró y vio que en sus ojos azul claro había dolor, estaban llenos de tristeza. Sintió una gran preocupación.

“¿De qué dolencia, mi señor?” preguntó ella. “Seguramente, sea lo que sea, es algo que los curanderos pueden sanar.

Él negó con la cabeza lentamente.

“He visto a todos los curanderos”, respondió él. “A los mejores del reino, por supuesto. No tienen la cura. Es un cáncer que se está extendiendo por todo mi interior”.

Él suspiró y miró al horizonte y Gwen se sintió abrumada de tristeza por él. Se preguntaba a qué se debía que las buenas personas, a menudo, eran asaltadas por la tragedia y las malvadas, de alguna manera, conseguían prosperar.

“No siento lástima por mí”, añadió el Rey. “Acepto mi destino. Lo que me preocupa ahora no soy yo, sino mi legado. Mis hijos. Mi reino. Esto es lo único que me importa ahora. No puedo planear mi futuro pero, al menos, puedo planear el suyo”.

Se giró hacia ella.

“Y es por esto que te he convocado”.

A Gwen se le partía el corazón por él y sabía que haría lo que pudiera para ayudarlo.

“Por mucho que lo desee”, respondió ella, “no veo cómo le puedo ser de ayuda. Tiene un reino entero a su disposición. ¿Qué le puedo ofrecer yo que los otros no puedan?”

Él suspiró.

“Compartimos los mismos objetivos”, dijo él. “Tú deseas ver al Imperio derrotado, como yo.

Deseas un futuro para tu familia, tu pueblo, un sitio seguro, lejos de las manos del Imperio, como yo.

Por supuesto, aquí tenemos esta paz ahora, al cobijo de la Cresta. Pero esta no es una paz verdadera.

La gente libre puede ir a todas partes, nosotros no podemos. Vivimos libres siempre y cuando nos escondamos. Hay una diferencia importante”.

Él suspiró.

“Es evidente que vivimos en un mundo imperfecto y esto puede ser lo mejor que nuestro mundo nos puede ofrecer. Pero yo no lo creo”.

Se quedó en silencio durante un buen rato y Gwen se preguntaba a dónde quería llegar con aquello.

“Vivimos nuestras vidas con miedo, como hizo mi padre antes que yo”, continuó al final, “miedo a que nos descubran, a que el Imperio nos encuentre aquí en la Cresta, a que lleguen aquí y nos traigan la guerra a la puerta de casa. Y los guerreros nunca deben vivir con miedo. Existe una delgada línea entre guardar tu castillo y tener miedo de salir a la vista de él. Un gran guerrero puede fortificar sus puertas y defender su castillo, pero un guerrero aún más grande las puede abrir de par en par y enfrentarse a quien quiera que llame sin miedo”.

Él la miró y pudo ver la determinación de un Rey en sus ojos, podía sentir que irradiaba fuerza y, en aquel instante, entendió por qué era Rey.

“Mejor morir enfrentándose al enemigo sin miedo, que esperarlo en la seguridad que venga hasta nuestras puertas”.

Gwen estaba desconcertada.

“Entonces”, dijo ella, “¿desea atacar al Imperio?”

Él la miró fijamente y ella todavía no podía comprender su expresión, qué estaba pasando por su mente.

“Así es”, respondió él. “Pero es una postura que está mal vista. También estuvo mal vista para los antecesores que hubo antes de mí, y es por eso por lo que no lo hicieron. Ya ves que la seguridad y la abundancia pueden ablandar a un pueblo, hacerlos reacios a dejar lo que tienen. Si yo empezara una guerra, tendría muchos buenos guerreros detrás de mí, pero también muchos ciudadanos reacios. Y quizás, incluso, una revolución”.

Gwen miró hacia el exterior y entrecerró los ojos para mirar a los picos de la Cresta, amenazantes en el lejano horizonte, con la mirada de una Reina, de la estratega profesional en la que se había convertido.

“Parece casi imposible que el Imperio les atacara”, respondió,

“incluso aunque consiguiera encontrarlos. ¿Cómo podría escalar aquellos muros? ¿O atravesar el lago?”

Él se puso las manos en las caderas, miró hacia fuera y examinó el horizonte con ella.

“Está claro que tenemos ventaja”, respondió. “Por cada uno de los nuestros mataríamos a cien de los suyos. Pero el problema es que ellos tienen a millones que perder, nosotros tenemos a miles. Al final, ellos ganarán”.

“¿Sacrificarían a millones por un pequeño rincón del Imperio?” preguntó ella, sabiendo la respuesta antes incluso de hacer la pregunta. Al fin y al cabo, había sido testigo de primera mano de lo que habían dejado para atacar el Anillo.

“Son despiadados por conquistar”, dijo. “Sacrificarían cualquier cosa. Así es cómo funcionan. Nunca abandonarían. Por lo que yo sé”.

“Entonces, ¿cómo puedo ayudar yo, mi señor?” preguntó ella.

Él suspiró y se quedó en silencio durante un buen rato, mirando hacia el horizonte.

“Necesito que me ayudes a salvar la Cresta”, dijo finalmente, mirándola, con una intensa solemnidad en sus ojos.

“Pero, ¿cómo?” preguntó, confundida.

“Nuestras profecías hablan de la llegada de un forastero”, dijo. “Una mujer. De otro reino de más allá de los mares. Hablan de que salva la Cresta, de que guía a nuestro pueblo a través del desierto. Nunca supe qué significaba hasta el día de hoy. Creo que esa mujer eres tú”.

Gwen sintió un escalofrío ante sus palabras; todavía le dolía el corazón por el exilio de su pueblo, por la derrota del Anillo, le dolía por Thor y por Guwayne. No podía soportar la idea de cargar con otro liderazgo.

“La Cresta está muriendo”, continuó él, mientras ella estaba allí en silencio. “Cada día, nuestras orillas, nuestra fuente de agua, se van secando. Cuando se complete la vida de mis hijos, las aguas serán

reemplazadas por sequía y nuestra fuente de alimentación habrá desaparecido. Debo pensar en el futuro, ya que mis antepasados se negaron a hacerlo. Hacer algo ya no es una opción, es una necesidad”.

“Pero, ¿hacer qué?” preguntó ella.

Él suspiró, mirando fijamente al horizonte.

“Existe una manera de salvar la Cresta”, dijo. “Se rumorea que está escrita en los antiguos libros, los que custodian los Buscadores de la Luz”.

Ella lo miró fijamente, perpleja.

“¿Los Buscadores de la Luz?” preguntó.

“Mira, mi reino también está infectado por un cáncer”, explicó. “Por muy perfecto que todo parezca cuando caminas por las calles, todo aquí está lejos de ser perfecto. Una enredadera crece entre mi pueblo y es la enredadera de una creencia. Una religión. Un culto. Los Buscadores de la Luz.

Gana adeptos cada día y se ha extendido a cada rincón de mi capital. Ha llegado incluso al corazón de mi propia familia. ¿Te imaginas? ¿La propia familia de un Rey?”

Ella intentaba procesarlo todo, pero no podía seguir su historia.

“Eldof. Él es su líder, un humano, igual que nosotros, que se cree un Dios. Predica su falsa religión a todos sus falsos profetas y ellos harán cualquier cosa que él diga. Muchos de los míos ahora es más probable que obedezcan sus órdenes que las mías”.

Él la miró fijamente, la preocupación estaba marcada en su rostro demasiado arrugado.

“Estoy en una posición peligrosa aquí”, añadió. “Todos lo estamos. Y no solo por lo que hay más allá de la Cresta”.

A Gwen le pasaban muchas preguntas por la mente, pero no quería husmear; al contrario, le dio tiempo para pensarlo todo bien y pedirle lo que quisiera.

“Se rumorea que los antiguos libros existen en lo profundo de su

monasterio”, añadió finalmente, después de un largo silencio durante el cual se frotaba la barba, mirando fijamente al suelo como si estuviera perdido en la memoria. “Yo lo he registrado muchas veces, pero sin resultado. Evidentemente, puede que no existan, pero yo creo que sí. Y creo que contienen la respuesta”.

Se giró hacia ella.

“Necesito que entres al monasterio”, dijo. “Te hagas amiga de Eldof. Encuentres los libros.

Encuentres el secreto que necesito para salvar a mi pueblo”.

Gwen luchaba por entender, la mente le daba vueltas con toda la información.

“O sea, ¿qué quiere que conozca a Eldof?” preguntó ella. “¿Al líder espiritual?”

“A él no”, respondió el Rey. “Sino a su sacerdote principal. Mi hijo. Kristof”.

Gwen lo miró fijamente, sorprendida.

“¿Su *hijo*?” preguntó.

El Rey asintió con la cabeza, con los ojos humedecidos.

“Me da vergüenza admitirlo”, respondió. “Mi hijo está perdido para mí. Pero quizás a ti, una forastera, te escuchará. Te lo suplico. Es el deseo de un padre. Y es por el bien de la Cresta.

Por muy abrumada que estuviera, sintiéndose como si la hubieran empujado en medio de un drama político y familiar, Gwen se sentía llena de una sensación de misión.

“Haré lo que sea para ayudarlo”, dijo sinceramente.

Una mirada de alivio atravesó el rostro de él.

“¿Esto es todo lo que desea de mí?” preguntó. “parece una tarea sencilla”.

Él negó con la cabeza.

“Si las profecías dicen la verdad”, dijo, con voz seria, “entonces fracasaremos. La Cresta fracasará. Todo lo que ves ante ti será destruido”.

Ella sintió un escalofrío ante sus palabras y sintió que eran ciertas mientras las pronunciaba.

“La destrucción vendrá más pronto de lo que imaginamos. Y, entonces, es cuando más te necesitaremos. Cuando yo muera, mi pueblo será un rebaño sin pastor. Evidentemente, mis hijos heredarán y gobernarán bien. Pero las profecías cuentan que ellos también morirán. Y si ellos no sobreviven, si nos quedamos sin gobernantes, necesitare que guíes a mi pueblo lejos de aquí. Hacia la seguridad”.

Gwen negó con la cabeza lentamente y con tristeza.

“Usted habla de profecías trágicas”, dijo ella. “Profecías que rezo que nunca lleguen a suceder”.

“Prométeme”, dijo él, agarrando su muñeca, con los ojos brillantes por la intensidad.

“Prométeme que salvarás a mi pueblo”.

Ella lo miró fijamente durante un buen rato, escuchando el aullido de los vientos del desierto y, finalmente, supo que no podía negarse a las súplicas de un padre desesperado y moribundo.

Ella asintió con la cabeza y, mientras lo hacía, sintió la certeza de que su vida estaba a punto de cambiar radicalmente.

CAPÍTULO DIEZ

Kendrick galopaba al frente de su media docena de Plateados, Brandt y Atme junto a él, mientras a su lado marchaban los caballeros de la Cresta, dirigidos por Koldo, cabalgando todos juntos como lo habían estado haciendo todo el día, adentrándose cada vez más en el desierto sin límites. Kendrick miraba hacia abajo mientras avanzaban, observando el rastro que él, Gwendolyn y los demás habían dejado, sorprendido de que se extendiera tan lejos. Nunca hubiera imaginado que realmente hubieran hecho un viaje tan largo; no entendía cómo era físicamente posible bajo estos soles. El pensamiento era impactante. Incluso a caballo, yendo a toda velocidad, les estaba llevando casi todo el día. Esto le hacía ver lo que el cuerpo y la mente humanos pueden hacer cuando se les lleva a su límite.

Cada vez que Kendrick echaba un vistazo hacia abajo con la esperanza de que el rastro terminara, este continuaba. Empezaba a tener una premonición cada vez más profunda en su estómago; volver a estar aquí le traía malos recuerdos, todavía frescos, que no deseaba revivir. Solo quería que su rastro terminara ya, dar la vuelta con las escobas, empezar a dirigirse de vuelta a la Cresta.

A Kendrick no le gustaba la manera cómo estaban yendo las cosas: él confiaba en algunos de los hombres de la Cresta y respetaba a los hijos del Rey, pero de otros no estaba seguro y a algunos, como Naten, los detestaba abiertamente. Se preguntaba si tendría su apoyo si se diera el caso. No había nada peor que dirigirse a la batalla inseguro de la lealtad de los hombres que tenía a su lado.

“¡Al frente!” gritó una voz.

Kendrick miraba detenidamente hacia abajo, mientras se secaba el sudor de la frente y todavía veía el rastro y no estaba seguro de qué estaban hablando los demás. Pero entonces vio que los otros hombres no miraban hacia abajo sino hacia arriba y, cuando él lo

hizo, lo vio: allí, en el horizonte, había un árbol negro retorcido, con las ramas tan llenas de espinas que no se podía ver a través de ellas. Cuando lo vio tuvo un flashback: recordó que él, Gwendolyn y los demás se desplomaron bajo aquel árbol, bajo su ligera sombra, descansando allí no sabía durante cuánto tiempo hasta que, de alguna manera, consiguieron reunir fuerzas para continuar. Recordó la brutal tormenta de arena que había arrasado mientras ellos estaban allí tumbados y que habían pasado la noche cabalgando para alejarse de ella. Recordaba despertarse a la mañana siguiente, mirar detrás suyo y sorprenderse al ver que la tormenta de arena había borrado por entero el rastro que había tras ellos, como si nunca hubieran existido.

Todos se habían despertado demasiado cansados para continuar pero, de alguna manera, lo hicieron. Sabía que si no se hubieran levantado de allí debajo, todos ellos hubieran muerto allí.

Ahora los caballos iban más lentos, se detuvieron bajo el árbol y todos ellos desmontaron, respirando agitadamente, cubiertos de polvo y dieron de beber a sus caballos. Le fue muy bien ponerse de pie y estirar las piernas y se echó hacia atrás y dio un buen trago de su saco, el agua – aunque ahora estaba caliente- era refrescante.

Kendrick estaba junto a Brandt y Atme y alzó la vista hacia el árbol, sus ramas estaban hechas de espinas largas, todas retorcidas por tantas tormentas en el desierto. Kendrick miró más allá del árbol, a las suaves arenas del desierto y vio que estaban impolutas. Sin rastros.

Koldo se acercó a Kendrick y señaló hacia la arena que había más allá, examinándola.

“Parece que vuestro rastro termina aquí”, le dijo a Kendrick, perplejo.

Kendrick asintió.

“Una tormenta lo borró”, respondió.

“Tenéis suerte de haber vivido”, dijo Ludwig, metiéndose en la

conversación.

Koldo asintió con la cabeza, satisfecho.

“Muy bien”, dijo. “Entonces es aquí donde debemos empezar nuestro barrido –desde aquí de vuelta a la Cresta”.

“¿Y qué pasa si él se equivoca?” dijo una voz.

Kendrick se giró y vio que Naten lo estaba mirando fijamente con rabia.

“¿Qué pasa si su rastro sigue otra vez, en algún otro lugar?”, añadió Naten.

Koldo frunció el ceño.

“Es evidente que sigue en algún sitio”, respondió Koldo de forma seca. “Pero lo importante es que no lleva directamente a este lugar. Aquí se rompe y esto es lo que importa. Desde este lugar, hasta donde yo puedo ver, no hay nada. ¿Tú ves algo que yo no vea?”

Naten frunció el ceño, se dio la vuelta y se marchó, estaba claro que no sabía qué responder.

“¡Preparad vuestras escobas!” ordenó Koldo con firmeza, después se giró y se dirigió hacia su caballo.

Sus hombres se pusieron en acción, cada uno de ellos sacó una escoba larga de su silla, un palo con un accesorio en una punta, ancho y plano y lo sujetaron detrás de su caballo. Eran flexibles, barrían en todas direcciones, para no dejar un aspecto uniforme a todo lo que barrieran y borrarán por completo cualquier posible rastro. Kendrick los admiraba: realmente eran artefactos ingeniosos.

“Todavía tenemos tiempo de regresar a la Cresta antes de que anochezca”, dijo Koldo, girándose y mirando con esperanza hacia la Cresta.

“Mejor que así sea”, dijo Naten, acercándose a Kendrick. “Si no es así, vamos a tener que pasar una larga noche en el desierto y todo va a ser por tu culpa”.

Kendrick refunfuñó, harto.

“¿Qué problema tienes conmigo?” le exigió.

Naten frunció el ceño, enfrentándose a él.

“Nuestras vidas eran perfectas”, dijo. “Antes de que tú aparecieras”.

“Yo no he echado a perder vuestra adorada Cresta”, dijo de repente Kendrick.

“Parece que has echado a perder cada lugar del que has venido”, contestó Naten.

“Careces de respeto”, respondió Kendrick. “Y de hospitalidad. Dos virtudes sagradas. Por mucho que no me gustes, te hubiera acogido a ti, un extraño, en mi tierra. Incluso hubiera luchado por ti”.

Naten se burló de él.

“Entonces somos personas muy diferentes”, respondió. “Yo no lucharía por ti y, si pudiera elegir, nunca os hubiera dejado entrar en nuestra...”

De repente, un grito cortó el aire, interrumpiéndolos así, e hizo que a Kendrick se le erizara el vello de la espalda.

Y, a continuación, hubo un completo caos.

Antes de que Kendrick pudiera entender qué estaba sucediendo, oyó a un hombre gritando de dolor, un grito horrible, y por el rabillo del ojo, vio que algo oscuro y peludo caía desde el cielo e iba a parar a su garganta.

Kendrick se dio la vuelta al notar movimiento por arriba.

“¡LOS QUE SE AFERRAN A LOS ÁRBOLES!” gritó un hombre.

Kendrick alzó la vista y se horrorizó al ver que las gruesas ramas del árbol estaban llenas de ojos amarillos brillantes. Un grupo de monstruos pequeños, con el pelo negro y garras y colmillos largos, que parecían perezosos, empezaron a aparecer, saltando desde las ramas hacia los hombres.

Sus garras brillaban en el aire, tenían unos cuantos metros de longitud, eran afiladas como espadas y las levantaban en alto, blandiéndolas como machetes, mientras saltaban directamente sobre el grupo de hombres.

Kendrick se dispuso a desenfundar su espada, pero era demasiado tarde. Antes de que pudiera reaccionar, una de las Criaturas que se Aferran a los Árboles, con sus garras extendidas, las blandió justo hacia su cara y no pudo hacer nada para detenerlo.

CAPÍTULO ONCE

Boku estaba colgado en el crucifijo al que los soldados del Imperio lo habían clavado hacía días, el último de su pueblo vivo desde la gran matanza, de algún modo, a pesar de sus deseos, todavía se aferraba a la vida. Había dejado de sentir el dolor y la agonía que había pasado hacía días. Ya no sentía la agonía abrasándole las manos, ya no sentía la deshidratación, los soles quemándole la piel. Ahora estaba más allá de todo aquello, muy cerca de la muerte. Lo único que todavía sentía era un intenso dolor por su pueblo, los cuales habían muerto todos a su lado en su asedio a Volusia, todos masacrados delante de sus ojos. Deseaba volver a verlos y había maldecido a los dioses por haberlo dejado con vida.

Pero Boku estaba demasiado agotado incluso para tener la capacidad de maldecir ahora. No le quedaba nada que no fuera morir. Rezaba a los dioses con todas sus fuerzas para que, por favor, lo dejaran morir. Y, aún así, por alguna razón se lo seguían negando. Durante días, el Imperio le había infligido todo tipo de torturas antes de clavarlo por fin a la cruz y, aún así, no moría, sin importar lo mucho que lo deseara. Perdía y recuperaba la consciencia, veía a sus antepasados en una nube de luz, esperando que en cualquier momento lo abrazaran y deseando que así fuera.

Boku abrió los ojos –no sabía cuánto tiempo había pasado- y vio que todavía estaba vivo, atrapado en su dura realidad, con el cuerpo entumecido, sin sentir ya sus manos y sus piernas y teniendo que mirar hacia abajo para ver los montones de cadáveres de toda las personas que una vez conoció y amó. Él se preguntaba cuándo acabaría este infierno. Daría cualquier cosa por una muerte rápida y misericordiosa.

“Bajadlo”, exclamó la voz de un capataz del Imperio y, por un instante, el corazón de Boku dio un salto al preguntarse si sus plegarias habían obtenido respuestas.

Boku sentía que su mundo cambiaba, sentía que bajaban su cruz, sentía que su cuerpo era extendido y, a continuación, llevado a hombros por varios soldados. Lo dejaron en el suelo con un golpe, al soltarlo en los últimos metros y un dolor agudo se le disparó por la columna, sorprendiéndole. No pensaba que le quedara espacio para el dolor.

Boku alzó la vista, mirando con dificultad al sol resplandeciente hasta que, de repente, una sombra pasó por delante de su rostro y, al abrir totalmente los ojos, vio al cruel capataz del Imperio con sus largos colmillos y sus cuernos y frunciendo el ceño. El capataz se acercó con una jarra y le tiró agua congelada por la cara.

Boku sintió como si se ahogara. Sintió que el agua le subía por la nariz, se sintió sumergido en ella y respiraba con dificultad mientras todos los soldados del Imperio reían cruelmente a su alrededor.

Boku sentía el agua en sus labios y se los lamió, intentando beber, desesperado por poder tragar. Pero no quedaba nada que beber, añadiendo más crueldad a la tortura.

Boku parpadeó y miró a la cara del capataz, preguntándose de nuevo qué querría, por qué se molestaba en mantenerlo con vida. ¿Por qué le daba agua? Seguramente, para prolongar su tortura.

“¿Dónde están tus amigos?” preguntó, inclinándose hacia delante, mientras su mal aliento llenaba el rostro de Boku.

Boku parpadeó, confundido.

“¿Qué amigos?” intentó preguntar, pero su garganta estaba demasiado seca para que le salieran las palabras.

“Los del otro lado del mar” insistió el hombre. “Aquellos de la raza blanca. A los que diste albergue en tu aldea. Los que huyeron. ¿A dónde fueron?”

Boku parpadeó, su cabeza se le rompía intentando comprender, su mente funcionaba lentamente después de muchos días de silencio y agonía. Lentamente, volvió a él. Antes de la masacre, aquella mujer, que se llamaba... Gwendolyn... Sí. Su pueblo...

Todo volvió a él lentamente: habían huido antes de la batalla. Habían emprendido un viaje hacia el Gran Desierto, para intentar encontrar el Segundo Anillo... apoyo para su ejército. Lo más probable era que el Desierto se los hubiera llevado también.

Boku miró al rostro ceñudo del capataz y entonces se dio cuenta de lo que quería, de por qué lo había mantenido con vida, lo había torturado. No les bastaba haberlo matado a él y a todo su pueblo. También querían matar a Gwendolyn y a su pueblo.

Boku sintió una nueva determinación dentro de él. Ya que había sido incapaz de salvar a su pueblo, por lo menos ahora podía salvar a Gwendolyn.

Boku consiguió aclararse lo suficiente la garganta para hablar:

“Volvió atrás por el mar”, mintió con firmeza.

El capataz hizo una amplia sonrisa, cogió un arma larga y afilada, parecida a un puñal con la punta curvada y se la clavó a Boku en las costillas.

Boku chillaba mientras se la metía más adentro, girándola y retorciéndola; sintió como si lo estuvieran destrozando por dentro.

“No mientes muy bien”, dijo el capataz. “Encontramos sus barcos quemados. ¿Cómo iban a cruzar el mar?”

Boku chillaba, le salía sangre por la boca, estaba decidido a no hablar.

“Te lo preguntaré solo una vez más”, insistió. “¿A dónde se fue? ¿Dónde se están escondiendo? Su pueblo no está entre los muertos y ya hemos rebuscado por tu aldea y todas tus cuevas. Ni rastro de ellos. Dime dónde están y te mataré rápidamente”.

El dolor de Boku era inimaginable, pero él apretaba los dientes y sacudía su cabeza, las lágrimas le salían de los ojos, estaba decidido a no traicionar a Gwendolyn. Con una gran ráfaga de energía, consiguió escupir. Miró satisfecho cómo la sangre de su boca salpicaba al capataz del Imperio en los ojos.

El capataz, furioso, tiró del arma con ambas manos y se lo clavó a

Boku en el pecho. Boku sintió una agonía incluso peor, mientras el hombre empujaba con todas sus fuerzas, dando vueltas y retorciéndolo. Sentía que sus huesos se rompían en todas direcciones, una agonía que incluso él no podía soportar. Haría cualquier cosa para que se detuviera. Cualquier cosa en el mundo.

“¡Te lo ruego!” suplicó Boku.

“¡Dime!” respondió el capataz.

“Al... Desierto”, dijo Boku involuntariamente. “Al Gran Desierto. ¡Te lo juro! ¡Lo juro!”

Boku lloró, avergonzado por haberlos delatado. Le hubiera gustado protegerlos por encima de todo, pero el dolor era muy intenso, se apoderó de su cerebro, haciendo imposible que pudiera pensar con claridad.

Finalmente, el soldado del Imperio se detuvo, satisfecho, y le sonrió con maldad.

“Realmente te creo”, dijo. “Aunque siento decirte que no te salvaré”.

Varios soldados del Imperio se adelantaron, empuñando puñales y Boku sintió cómo lo perforaban millones de cuchillos, sentía dolor en cada rincón de su cuerpo.

Por fin podía liberarse. Por fin, la dulce muerte venía a por él.

Antes de abandonarlo todo, de abrazar a sus antepasados, de la gran luz, le vino un pensamiento final:

Lo siento, Gwendolyn. Te traicioné. Te traicioné.

CAPÍTULO DOCE

Erec estaba en la popa de su barco, que ocupaba la parte posterior de su flota, mientras todos continuaban navegando río arriba y echó un vistazo detrás de ellos, río abajo, observando el tortuoso río en busca de cualquier señal del Imperio. En el horizonte, todavía podía ver la silueta borrosa de humo negro de dónde habían creado un asedio y habían prendido fuego a los barcos y, a juzgar por el humo, todavía estaba quemando con intensidad. Dado lo apretados que estaban aquellos barcos en un área tan estrecha –y dado que el fuego los mantenía a raya- Erec tenía la confianza que el Imperio no podría atravesarlo rápidamente. Erec imaginaba que tendrían que recurrir a cuerdas y garfios para retirar los escombros. Sería un proceso lento y tedioso. A Erec y a su flota les había traído la valiosa ventaja que necesitaban.

Erec se giró y volvió a mirar río arriba, vio a sus barcos navegando delante de él y se sintió aliviado de estar detrás; si el Imperio los alcanzaba, Erec sería el primero en defender a su pueblo.

“No hace falta que te preocupes más, mi señor”, dijo una suave voz.

Erec sintió una mano suave y tranquilizadora en su brazo y, al darse la vuelta, vio a Alistair a su lado, sonriéndole amablemente.

“Nuestros barcos son más rápidos que los suyos”, dijo, “y no ha habido señal de ellos en todo el día. Mientras sigamos navegando, no nos alcanzarán”.

Erec le sonrió y la besó, apaciguado con su presencia, como siempre.

“Siempre hay algo por lo que un líder se debe preocupar”, respondió. “Si no es lo que hay detrás nuestro, entonces es lo que nos aguarda por delante”.

“Por supuesto”, respondió ella. “Toda seguridad es una ilusión. Tan pronto como pusimos el pie en este barco y zarpamos de las Islas

del Sur, la seguridad dejó de existir. Pero este es el sentido de un barco, ¿verdad? Esto es lo que nos hace quiénes somos”.

Erec estaba impresionado por su sabiduría, su coraje y sabía que por ella corría sangre real.

Mientras la miraba con atención, vio que sus hermosos ojos azules brillaban y notó algo diferente en ella, no estaba muy seguro de qué. Parecía que le estuviera ocultando algo.

Ella lo miró de manera inquisitiva.

¿Qué sucede, mi señor?” preguntó por fin.

Él dudó.

“Pareces... diferente estos últimos días”, dijo. “No sé en qué modo. Siento que quizás... me estás ocultando un secreto”.

Alistair se sonrojó y apartó la vista y él tuvo la seguridad de que así era.

“No es... nada, mi señor”, dijo ella. “Solo estoy consternada por la marcha de mi hermano.

Me preocupo por Thorgrin, por Guwayne. Y deseo reunirme con nuestro pueblo de nuevo”.

Erec asintió y lo comprendía, aunque no estaba del todo convencido.

“¡Erec!” gritó de repente una voz y, al girarse, Erec vio a Strom haciéndole señales, inquieto.

Hubo un repentino escándalo cuando los hombres fueron corriendo hacia la parte delantera del barco y Erec se puso en acción y atravesó la cubierta corriendo, con Alistair a su lado.

Erec se abrió camino entre los hombres hasta que consiguió llegar a proa. Le estaba esperando Strom, quien le pasó un largo catalejo y le señaló río arriba.

“Allí”, dijo Strom con insistencia, “a tu derecha. Aquella pequeña mancha”.

Erec miró detenidamente a través del catalejo, manteniéndolo en su ojo, el mundo se movía arriba y abajo mientras navegaban a través

de la corriente y, lentamente, apareció ante su vista.

Parecía ser una pequeña aldea del Imperio, posada al borde del río.

“Será la primera aldea que encontremos desde que entramos en esta tierra”, dijo Strom, que estaba a su lado. “Podrían ser hostiles”.

Erec continuaba mirando por el catalejo, observándolo todo mientras se acercaban, el viento los acercaba más con cada instante que pasaba. Era una aldea pintoresca, compuesta por casa bajas de barro, el humo salía de las chimeneas, los niños y los perros corrían por allí. Erec divisó mujeres caminando indiferentes, sin miedo y, en la distancia, los hombres trabajaban la tierra y algunos pescaban. Por su piel oscura y su pequeña estatura, parecía que no eran de la raza del Imperio; parecían un pueblo pacífico, quizás bajo la opresión del Imperio.

De hecho, mientras Erec esperaba pacientemente que la corriente los acercara más, se sorprendió al ver que aquella gente no eran de la raza humana y, cuando miró más de cerca, divisó capataces del Imperio colocados a lo largo de la aldea, sujetando látigos. Vio cómo una mujer gritaba cuando un capataz le pegó un latigazo en la espalda, obligándola a soltar a su hijo.

Erec hervía de indignación. Hizo un cálculo rápido y contó quizás un centenar de capataces del Imperio esparcidos por toda la aldea y varios centenares de ciudadanos pacíficos.

Bajó el catalejo y se lo pasó a Strom, decidido.

“¡Preparad vuestros arcos!” gritó a sus hombres. “¡Nos dirigimos a la batalla!”

Sus hombres gritaron, claramente emocionados por volver a estar en acción, se alinearon a lo largo de la barandilla y tomaron posiciones en lo alto de los mástiles, con los arcos y las flechas preparados.

“Esta no es nuestra batalla, mi señor”, dijo uno de sus comandantes, acercándose a él.

“Nuestra batalla nos aguarda lejos en el horizonte. ¿No deberíamos continuar y dejar a esta aldea en paz?”

Erec se mantuvo, con las manos en las caderas y negando con la cabeza.

“Seguir navegando”, respondió, “sería darle la espalda a la justicia. Nos haría menos de lo que somos”.

“Pero hay injusticia por todas partes, mi señor”, contestó el comandante. “¿Tenemos que ser los caballeros del mundo?”

Erec continuaba decidido.

“Cualquier cosa que se nos ponga delante de nuestra vista, se nos pone por alguna razón”, respondió. “Si no hacemos algo por enmendarlo, ¿entonces quiénes somos?”

Erec se dirigió a sus hombres.

“¡No os dejéis ver hasta que os lo ordene!” exclamó Erec.

Sus hombres se arrodillaron inmediatamente, escondiéndose tras la barandilla, preparados para la confrontación que estaba por venir.

Cuando su flota de barcos se acercó a la aldea, moviéndose con la corriente del río, Erec se puso enfrente, a la cabeza, y pronto los aldeanos se percataron de su presencia. Los aldeanos dejaron de hacer lo que estaban haciendo, los agricultores se quedaron donde estaban, los pescadores empezaron a retirar sus redes, todos miraban fijamente sorprendidos.

El Imperio empezó a darse cuenta también: uno a uno, los soldados del Imperio empezaron a dejar sus tareas y a observar al río, mirando con curiosidad a los barcos de Erec. Estaba claro que jamás habían visto algo parecido y no tenían ni idea de lo que les esperaba. Quizás pensaban que eran barcos del Imperio.

Erec sabía que solo tenía una breve oportunidad por la sorpresa hasta que los soldados del

Imperio se dieran cuenta de que los iban a atacar y estaba decidido a aprovecharla.

“¡Arqueros!” gritó Erec. ¡Enseñadles a estos hombres del Imperio

la fuerza de las Islas del Sur!”

Se oyó un gran grito cuando los hombres de Erec se levantaron, a la vez, de detrás de la barandilla, apuntaron y enviaron una descarga de flechas hacia la orilla.

Los soldados del Imperio se giraron para correr, pero no fueron lo suficientemente rápidos.

El cielo se oscureció con centenares de flechas, dibujando un arco alto y descendiendo, atravesando a los capataces de uno en uno.

Chillaron, dejando caer sus látigos y espadas, allí mismo, desplomándose en la tierra, mientras mujeres y niños aterrorizados gritaban y huían.

“¡Anclas!” exclamó Erec.

Su flota soltó las anclas y todos siguieron el ejemplo de Erec cuando este saltó por la borda, voló por los aires unos tres metros, fue a parar de rodillas al agua, desenfundó su espada y fue a la carga por la arena.

Mientras Erec se dirigía hacia la aldea, con Strom unos centímetros detrás de él, docenas de soldados del Imperio fueron corriendo a su encuentro, con las espadas y los escudos preparados.

El primer golpe de espada iba directo a la cabeza de Erec. Erec paró el golpe con su escudo, después blandió su espada y se la clavó al soldado en la barriga. En ese mismo momento, lo atacaron por un lado, él se giró y atacó al otro soldado antes de que pudiera incluso bajar la espada, entonces se giró en la otra dirección y volvió a golpear a uno en el pecho, mandándolo hacia atrás, hasta ir a parar al agua. Le dio un cabezazo a un cuarto, rompiéndole la nariz, golpeó a otro con su escudo y apuñaló a otro en el pecho.

Erec daba vueltas en todas direcciones, como un torbellino, atravesando las hileras de los centenares de soldados del Imperio. Sus hombres estaban cerca de él por detrás y Strom, a su lado, luchaba como un poseído, derribando soldados a diestro y siniestro. Los gritos se escapaban en la mañana y Erec perdió a más de un

soldado, mientras más y más de estos despiadados luchadores del Imperio parecían salir de la nada.

Pero Erec estaba lleno de indignación por cómo estos crueles capataces habían tratado a las mujeres y niños indefensos y estaba decidido a enmendar las cosas y liberar este lugar, al precio que fuera. También había deseado, durante mucho tiempo en el mar, dar rienda suelta a un ataque al Imperio, mano a mano, hombre a hombre, en tierra firme. Se sentía bien al volver a empuñar su espada.

El sonido de un látigo rompió en el aire, mientras un soldado del Imperio se les acercó por detrás y les azotó con su largo látigo, cogiendo a Erec y a Strom por sorpresa al golpear la empuñadura de la espada de Erec y arrancársela de sus manos. Erec reaccionó rápidamente, girándose y lanzando su escudo hacia un lado; este fue dando vueltas por los aires e impactó contra la garganta del soldado, derribándolo. Indefenso, otro soldado apuntó con su espada a su cara, pero Strom dio un paso adelante, paró el golpe por su hermano y, a continuación, apuñaló y mató al hombre.

Erec se dirigió hacia delante, el agua le salpicaba los tobillos, agarró su espada, se hizo con el látigo y golpeó al capataz, apuñalándolo en el pecho a continuación.

La lucha continuó, más y más, fuerte e intensa, el agua estaba roja por la sangre, los hombres morían por todos lados hasta que, por fin, fue a menos. El sonido metálico se hizo menos insistente, el golpear de los escudos disminuyó, el ruido de armaduras chocando murió, como lo hicieron los chillidos y gritos de los hombres. Pronto lo único que podía oírse era el correr del río, fuerte en el silencio.

Allí de pie, respirando con dificultad, mientras el sudor le corría por la nuca, Erec echó un vistazo y examinó el campo de batalla y, lentamente en su interior, se regocijó al ver a sus hombres por encima de centenares de cadáveres del Imperio, victoriosos. Todos lo miraban con orgullo, aquellos grandes guerreros de las Islas del Sur,

hombres de los que no podía estar más orgulloso de dirigir.

Poco a poco, como conejos que salen de sus madrigueras, los aldeanos salieron sigilosamente de sus casas, hacia la aldea, acercándose incrédulos ante lo que veían. Apenas parecían capaces de comprender que todos los capataces del Imperio, aquellas personas que los habían tiranizado con tanta crueldad, estuvieran muertos.

Erec se dirigió hacia delante, levantó su espada y caminó a través de las filas de aldeanos, cortando las cadenas que los unían y, a su alrededor, sus hombres hicieron lo mismo. Vio que los ojos de los aldeanos se llenaban de lágrimas mientras caían sobre sus rodillas, liberados.

Bajó la vista cuando uno de ellos le agarró la pierna, se arrodilló y gritó.

“Gracias”, dijo llorando. “Gracias”.

CAPÍTULO TRECE

Darius despertó de forma brusca, al golpearse la cabeza con las barras de hierro del carruaje cuando este llegó a un punto muerto. Apenas le dio tiempo de entender lo que estaba pasando cuando se oyeron las llaves en la cerradura, la puerta de hierro se abrió y varias manos ásperas lo agarraron por el pecho y lo estiraron hacia la dura luz del día.

Al caer, fue a parar al duro suelo, levantando el polvo a su alrededor, entrecerrando los ojos por el sol mientras levantaba sus manos en alto.

Con los tobillos y las muñecas encadenadas, no podía resistirse aunque quisiera. El capataz del Imperio lo sabía y, aún así, puso su bota en el cuello de Darius, disfrutando del daño que le hacía. Darius apenas podía respirar, sentía como si le hubieran destrozado la tráquea.

Más manos ásperas lo agarraron y lo arrastraron y Darius cerró de nuevo los ojos, le dolían todos los músculos de su cuerpo, se sentía agarrotado y dolorido, le dolía cualquier movimiento.

“¡Muévete, esclavo!” exclamó un capataz y Darius sintió un brusco empujón mientras andaba dando traspies a través de las calles.

Darius abrió los ojos lentamente hacia el sol deslumbrante, intentando ubicarse y descubrir dónde estaba. Por lo menos, el carruaje se había detenido; no podía soportar un minuto más los golpes en la cabeza.

Darius oyó griterío a su alrededor y entendió que estaba en una ciudad abarrotada, llena de gente por todas partes, esclavos como él, encadenados por las muñecas y los tobillos, llevados por entrenadores del Imperio en todas direcciones. Él avanzaba con un largo grupo de esclavos, docenas de ellos, todos ellos guiados a través de una alta apertura arqueada de piedra, que llevaba hacia un

túnel de piedra y hacia lo que parecía ser una barraca de entrenamiento.

Darius escuchó un rugido estruendoso, alzó la vista y, más allá, vio un coliseo dos veces el tamaño del de Volusia. Era lo más espectacular y aterrador que jamás había visto. Y entonces se dio cuenta, sin duda, de dónde estaba: había llegado a la capital del Imperio.

Darius apenas tuvo tiempo de pensar en ello cuando sintió un garrote en su espalda.

“¡Muévete, esclavo!” exclamó el hombre.

Darius fue dando traspiés con el grupo hacia el túnel oscuro y, al perder el equilibrio y precipitarse hacia delante, sintió un intenso escozor cuando le dieron un codazo en la cara.

“¡No te eches encima mío, chico!” gruñó otro esclavo en la oscuridad.

Darius, furioso de que otro esclavo como él lo hubiera cogido así de desprevenido - lo había golpeado claramente por accidente-reaccionó. Empujó al esclavo de nuevo, haciéndolo tropezar hasta una pared de piedra. Tenía tanta agresión contenida que tenía que soltarla con alguien.

El esclavo corrió hacia delante para enfrentarse a Darius pero, en aquel instante, una nueva multitud de esclavos entró y, estaba todo tan oscuro, que el chico se abalanzó sobre otro esclavo al confundirlo con Darius. Darius escuchó cómo todos los otros chicos gritaban, mientras los dos desconocidos luchaban en el suelo. Pasaron varios segundos antes de que los capataces aparecieran con garrotes y los golpearan a ambos.

Darius continuaba moviéndose con los demás y, un instante más tarde, salió a la luz del sol de nuevo y se encontró en el patio polvoriento de una barraca de entrenamiento cuadrada de piedra, rodeada de paredes llenas de arcos. Centenares de esclavos estaban en filas, la mayoría chicos de su edad, encadenados los unos a los

otros con largas cadenas. Darius sintió una mano áspera en su muñeca y observó cómo un capataz unía sus grilletes con los de otro chico.

Darius arrastraba los pies hasta el patio en una larga fila de chicos, centenares de ellos llenaban las paredes, hasta que al final sintió que tiraban de su cadena y todos los chicos se detuvieron, formando un gran ruido con las cadenas.

Darius estaba allí en un tenso silencio, observando con los demás, preguntándose qué les esperaba ahora. ¿Qué agonía les esperaba ahora? se preguntaba.

Una docena de soldados del Imperio apareció por uno de los arcos, desfilando hacia el silencioso patio, guiados por un enorme soldado del Imperio, claramente su líder. Este caminaba arriba y abajo de la hilera de chicos, examinándolos de uno en uno.

Finalmente, con el ceño fruncido, se aclaró la garganta.

“Os han traído a todos aquí, hasta mí, porque sois los mejores de los mejores”, dijo gritando, con una voz profunda y malévola. “Todos vosotros provenís de aldeas, pueblos y ciudades de todas partes del Imperio, de los cuatro cuernos y de los dos pinchos. Cada día, centenares de vosotros son traídos hasta mí, pero solo los mejores de entre vosotros lucharán en el coliseo”.

Todos los chicos estaban en silencio, había una espesa tensión en el aire, mientras el capataz caminaba de un lado al otro y sus botas crujían en el suelo.

“Puede que seáis los mejores de donde quiera que vengáis”, continuó por fin, “pero esto no significa nada para mí. Este es el mayor coliseo de la mayor capital del mundo. Aquí encontraréis contrincantes que harán que vuestras destrezas parezcan inútiles. La mayoría de vosotros moriréis como perros”.

El capataz continuó andando de arriba abajo y entonces, sin avisar, desenfundó su espada, dio un paso al frente y apuñaló a uno de los chicos en el corazón.

El chico dio un grito ahogado y cayó de rodillas, tirando de las cadenas de los demás y los otros se quedaron sin aliento. Darius también estaba atónito.

“Este chico era débil”, explicó el capataz. “Lo podía ver en sus ojos. No mantenía la cabeza suficientemente alta”.

Darius sentía náuseas mientras el capataz continuaba caminando por la hilera; deseaba llegar hasta él y matarlo, pero estaba encadenado y desarmado.

Un instante después, el capataz estiró el brazo y le cortó el cuello a un chico y este se desplomó sobre sus pies.

“Este chico era demasiado frágil”, explicaba mientras continuaba caminando.

Darius sentía cómo su corazón palpitaba con fuerza mientras el capataz se acercaba hasta él.

Apenas a unos seis metros de él, empuñó su espada y le cortó la cabeza a un chico.

Darius vio la cabeza rodando por el suelo y alzó la mirada hacia el hombre, sorprendido de que alguien disfrutara tanto matando.

“A este chico”, dijo el capataz con una cruel sonrisa y mirando fijamente a Darius, “lo maté solo por diversión”.

Darius enrojeció por la furia, se sentía indefenso.

El capataz se dirigió a los demás con voz retumbante:

“No sois nada para mí”, dijo. “Mataros es una de mis grandes alegrías. Por la mañana habrá muchos más que ocuparán vuestros lugares. Realmente ahora no tenéis ningún valor”.

El capataz continuó fila abajo, seguido por su séquito, matando a los chicos alternativamente, todos de manera cruel. Los chicos, encadenados, estaban indefensos; uno intentó darse la vuelta y correr, pero el capataz lo apuñaló por la espalda.

Mientras se aproximaban, Darius, sudando y ya sin preocuparse, lleno de furia, se forzó a mantenerse con la cabeza en alto y firme. Mantenía la barbilla en alto y estaba todo lo firme que podía, a pesar

de sus heridas, mirando fijamente y desafiante hacia el frente. Si lo mataban que así fuera; al menos, moriría con orgullo, no encogido de miedo como algunos de los demás.

El capataz se detuvo ante él y lo examinó como si fuera un insecto, con desprecio.

“No eres tan grande como los demás”, dijo. “Ni tan musculoso. Creo que nos apañaremos sin ti”.

Levantó su espada y, de repente, se lanzó sobre Darius, con la intención de apuñalarlo en el corazón.

Darius reaccionó. Se había preparado para quedarse allí y morir – de hecho, estaba dispuesto a ello - pero algo se apoderó de él en su interior, algún reflejo de guerrero que no lo iba a dejar morir.

Darius dio un paso a un lado, levantó sus muñecas, rodeadas por los grilletes y usó sus cadenas para agarrar la espada. La rodeó con sus cadenas, dio un paso al lado y tiró con fuerza, tirando del capataz hacia él. Entonces se echó hacia atrás y golpeó al capataz en la parte superior del abdomen, haciendo que se tambalara hacia atrás, respirando con dificultad y desarmado.

Darius lo miró con desprecio y tiró la espada a sus pies. Fue a parar al suelo con un ruido metálico.

“Tendrás que venir a por mí con algo mucho mejor que este mondadientes”, dijo Darius, disfrutando del momento.

El capataz lo miró fijamente, atónito y furioso. Agarró una espada de la vaina de un soldado que estaba a su lado, a continuación, empezó a dirigirse de nuevo hacia Darius.

“Voy a cortarte a trozos”, dijo, “y a echar tu cadáver a los perros”.

El hombre se disponía a atacarle, pero se detuvo de golpe.

“No lo harás”, dijo una voz.

Darius se quedó atónito al ver que un largo garrote aparecía de repente entre él y el capataz, contra el pecho del capataz, conteniéndolo.

El capataz frunció el ceño mientras se giraba y echaba un vistazo

y Darius se quedó perplejo al ver allí a un hombre- un humano- de más o menos su estatura y su complexión, quizás de unos cuarenta años, con la piel de un marrón claro como la suya, vestido tan solo con una túnica y una capucha marrones y empuñando tan solo un garrote. Todavía era más sorprendente que contuviera al soldado del Imperio. Darius no tenía ni idea de qué hacía un humano libre allí.

El hombre miraba al capataz ininterrumpidamente, sin miedo, con calma, allí de pie con orgullo. Llevaba las mangas cortadas, era nervudo y musculoso, como Darius, pero no en exceso.

Llevaba sandalias, los cordones rodeaban sus espinillas hasta las rodillas y tenía la cara orgullosa, la mandíbula cuadrada y la noble mirada de un guerrero.

“A este lo dejarás en paz”, ordenó el hombre al capataz, con la voz baja y llena de confianza.

El capataz lo miró con desprecio.

“Quítame este palo de encima”, respondió, “o te mataré a ti también”.

El capataz levantó la espada para cortar el garrote en dos.

Pero el hombre se movió más rápido de lo que Darius había visto hacer jamás a un guerrero, tan rápido que pudo sacar el bastón de su camino y bajarlo dibujando un círculo en las muñecas del soldado del Imperio, golpeándolas tan fuerte que este tuvo que soltar la espada. Cayó al suelo y el hombre sostuvo la punta de su garrote contra la garganta del capataz.

“Dije que este chico viviría”, repitió el hombre con firmeza.

El capataz frunció el ceño.

“Puede que tú los entrenes”, dijo el capataz, “pero soy yo el que decide quién vive y quién muere. Puede que me venzas a mí, pero mira a tu alrededor, aquí hay docenas de mis hombres, todos con buenas armas y armaduras. ¿Vas a detenerlos a todos con ese palo?”

El hombre, ante la sorpresa de Darius, sonrió y bajó el garrote.

“Haremos un trato”, dijo. “Si tu docena de soldados puede

desarmarme, entonces el chico es vuestro. Si, por el contrario, yo puedo desarmarlos a todos ellos, entonces me quedo al chico para entrenarlo”.

El capataz le lanzó una sonrisa malévola.

“Harán algo más que desarmarte”, dijo. “Te matarán. Y yo voy a disfrutar de verte morir”.

El capataz hizo una señal con la cabeza a sus hombres y, con un grito, todos levantaron sus espadas y se dirigieron hacia el hombre.

Darius observaba con la mirada fija, su corazón latía fuerte por el hombre, estaba desesperado porque el hombre viviera, mientras este estaba en el centro de todos ellos solo con su largo garrote. Giraba en todas direcciones mientras los hombres se le acercaban por todas partes.

El hombre, rápido como el rayo, daba golpes a la espada de un soldado tras otro. Darius nunca había visto a nadie moverse tan rápido y era algo bello de contemplar, cómo daba vueltas y giraba, esquivaba y daba una voltereta, empuñando su garrote como si estuviera vivo. Paró el golpe de un soldado, después golpeó a otro en la barriga, desarmándolo. Dando vueltas dio un golpe a uno en la sien y lo derribó; golpeó a uno de frente y le rompió la nariz, mientras con otro golpeó con el garrote hacia arriba, haciendo que este soltara la espada y, con otro, movió el garrote hacia abajo, barriéndole los pies desde abajo.

Mientras los soldados corrían y empuñaban sus espadas hacia él, él hizo un gran salto, esquivando un golpe de espada y, a continuación, bajó su garrote y golpeó al hombre en la nuca, derribándolo.

No cesaba de dar vueltas, golpear, empujar y esquivar, como un torbellino, creando el caos en todas direcciones y desarmándolos uno tras otro y derribándolos a todos.

Cuando tumbó al último de ellos, dio un paso al frente y sosteniendo la punta de su garrote en la garganta del hombre, lo

inmovilizó contra el suelo. Poco a poco, examinó el campo de batalla, todos los soldados estaban desarmados, tumbados o sobre sus manos y rodillas, quejándose, y él miró al capataz del Imperio y sonrió.

“Creo que el chico es mío”, dijo.

El capataz se dio la vuelta y se fue hecho una furia y el hombre se dio la vuelta y miró a Darius a los ojos. Era el guerrero más noble y hábil que Darius había visto jamás y se sentía impresionado de estar en su presencia. Era la primera vez que un hombre arriesgaba la vida por él y apenas sabía qué decir.

De todas maneras, no tuvo tiempo, porque el hombre misterioso se dio la vuelta de golpe y desapareció entre la multitud, dejando a Darius perplejo. ¿Quién era ese hombre? ¿Y por qué arriesgaba su vida por él?

CAPÍTULO CATORCE

Thor se agarraba fuerte al cuello de Lycoples, cogiendo con fuerza sus ásperas escamas mientras surcaban el aire, entusiasmado por montar de nuevo a lomos de un dragón. Se abrían camino por los aires a toda velocidad, las nubes golpeaban a Thor en la cara mientras se acercaban al grupo de gárgolas que había en el horizonte y que llevaban a Guwayne. Thor ardía con la determinación de recuperar a su hijo, tan cerca ahora por fin e instaba a Lycoples a ir todavía más rápido.

“¡Más rápido!” le incitaba Thor.

Lycoples agitaba sus alas una y otra vez, agachando su cabeza, con la misma determinación por salvar al hijo de Thor.

Thor se sentía exultante por estar montando a la hija de Lycoples y Ralibar, le hacía sentir como si estuviera de nuevo con Lycoples. La había echado terriblemente de menos desde el día que murió y montar sobre su hija le hacía sentir recuperado. Tampoco existía una sensación más emocionante que volar por los aires, moviéndose a aquella velocidad, cruzando los mares en días cuando a los barcos les llevaba lunas. Lo hacía sentir invencible de nuevo. Se sentía ligero, rápido como un pájaro, sin nada en el mundo que se interpusiera en su camino.

Thorgrin también sentía una intensa conexión con Lycoples, una energía muy diferente a la de su madre. Lycoples era mucho más pequeña, joven todavía, la mitad del tamaño de un dragón adulto y volaba con una torpe pasión, dando saltos por el aire, sin un control total de sus poderes todavía.

Volando en su lomo sentía que una nueva vida volvía al mundo, el nacimiento de una nueva raza se desplegaba ante él.

Thorgrin también sentía que compartía sus pensamientos y sentimientos fácilmente con ella y sentía que ella notaba su urgencia por encontrar a Guwayne. Ella agitaba sus alas con furia, sin

necesidad de que le incitaran a ello, yendo más rápida de lo que le podía pedir. Volaban tan rápido que apenas podía respirar, entrando y saliendo de las nubes, para acercarse a las gárgolas. Thor se agarraba con fuerza a sus escamas mientras que, con su mano libre, agarraba la Espada de los Muertos. Sentía cómo latía en su mano, ávida de sangre.

Empezaban a acercarse cada vez más al grupo de gárgolas, que ahora estaban a menos de cien metros, y Thorgrin se preguntaba hacia dónde se dirigían, a dónde estaban tan deseosas de llevar a Guwayne. Forzó la vista y vio a Guwayne, colgando de las garras de una de aquellas criaturas a la cabeza del grupo. ¿Realmente llevaban a Guwayne a la Tierra de Sangre? Y si era así, ¿por qué?

Thor observaba el horizonte y no veía nada que no fuera el océano hasta donde la vista le alcanzaba; no veía ninguna Tierra de Sangre. ¿Se había equivocado Ragon? ¿Fueron simplemente las palabras de un hombre moribundo?

De repente, Thorgrin se sorprendió al ver que la enorme bandada de gárgolas se partía en dos, la mitad de ellas se daba la vuelta y corrían para enfrentarse a él, mientras la otra mitad continuaba hacia delante. Mientras se aproximaban, las pudo observar bien y vio que eran como enormes murciélagos, con las alas negras, anchas y limosas, largas garras y colmillos. Echaban sus cabezas hacia atrás y chillaban mientras volaban directamente hacia él.

Thor agarró su espada, deseoso de enfrentarlas en batalla y Lycoples, para mérito suyo, no titubeó por el miedo. En su lugar, voló más rápido, y Thor, deseoso de hacer justicia, levantó la Espada de los Muertos en alto. Era muy pesada, diez veces el peso de cualquier otra espada pero, de alguna manera, parecía perfecta para sus manos. Su filo negro brillaba en el cielo y, cuando los monstruos chillaron, Thor les contestó con su propio grito de batalla. Se abriría camino entre todas ellas para recuperar a su hijo.

Cuando la primera de las gárgolas lo alcanzó, levantando sus

colmillos directos a la cara de Thor, Thor le clavó la espada, cortándola por la mitad. Su sangre lo salpicaba todo, mientras la gárgola caía por los aires, dejándolo atrás.

Otra se acercó a él, y después otra, se acercaban de todos lados, y Thor giraba y daba cuchillazos en todas direcciones, esquivándolas y cortándolas por la mitad. Le cortó las garras a una, las alas a otra, entonces se agachó y una tercera le arañó en el hombro y él alargó el brazo y apretó su espada contra su barriga desprotegida.

La nube de gárgolas descendió sobre él y Thor, sin miedo, las estaba esperando, luchando como un poseído, un hombre sin nada que perder. La Espada de los Muertos también luchaba, volviendo a la vida, como un ser vivo en su mano. Zumbaba y resonaba y mostraba el camino, alentando a Thor, dirigiéndolo para dar cuchillazos, clavar la espada y parar golpes. Era como tener un compañero de lucha en la mano. La Espada resonaba y cantaba mientras cortaba el aire, dejando un rastro de sangre y gárgolas mutiladas en su estela, que se precipitaban todas ellas al mar, allá abajo.

Lycoples también se unió, golpeando con sus garras a todas las gárgolas que osaban atacarla.

Era joven pero feroz e intrépida. Levantaba sus afiladísimas garras y rajaba a las gárgolas a diestro y siniestro, alcanzándolas antes de que la alcanzaran a ella y cortándolas por la mitad. Estiraba las patas y cogía a otras por la cabeza y las apretaba hasta matarlas, mientras que a otras las agarraba y las lanzaba, arrojándolas por los aires hasta el mar. A otras las mordía, abriendo sus enormes mandíbulas y clavándoles los dientes en las escamas mientras estas gritaban de dolor.

Finalmente, cuando una nueva nube se acercó a ellos, Lycoples echó su cabeza hacia atrás y soltó un chorro de llamas. Su llama no era todavía tan fuerte como la de sus padres, pero lo era lo suficiente para causar el caos: las docenas de gárgolas que quedaban, envueltas

en llamas, soltaron un horrible chillido mientras estaban inmersas en la nube de fuego, sus gritos horribles llenaban el aire mientras ellas se precipitaban, en llamas, hacia el mar.

El poder de Lycoples tomó por sorpresa a Thor, pues no esperaba ese chorro de llamas y las pocas gárgolas que quedaban con vida también la miraban asustadas y con un nuevo miedo hacia Lycoples. Se dieron la vuelta y se fueron volando hacia el horizonte, alcanzando a la otra mitad de su bandada.

“¡Más rápido, Lycoples, más rápido!” exclamó Thor, agachando su cabeza y cogiéndose fuerte mientras ella, furiosa, volaba todavía a mayor velocidad.

A Lycoples no le hacía falta que le empujaran. Cortaba el aire más rápido de lo que Thor podía respirar y se zambullía y salía de las nubes, el sol escarlata empezaba a ponerse mientras ellos se echaban encima de las gárgolas. Ahora las gárgolas no se atrevían a enfrentarse a ellos, sino que volaban a toda velocidad, agitando sus alas con furia para intentar escapar.

Mientras se acercaban, Thor pudo ver por fin a Guwayne de nuevo, allí delante, y su corazón se aceleró. Ahora estaba muy cerca, nada se interpondría en su camino. Mataría a todas y cada una de aquellas criaturas y pronto volverían a estar juntos de nuevo.

Cuando Thor echó un vistazo al horizonte, pudo ver algo más, y se sorprendió por la visión que tenía ante él. En el horizonte, lentamente apareció lo que parecía una cascada en el cielo. Se extendía en todas direcciones, tan lejos como le alcanzaba la vista, una pared de agua corriente teñida de rojo. Caía del cielo, directo al océano, tan gruesa que no se podía ver a través de ella y oyó un gran rugido mientras se acercaba más. Empezó a entender de qué se trataba: una cascada de sangre.

Thorgrin de repente supo que era, sin duda, una barrera, una pared que bloqueaba el paso a otro mundo: la entrada a la Tierra de Sangre. Y cuando vio que todas las gárgolas se dirigían hacia allí, de

repente supo a dónde iban y entendió que aquello era un albergue seguro para ellas.

“¡MÁS RÁPIDO!” gritó.

Lycoples consiguió volar incluso más rápido, acercándose más a ellas, a menos de cincuenta metros, a menos de treinta, a menos de diez... La cascada de agua se acercaba amenazante a ellos, el ruido era ensordecedor.

Las gárgolas volaban un poco demasiado rápido y, cuando Thor se acercaba a ellas, todas de repente entraron a la cascada de sangre, desapareciendo dentro de ella.

Thor se preparó también, dispuesto a entrar tras ellas pero, de golpe, ante su sorpresa, Lycoples se detuvo bruscamente, echando hacia atrás la cabeza, negándose a entrar allí. Thor no podía comprender lo que estaba sucediendo. Era como si a Lycoples le diera miedo entrar.

Agitaba sus alas, sin moverse de allí, arqueando la espalda, chillando y Thor entendió que, por alguna razón, no podía atravesar aquella barrera mágica hacia la Tierra de Sangre. Thor enrojeció de furia, al darse cuenta de que las gárgolas también lo sabían.

Lycoples, frustrada, chillaba una y otra vez, estaba claro que quería entrar y estaba frustrada por no poder hacerlo.

A Thor se le rompía el corazón al ver que las gárgolas desaparecían en la cascada con su hijo, desapareciendo de su vista.

Thor pensó con rapidez. Bajó la vista y examinó el océano y, en la distancia, vio a sus hermanos de la Legión en el horizonte, siguiéndolo en su barco. Thor dirigió a Lycoples hacia abajo, a través del mar, hacia sus amigos, sabiendo que no le quedaba elección. Si Lycoples no podía entrar en la Tierra de Sangre, entonces Thor tendría que entrar sin ella.

Lycoples llevó volando a Thor hacia el barco y, cuando bajó lo suficiente y disminuyó la velocidad, Thor saltó de su lomo hacia la cubierta. Él estaba allí, mirándola, y ella agitaba sus alas

decepcionada, desando que él volviera a montar sobre ella.

Thor negó con la cabeza.

“No, Lycoples”, le dijo. “No me puedes ayudar de ninguna manera allí a donde voy. Puedes ayudarme en cualquier otro lugar: ve y encuentra a mi amada. Encuentra a Gwendolyn, esté donde esté. Dile que estoy vivo. Que Guwayne está vivo. Y sálvala por mí de cualquier peligro en el que se encuentre.”

Lycoples chillaba y rondaba por allí, estaba claro que no quería irse del lado de Thor.

“¡VE!” ordenó Thor con firmeza.

Finalmente, Lycoples, muy a su pesar se dio la vuelta y se marchó volando, desapareciendo en el horizonte.

Todos los demás se reunieron alrededor de Thor en el barco y lo miraban fijamente, perplejos. Él miró más allá de proa, hacia las amenazadoras cascadas de sangre y supo lo que debía hacer.

“Hermanos y hermanas”, dijo, “esta noche entramos en la Tierra de Sangre.

CAPÍTULO QUINCE

Gwendolyn caminaba al lado de la Reina, acompañándola a través de la pasarela de oro que se extendía por la capital de la Cresta. El camino estaba hecho de sólidos adoquines de oro, elevado a unos cinco metros por encima de las calles de la ciudad, extendiéndose desde a salida del castillo hasta todos los rincones de la ciudad. Era una pasarela reservada para la realeza y, mientras ellas caminaban, los sirvientes de la reina las seguían con parasoles para protegerlas del sol.

Las dos paseaban cogidas del brazo, la Reina la cogía cariñosamente del brazo y le insistió en acompañarla a visitar la ciudad. La Reina le mostraba con cariño todas las vistas a medida que avanzaban, señalando la arquitectura destacada y dirigiéndola por los diferentes barrios de esta antigua ciudad. Gwendolyn se sentía cómoda con su presencia, especialmente después de un tiempo tan largo sin compañía femenina. En algunos aspectos, la Reina era la cariñosa madre que nunca tuvo.

Esto hizo pensar a Gwendolyn en su madre. Su madre había sido una Reina fría y dura, siempre tomando decisiones basadas en lo que era bueno para el reino, pero no necesariamente en lo que era bueno para su familia. También había sido una madre fría y dura y Gwendolyn había tenido infinitas peleas y luchas de poder con ella. Gwendolyn recordaba cuando conoció a Thorgrin por primera vez, la épica lucha de su madre por separarlos. Esto le traía de nuevo la amargura y el resentimiento.

Esto también hizo que Gwen pensara en otros tiempos, en otros lugares; recordaba los bailes en la corte de su padre, todos vestidos con sus mejores galas, las justas, los festivales, los interminables años de abundancia y los buenos tiempos, años que Gwen tenía la certeza de que no acabarían. Recordaba cuando conoció a Thorgrin por primera vez, en los tiempos de abundancia del Anillo, cuando

era un chico joven e inocente que entraba por primera vez en la Corte del Rey.

Parecía que había sido en otra vida. Se sentía muy envejecida desde entonces, muchas cosas habían cambiado completamente en su vida. Incluso aquí, en la esplendor de este lugar, lo pasaba mal al imaginar que días así, de comodidad y confort, volvieran a ella de nuevo.

Gwen dejó este pensamiento cuando la Reina la arrastró y señaló hacia delante.

“Este barrio es donde vive la mayoría de nuestra gente” dijo la Reina con orgullo.

Gwendolyn miró hacia la hermosa ciudad, aprovechando la gran amplitud de visión de la que gozaba desde la pasarela y se asombró por su belleza y sofisticación. La ciudad estaba abarrotada de casas imponentes de todas las formas y tamaños, algunas construidas de mármol, otras de piedra caliza, todas muy cerca las unas de las otras, dándole a la ciudad un aire acogedor. La ciudad parecía lucir a la perfección, calles adoquinadas se entrecruzaban, los caballos caminaban por ahí, tirando lentamente de los carruajes por las calles. Las calles estaban abarrotadas de gente que vendía sus mercancías y olía a comida por todas partes: los puestos estaban a rebosar de enormes frutas, mientras los vendedores vendían sacos y toneles de vino. Había otras tiendas por todas partes, curtidores que vendían pieles, herreros que vendían armas y joyeros que sacaban brillo a las joyas.

Todos vestían sus mejores galas y paseaban por esta lujosa ciudad en armonía.

Gwen alzó la vista y vio las impresionantes fortificaciones que amurallaban la ciudad, sus antiguos muros de piedra, con caballeros en fila a lo largo de ellos, con su armadura brillando al sol.

Vio el castillo que destacaba por encima de la ciudad, como un centinela, sus murallas escalonadas y con más caballeros en fila,

ejemplos de fuerza y perfecta disciplina. Las campanas de la iglesia repicaban suavemente en la distancia, los perros ladraban por las calles de allí abajo y los niños chillaban encantados mientras estos corrían tras ellos. Una suave brisa, llena de la humedad de los lagos, la acariciaba mientras caminaba y Gwen entendió que aquel lugar era lo más cercano a la perfección que uno podía imaginar. En la distancia las aguas brillaban y, más lejos todavía, los picos de la Cresta se levantaban por encima de ellas, una débil silueta en el horizonte, cubierta de neblina, que hacía que este lugar pareciera incluso más protegido.

Gwen vio que la gente abría y cerraba los postigos de sus ventanas, colgaban la ropa para que se secase y, cuando echó un vistazo hacia abajo, vio que mucha gente las saludaba con cariño. Se sentía demasiado elitista caminando allá arriba, por ese camino.

“Está distraída, querida Reina”, le dijo la Reina, sonriendo.

Gwen se sonrojó.

“Discúlpeme”, dijo. “Es solo que... prefiero relacionarme con mi gente. Me gusta abrazarlos, caminar por las mismas calles que ellos”.

Gwen esperaba no haberla ofendido y le alivió ver que la reina tenía una amplia sonrisa.

“Eres una chica con mi mismo corazón” dijo. “Estaba esperando a que me lo pidieras. A mí tampoco me gusta vivir como lo hace la realeza, prefiero estar con mi gente”.

La llevó hacia unas escaleras doradas de caracol, que llevaban hacia las calles y, mientras descendían, hubo una emocionada avalancha entre su gente; todos ellos salían en masa ante la presencia de la Reina y se apresuraban a saludarla, ofreciéndole fruta y flores. Gwen vio cómo la quería su pueblo y entendió por qué: era la Reina más buena que jamás había conocido.

A Gwen le gustaba caminar por las calles, le encantaba la vitalidad, el olor más fuerte de carne cocinada que había aquí abajo; estaba desbordado de gente y a ella le encantaba la energía de este

lugar. Estaba empezando a ver que esta gente de la Cresta eran un pueblo acogedor y amable, que sonreían y acogían a los extraños con facilidad. Empezaba a sentirse como en casa.

“De hecho, caminar por la calle es lo más práctico para nosotras. Mi hija, a la que desea ver, está en la otra punta de la ciudad, posada en su biblioteca. Este es el camino más rápido para llegar hasta allí”.

Gwen pensaba hacia dónde se dirigía –la Biblioteca Real- que ella tanto deseaba ver y la emoción la embargaba. También pensaba en la hija pequeña de la Reina, a quien el Rey había pedido primero que visitara y se preguntaba por ella una vez más.

“Hábleme de ella”, dijo Gwen.

La cara de la Reina se iluminó al nombrarla.

“Es extraordinaria”, dijo. “Tiene una mente como la de nadie que haya conocido. Verás que realmente no hay nadie como ella. No sé de dónde le viene, desde luego no es de mí”.

La Reina sacudía la cabeza mientras hablaba, sus ojos estaban húmedos por la admiración.

“¿Cómo puede ser que una niña de diez años tenga una inteligencia tan poderosa como para ser la erudita del reino? No solo piensa con rapidez, sino que también retiene lo aprendido como nadie que haya conocido. Es más que una afinidad, es una obsesión. Pregúntale cualquier cosa sobre nuestra historia y te la contará. Me avergüenza decir que su conocimiento es más grande incluso que el mío. Y, aún así, estoy muy orgullosa de ella. Pasa todos sus días en aquella biblioteca. Le está dando un aspecto demasiado pálido, si me preguntas. Debería salir, jugar con sus amigos”.

Gwen pensaba en todo aquello mientras caminaba, recordando su primer encuentro con ella en el banquete y cómo se había encandilado con ella. Estaba claro que era una chica extraordinaria.

Al estar tan enamorada de los libros, las dos habían conectado al instante, ya que Gwen había sentido que era su alma gemela. Hacía pensar en Gwen en el tiempo que había pasado en la Casa de los

Estudiantes y sabía que, si su padre no hubiera intervenido, hubiera pasado todos sus días encerrada en aquel edificio, perdida entre los libros.

“Su esposo me dijo que debía verla a ella primero”, dijo Gwen. “Dijo que debía preguntarle por la historia antes de visitar la torre y a su otro hijo, Kristof. Dijo que me daría un más óptimo y mejor conocimiento de ella”.

Gwen observó que el rostro de la Reina se entristecía al mencionar a su otro hijo. Ella asintió con tristeza.

“Sí, ella te contará todo sobre aquella torre maldita y más”, dijo. “Aunque no sé para qué servirá. Los hijos que están en aquella torre están perdidos para mí ahora”.

Gwen la miró estupefacta.

“¿Hijos?” repitió. “El Rey solo mencionó un hijo. ¿Tienen otros?”

La Reina bajó la vista mientras caminaban, cortando camino por las calles, pasando por delante de los vendedores y se quedó callada durante un buen rato. Justo cuando Gwen empezaba a preguntarse si contestaría, por fin, la Reina se secó una lágrima y la miró, con la cara llena de tristeza.

“Mi hija también vive allí”

Gwen dio un grito ahogado.

“¿Una hija? Su esposo no la mencionó”.

La reina asintió.

“Kathryn. Él nunca la nombra. Actúa como si no existiera. Solo porque está tocada.

Gwen la miró perpleja.

“¿Tocada?” repitió.

La Reina apartó la mirada y Gwen entendió que era demasiado doloroso para ella hablar de esto y no quiso fisgonear. Un silencio se cernió sobre ellas mientras caminaban, Gwen tenía más curiosidad que nunca. Esta gente de la Cresta parecían guardar un sinfín de secretos. Esto hizo pensar a Gwen en el otro hijo de la Reina, Mardig,

e hizo que se preguntara sobre la maldad/ que se extendía sobre su familia.

Se abrieron camino entre las calles y finalmente giraron en una esquina y, al hacerlo, la Reina se detuvo en seco. Alzó la vista y Gwen también lo hizo.

Gwen suspiró, admirada por el edificio que había ante ella. Era un edificio como ninguno que Gwen hubiera visto jamás, construido con mármol brillante, con enormes puertas de oro en forma de altos arcos, con un complejo tallado. Las puertas estaban adornadas con imágenes doradas de libros talladas en ellas y vitrales largos y estrechos forraban el exterior. Parecía una iglesia, pero tenía una forma más circular e incluso más impresionante, colocada en medio en una plaza abierta de la ciudad sin nada a su alrededor en ninguna dirección, rodeado por un patio circular de adoquines de oro limpios. Gwen vio de inmediato el respeto que aquella ciudad tenía por los libros, por la erudición; al fin y al cabo, esta Biblioteca Real estaba como un modelo en el centro de la ciudad.

“Mi hija te espera en el interior”, dijo la Reina, ahora con tristeza en la voz. “Pregúntale todo lo que quieras. Te lo contará todo. Hay algunas cosas que son demasiado dolorosas para que una madre hable de ellas”.

Le dio un rápido abrazo a Gwendolyn, se dio la vuelta y desapareció entre las calles, seguida por sus sirvientes.

Gwen, sola, se enfrentaba a las enormes puertas de oro, de seis metros de altura y treinta centímetros de ancho y, cuando estiró el brazo y colocó las manos sobre los pomos de oro, tiró de ellos y se sintió preparada para entrar en otro mundo.

Cuando Gwen entró en la Biblioteca Real, Jasmine estaba esperando para recibirla, allí sola en aquella amplia sala de mármol, con las manos por delante, sujetas ligeramente a la cintura y mirándola fijamente con una dulce y emocionada sonrisa y sus ojos

brillando con inteligencia.

Corrió hacia delante sonriendo y tomó la mano de Gwen.

“¡He estado esperándote *mucho* rato!” exclamó, mientras se daba la vuelta y empezaba la visita con Gwen. “Mi papá dijo que vendrías esta mañana y te he estado esperando desde entonces.

Debo haber mirado por las ventanas cien veces. ¿Te llevó mi mamá a una de sus largas y aburridas visitas?” preguntó con una breve risa, deleitada.

Gwen no pudo evitar reír también, el entusiasmo de aquella niña era contagioso. Jasmine la cautivó desde el momento en que la vio, tan inteligente y adorable. También era habladora y divertida. Daba saltos al caminar, había un alegre atolondramiento en ella que Gwen no esperaba.

Esperaba que fuera seria y sombría, perdida en los libros, como cualquier otro erudito, pero no era nada de eso. Era como cualquier otro niño, despreocupada, saltarina, alegre, cariñosa y buena. En algunos aspectos, a Gwendolyn le recordaba el espíritu despreocupado y alegre que ella había tenido de joven. Se preguntaba cuándo, exactamente, lo había perdido.

Mientras Jasmine la llevaba por las salas, sin dejar de hablar, cambiaba de un tema al otro con una destreza sorprendente, señalando un estante de libros tras otro.

“En este estante de la derecha están las tragedias de nuestro primer dramaturgo, Circeles”, dijo. “Yo los considero básicamente obras triviales, lo que puedes esperar de la primera generación de dramaturgos de la Cresta. Por supuesto, entonces eran aptos para diferentes trabajos, en su mayoría militares. Como dice Keltos, con cada generación viene un refinamiento, un movimiento de lo militar a más altas destrezas. Todos nos esforzamos por formas más altas de excelencia, ¿o no?”

Gwen la miraba, deslumbrada por su discurso, su imparable flujo de palabras y conocimiento, mientras continuaba señalando a un

estante de libros tras otro incansablemente.

Pasaban por interminables pasillos, decorados con ornamentadas pinturas en la pared, con los suelos forrados de oro.

La biblioteca era como un laberinto y Jasmine la llevaba por sinuosos y estrechos pasillos llenos de libros a ambos lados. Los estantes de libros, hechos de oro, se levantaban unos seis metros y todos los libros se veían antiguos, encuadernados en cuero, manuscritos –por lo que pudo ver Gwendolyn- en el antiguo lenguaje del Anillo. Había una asombrosa cantidad de libros, incluso para alguien como Gwendolyn y, sorprendentemente, Jasmine parecía reconocerlos todos.

“Y aquí tenemos las historias, por supuesto”, continuó Jasmine, bajando un libro mientras caminaba y pasaba las hojas. “Se extienden por kilómetros. Está organizado desde los primeros historiadores hasta los últimos. De hecho, debería ser al revés. Se podría pensar que los últimos destacarían por encima de los primeros, ofreciendo una perspectiva más cultivada sobre la historia de la Cresta y del Anillo, pero no es el caso. Como suele suceder, los historiadores originales estaban mejor versados que cualquiera que los siguiera. Creo que hay algo de verdad en la idea que las últimas generaciones superan a las primeras, sin embargo, es más cierta la idea que las primeras generaciones poseen una antigua sabiduría intocable por las últimas generaciones”, dijo. “El síndrome del primogénito, ¿verdad?”

La mente de Gwen daba vueltas en un frenesí, intentando procesar todo lo que decía y no podía evitar sentirse como si estuviera hablando con una octogenaria. Esta dinámica de niña poseía la sabiduría de Aberthol y Argon combinadas, pero con una velocidad y una energía que mareaban a Gwen. Gwen se dio cuenta de inmediato de que la inteligencia y la erudición de esta niña la superaban y era la primera vez que se sentía así con alguien. Era a la vez intimidante y estimulante.

“Tú también lees”, dijo Jasmine, al girar en una esquina, que las llevaba a otro tortuoso pasillo de libros. “Lo vi en tu rostro en el momento en que te conocí. Tú eres como yo. Con la diferencia que tú cargas con tu Reinado. Lo comprendo. Debe de haber sido horrible. Sin tiempo para leer, me imagino. Probablemente es la peor parte de ser reina. Seguramente te gustará esto de aquí.

Gwen sonrió.

“¿Cómo lo haces?” dijo Gwen. “Me lees la mente”.

La niña rió embelesada.

“Es fácil detectar a otro lector. Hay una mirada distante en tus ojos, como si estuvieras perdida en otro mundo. Un signo que te delata. Vives en un mundo intensificado, más glorioso que el nuestro, como yo. Es un mundo de fantasía. Un mundo de un hermoso drama, donde todo es posible, donde los únicos límites son tu imaginación”.

Jasmine suspiró.

“Nuestro mundo, aquí y ahora, es muy ordinario”, añadió. “Herreros y carniceros y cazadores y guerreros y caballeros –qué tremendamente necios. Lo único que quieren hacer es matarse entre ellos, superarse los unos a los otros en justas y competiciones parecidas. Tremendo. Superfluo, también”.

Suspiró, girando hacia otro pasillo.

“Los libros, por otro lado,” continuó, “son infinitos. Si me preguntas, leer un libro es más caballeroso que matar a un hombre. Y te ofrece un mundo mucho más interesante para explorar. Es una lástima que nuestra sociedad valore a los asesinos por encima de los eruditos. Al fin y al cabo, sin nosotros los lectores, ¿cómo sabría el armero cómo se forja la armadura? ¿El herrero cómo se martilla la espada? ¿Cómo sabría el zapatero cómo se arreglan las herraduras o el ingeniero cómo se construye una catapulta? ¿Y cómo podría el Rey saber contra quién luchaba si no supiera leer, si no supiera, por lo menos, identificar la bandera del otro lado del campo de batalla? ¿Cómo sabrían sus hombres a quién matar?”

“Los caballeros no luchan en el vacío”, continuó. “Están más en deuda con nosotros los lectores, con nuestros libros, de lo que jamás se molestarían en admitir. Daría por sentado que un guerrero necesita los libros para sobrevivir, mucho más que las armas”.

Bajó corriendo por unas escaleras, Gwen iba justo detrás de ella intentando ir a su ritmo.

“Y aún así, aquí estamos, tratados como ciudadanos de tercera, desterrados a nuestras bibliotecas. Gracias a Dios que soy una chica. Si fuera un chico, ahora estaría perdiendo el tiempo en el campo de batalla y perdiéndome todo esto”.

Giró en una esquina, se detuvo e hizo unos gestos muy teatrales y Gwen, al mirar, vio una habitación que la dejó sin respiración. Gwen se encontró en una amplia habitación, con los techos que se levantaban unos treinta metros, en forma de un enorme círculo, con columnas de mármol que se extendían cada nueve metros y escalones que llevaban a un piso de mármol reluciente en el que había docenas de mesas de oro. En cada una de estas mesas había montones y montones de libros, de todos los tamaños y formas, algunos tan grandes como una mesa entera. La habitación estaba iluminada por un interminable despliegue de candelabros de velas, decorados con cristal.

Gwen estaba allí, asombrada por lo que veía, mientras Jasmine daba saltos felizmente, se sentía claramente cómoda aquí, como si fuera su salón personal.

“Esta es la sala de lectura principal”, explicaba mientras caminaba. Gwen la seguía lentamente, escuchándolo todo. “A veces me gusta esconderme en pequeños rincones y recovecos cuando leo, pero la mayor parte del tiempo la paso leyendo aquí. Este sitio está vacío todo el tiempo de todas formas, o sea que realmente no importa donde lea. Pero, en ocasiones, leer en diferentes habitaciones te hace sentir diferente respecto a un libro, ¿no crees?”

Gwen miró todas las mesas, confundida.

“No lo comprendo”, dijo. “Si nadie usa esta habitación aparte de ti, ¿qué son todos estos libros sobre todas estas diferentes mesas? Parece que un ejército usara esta habitación cada día”.

Jasmine rió deleitada.

“¿Lo parece?” respondió. “Lo siento. Sé que soy desordenada. No se me da bien guardar mis libros”.

Gwen la miró fijamente, atónita.

“¿Estás diciendo que tú sola estás leyendo todos estos libros?” preguntó incrédula, observando los centenares de volúmenes que había esparcidos por una docena de mesas, todos abiertos, con alguna señal de ser usados.

Jasmine sonrió.

“No son tantos”, respondió modesta. “Solo son mis favoritos. En realidad, he decidido leer muchos más este año”.

Jasmine saltaba de mesa en mesa, olvidándose de Gwendolyn, ya preocupada por los libros que había ante ella. Prácticamente se zambulló en la habitación, corrió hacia la mesa más cercana, agarró un libro enorme y ojeó sus páginas. Gwen observaba con descrédito cómo Jasmine giraba las páginas a la velocidad del rayo. Gwen nunca había visto a nadie que leyera tan rápido. Jasmine canturreaba para ella mientras leía, perdida en el libro, como si se olvidara de que Gwen estaba en la habitación.

En tan solo unos instantes lo terminó.

Se giró hacia Gwen con una sonrisa en la cara.

“Una de las historias menos aburridas” dijo Jasmine, suspirando. “Realmente indago en las historias, pero sabía que ibas a venir y sabía que querías saber y quería estar preparada. Me imagino que, por supuesto, quieres saberlo todo sobre la historia del Anillo, sobre nuestros antepasados comunes. Al fin y al cabo es la naturaleza humana, ¿verdad? ¿La gente no quiere saber siempre sobre ellos mismos?”

Jasmine la miró con un brillo en los ojos y Gwen sonrió, su mente

daba vueltas con todas las palabras de Jasmine, todavía estaba intentando asimilarlo todo. Alargó el brazo y puso una mano sobre su hombro.

“Eres un ser humano sorprendente, increíble”, fue todo lo que Gwen, sin palabras, pudo decir. “Si jamás tuviera una hija, me gustaría que fuera como tú”.

Por primera vez, Jasmine se relajó, sonrió con orgullo y fue corriendo a darle un gran abrazo a Gwen. Entonces se dio la vuelta y volvió a sus libros, abriendo uno nuevo.

Gwen se acercó, se inclinó hacia ella y empezó a leer por encima de su hombro. Este libro, demasiado grande y encuadernado en cuero, estaba manuscrito en un antiguo lenguaje del Anillo y, afortunadamente, era un lenguaje que Gwen entendía bien, ya que lo había practicado con Aberthol y otros desde que nació. Gwen se sentía emocionada de estar allí, en esta tranquila y sagrada casa de libros. Podría quedarse en esta biblioteca para siempre, dejando fuera todos los problemas del mundo. No había nada que le gustara más.

Sin embargo, mientras intentaba leer, Jasmine pasaba las páginas muy rápidamente y para Gwen era difícil seguir su ritmo.

Jasmine lo terminó rápidamente, lo cerró, estiró el brazo y cogió otro libro.

“Te ahorraré su monotonía”, dijo Jasmine. “La esencia de aquel libro es que la Cresta y el

Anillo compartimos antepasados. Pero esto ya lo sabes. El libro se centra más en su separación.

Cosas relativamente aburridas”.

“Cuéntame”, dijo Gwen, ansiosa por saber.

Jasmine se encogió de hombros, como si aquello fuera saber popular.

“En algún punto, quizás siete siglos atrás, hubo una separación de caminos. Un éxodo en masa de la Cresta. Tu parte de la familia

marchó de aquí, atravesó el Gran Desierto, consiguió hacer o encontró barcos y atravesaron el océano. Evidentemente, hubo una persecución por parte del Imperio y muchos de los vuestros murieron, ya sea en el desierto, en las selvas o en el mar. Muchos de los que llegaron primero al Anillo tampoco sobrevivieron. Muchos fueron asesinados en lo que creo que llamáis “El Desolado”.

Gwen la miró fijamente, estupefacta por la historia.

“Sí”, dijo Gwen. “La tierra que está más allá del Cañón, en la parte externa del Anillo”.

Jasmine asintió.

“El principal reto con el que se encontró tu pueblo fue construir un puente para cruzar el Cañón. El primer puente fue el Cruce del Oeste. Le siguieron tres más. Tallar la roca les llevó mil días a mil trabajadores. Las bestias también intentaron cruzarlo, pero tu pueblo pudo proteger el puente. Otras bestias bajaron del Cañón para trepar por el otro lado pero, según las teorías, las mataron las criaturas que viven allá abajo”.

Gwen escuchaba, cautivada, su mente estaba llena de preguntas, pero no quería interrumpir.

Jasmine suspiró.

“Evidentemente, para aquellos que lo consiguieron”, continuó, “el Anillo original no era un lugar fácil. Estaba lleno de monstruos salvajes, en sí misma era una tierra salvaje y sus Tierras Altas eran infranqueables. Casi a la vez, hubo una división entre las provincias del Oeste y del Este, que creo que evolucionó en los reinos del Oeste y del Este. El Este era menos fértil, más árido, y su clima más duro. Allí vivían unas tribus salvajes que, según creo, formaron la base del Reino del

Este.

“Solo cuando tu pueblo pudo proteger el Cañón las cosas cambiaron. Y esto, a la vez, lleva a lo más importante quizás de toda vuestra historia: la historia del Escudo. Y de la Espada del Destino.

Sin el Escudo, el Anillo era solo otro lugar indefendible, otra isla, un lugar tan inseguro y hostil como el resto del mundo. Pero fue la magia de los primeros grandes hechiceros la que forjó el Escudo, el cual supuso el trabajo preliminar para la supervivencia de tu pueblo”.

Gwen nunca había estado tan inmersa en una historia; había leído historias toda su vida, sin embargo, nunca había escuchado nada de esto. Se preguntaba qué valiosos volúmenes tenían aquí en la Cresta que no tenía su pueblo en el Anillo.

“Cuéntame más”, dijo Gwendolyn.

De repente, sonaron las campanas de la iglesia, débiles, de algún lugar más allá de las murallas y Jasmine alzó la vista, desconcentrada por primera vez. Gwendolyn vio que su expresión se ensombrecía y se preguntó por qué.

“No puedo soportar su sonido”, dijo. “Tocan sin parar”.

Gwen estaba confundida.

“¿Por qué? ¿Quién las toca? ¿No son las campanas de la iglesia?”

Jasmine negó con la cabeza.

“Ya me gustaría”, respondió. “Son las campanas de la torre. Las campanas de la falsa religión, el culto que tiene secuestrados a mi hermano y a mi hermana. No físicamente, por supuesto, sino intelectualmente, espiritualmente y esas ataduras son peores que las cadenas. Los quiero muchísimo a los dos y daría lo que fuera por tenerlos de vuelta”.

Jasmine había cambiado de repente de tema, se había olvidado de la historia de la Espada del Destino y del Escudo y Gwen se dio cuenta de algo: su periodo de atención era limitado. Su mente funcionaba tan rápido que ella cambiaba de tema con una habilidad alarmante. Era brillante, pero también era dispersa. Gwen todavía quería saber más sobre el Escudo y la Espada del Destino desesperadamente, pero lo dejaría para otro momento. Al fin y al cabo, había venido hasta ella en primer lugar por petición del Rey,

para descubrir más de la torre.

“Háblame de tus hermanos”, dijo Gwendolyn, deseosa de saber más.

“¿Qué te dijeron tu Padre y tu Madre?” preguntó.

“No mucho”, respondió.

Jasmine negó con la cabeza.

“Evidentemente. Temen lo que no conocen y se avergüenzan de lo que no entienden. Como la mayoría de las personas. Provinciano, ¿no lo llamarías así?”

Gwen la miraba, sin entenderla del todo.

“A mi hermano”, continuó, “le han lavado el cerebro. Siempre ha sido entusiasta con todas sus pasiones y, desafortunadamente, encontró el tema equivocado. Mi hermana, bueno... esto es más complicado. Nació así. Siempre ha estado perdida para nosotros, a su manera. Pero ahora está entre ellos”.

Gwen luchaba por comprenderlo.

“Es catatónica”, explicó Jasmine, al ver la expresión confundida de Gwen. “Mira fijamente por la ventana, sin decir ni una palabra. Siempre desde que nació. Nuestra gente *noble* de la Cresta, con su cultura de la perfección, o los guerreros y caballeros y todas esas tonterías, se avergüenzan de ella. Repugnante realmente. Es el defecto más grande de mis padres, si me preguntas. Y quien no es perfecto, se considera una amenaza para nuestra sociedad. Pero yo quiero mucho a mi hermana, siempre lo he hecho. Siempre encontraba una manera de comunicarme con ella. Ella también tiene su manera de ser, solo tienes que abrirte para escucharla”.

Gwen empezaba a comprender y sentía tristeza por todos ellos.

“Tu padre me pidió que los visitara”, dijo Gwen. “Para intentar traerlos de vuelta”.

“Una causa perdida”, suspiró Jasmine. “No puedes viajar por los canales de la mente”.

“Pero él también cree que la Torre tiene una pista. Que está

protegiendo algo, algún antiguo conocimiento, alguna historia secreta”.

Jasmine suspiró y apartó la vista y, por primera vez, se quedó en silencio durante un buen rato, mirando a lo lejos en la distancia con los ojos vidriosos, como si estuviera dando vueltas a algo monumental.

“Este rumor ha persistido durante siglos”, dijo. “Muchos creen que los Buscadores de la Luz esconden los libros perdidos. Son libros que nunca he visto, nunca he visto una prueba de su existencia. Rogué a mi hermano y a mi hermana muchas veces: si existen, daría lo que fuera por leerlos. Pero ellos insisten en que no o que, al menos, ellos no los han visto. E incluso si lo hicieran, incluso si están escondidos en las entrañas de la Torre, ¿quién puede decir si realmente contienen la gran solución para nuestro destino que todos esperamos?”

Ella suspiró.

“Este es solo otro de los sueños de mi padre”, continuó. “¿Quizás tiene que ver con su edad?”

¿Su anhelo de que regresen sus hijos?”

Gwendolyn apartó la vista, se sentía decepcionada por toda la conversación, intentaba absorberlo todo. El conocimiento de Jasmine era vertiginoso y Gwen pensaba que le llevaría meses entender completamente todo lo que estaba diciendo. Era la primera vez que se sentía así, intelectualmente por encima de su cabeza, y era una experiencia perturbadora.

Jasmine debió notar su tristeza, pues la miraba cariñosamente y le puso una mano sobre su muñeca.

“Ya está bien de la Torre”, dijo. “Irás allí y lo verás por ti misma. Pero he visto en tus ojos lo que realmente te preocupa. Thorgrin y Guwayne, ¿verdad?”

Gwen la miró, con la esperanza en sus ojos, preguntándose cómo lo sabía.

“¿Argon no te ha dicho nada?” preguntó Jasmine.

Gwen la miró confundida.

“¿Argon?” repitió. “¿Decirme qué? Está enfermo. Está inconsciente”.

Jasmine negó con la cabeza.

“Ya no”, respondió. “Nuestros curanderos son muy buenos con lo que hacen. Su curación ha empezado. Está consciente incluso ahora”.

Gwen la miró, llena de esperanza, exultante.

“¿Cómo lo sabes?” preguntó desconcertada.

Jasmine sonrió.

“Todo lo que sucede en esta corte lo trae el cuervo. Se sabe que yo soy muy curiosa”.

Gwen la miró con atención, sorprendida.

“¿Qué es lo que sabe Argon?” preguntó Gwen.

“Los ancianos”, dijo Jasmine, “guardan muchos secretos, desde el principio de los tiempos.

También una gran sabiduría, de la que no hablan”.

Ella miró atentamente a Gwendolyn.

“Habla con Argon”, dijo. “Pregúntale por Thorgrin. Por Guwayne. Pregúntale qué guarda.

Estoy segura de que te sorprenderá incluso a ti”.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Kendrick se preparaba mientras las afiladas garras de la Criatura que se Aferra a los Árboles se abalanzaban sobre su cara a una velocidad vertiginosa. La criatura había saltado del árbol retorcido tan rápidamente, lanzándose sobre él antes de que Kendrick tuviera ocasión de reaccionar.

Sus garras eran tan largas como su cuerpo, afiladas y finas como una navaja y la bestia, que parecía un gran perezoso, con el cuerpo peludo, los ojos amarillos, pequeños y brillantes y los colmillos afilados, estaba sediento de sangre. Estaba claro que antes ya había atrapado a muchos viajeros desprevenidos bajo su árbol.

Kendrick sabía que en un instante lo decapitarían y su último pensamiento, antes de que lo alcanzara, fue que sería una lástima morir allí, en medio de la nada, lejos de Gwendolyn y de todos los que conocía y quería.

Mientras Kendrick se preparaba, se oyó un repentino sonido metálico y Kendrick vio a Brandt a su lado, parando las garras de la criatura con su espada. En el mismo instante, Atme dio un paso adelante y clavó su espada justo en el corazón de la criatura.

Esta soltó un horrible chillido y escupió una sustancia amarilla sobre Kendrick mientras se desplomaba en el suelo del desierto, muerta.

De repente, el cielo se llenó con los horribles chillidos de aquellas cosas. Sonaban como un coro de monos mientras se lanzaban desde el árbol, con sus largas garras extendidas en el aire, docenas de ellas descendían hacia el grupo de hombres.

Kendrick, agradecido a Brandt y a Atme por salvarle la vida, se puso en acción, decidido a devolverles el favor. Observó que una de las bestias se lanzaba, con las garras extendidas, hacia la espalda de Brandt y empujó a Brandt hacia un lado, dio un paso adelante y lanzó su espada. Esta dio vueltas sobre sí misma antes de clavarse en el

pecho de la criatura. Se desplomó en el suelo, muerta, justo antes de alcanzar a Brandt.

Kendrick divisó a otra bestia, que se dirigía hacia Atme, por el rabillo del ojo y, dando vueltas, desenfundó su otra espada corta y dio cuchilladas en el aire, cortándole la cabeza antes de que pudiera clavar sus colmillos en la nuca de su amigo.

Un chillido llenó el aire y Kendrick se dio la vuelta y vio a uno de los Plateados gritando mientras una de las criaturas se aferraba a su espalda y le clavaba los dientes detrás del hombro.

Kendrick fue corriendo hacia delante y usó la empuñadura de su espada corta para golpearle en la cara, dejándola fuera de combate. A continuación, giró y clavó una cuchillada a otra mientras esta le clavaba las garras a otro Plateado en la cara.

A su alrededor, sus hombres siguieron su ejemplo y se pusieron en acción. Daban cuchilladas a las criaturas, luchando contra ellas una tras otra a medida que saltaban. Las derribaban, pero también se llevaban cortes y mordiscos en el proceso. Las criaturas eran demasiado rápidas para esquivarlas. La batalla era violenta; por cada criatura que mataban, uno de sus hombres se llevaba un horrible corte. Aquellos que llevaban una buena armadura la usaban sabiamente a su favor, levantando los guanteletes y los escudos para parar los golpes.

Kendrick movió el guantelete de un lado hacia el otro y golpeó a una criatura antes de que le alcanzara; entonces levantó el escudo, dibujando con él un amplio arco y golpeó a tres más en el aire.

Por un instante, se sintió optimista pero, a continuación, alzó la vista y vio lo que parecía una reserva interminable de aquellas criaturas todavía cayendo del árbol retorcido. Habían ido a parar justo a un nido de aquellas cosas y estaba claro que aquellas criaturas no acostumbraban a acoger a los visitantes sin que pagaran un precio fatal. Sabía que tenía que hacer algo. Sus hombres se estaban llevando demasiados cortes y, a este paso, estarían demasiado débiles

para ganar.

Kendrick pensó con rapidez y se acordó del largo mayal que guardaba en su silla, el que reservaba para los torneos; tenía una cadena extralarga, de casi cinco metros, con tres bolas de metal tachonadas en la punta. Era un arma mortífera, que raramente empuñaba en la batalla, por el peligro a quedarse enredado en ella. Pero en una situación como esta, era justo lo que necesitaba.

Kendrick la agarró, su larga cadena se agitaba mientras la balanceaba por encima de su cabeza, dando vueltas y dispuesta a hacer daño. Pero, tan pronto como la alzó, sintió un dolor agudo detrás de su hombro y escuchó un chillido en su oído. Sintió el peso de una de esas criaturas sobre él, agarrándose a su espalda, clavándole los colmillos en el hombro, su aliento caliente en la oreja.

Intentó agarrarla, pero no pudo alcanzarla.

Kendrick gritaba de agonía, cayendo sobre sus rodillas cuando, con la misma rapidez, su agonía se calmó. Con un chillido, la criatura se fue volando. Kendrick alzó la vista y vio a Koldo, empuñando una espada que atravesaba a la criatura, muerta.

Kendrick, agradecido a él, no perdió el tiempo. Se puso de pie y balanceó su mayal dibujando un amplio arco, apuntando alto para no golpear a su propia gente. Las tres bolas tachonadas silbaban mientras se balanceaban por el aire e impactaban contra varias criaturas; las rasgaban con un ¡plas!, sus puntas afiladas les perforaban la carne. Las criaturas caían de arriba hasta el suelo, mataron a una justo antes de que fuera a parar a la espalda de Koldo.

Kendrick se giró y balanceó su mayal en círculos más y más anchos, corriendo hacia el grupo de hombres y derribando a las criaturas que caían del cielo. Sus chillidos llenaban el aire mientras las derribaba una a una, en todas direcciones, cayendo como moscas.

Pronto, un montón de cadáveres yacían a sus pies.

Kendrick echó un vistazo al campo de batalla y vio que Naten gritaba y soltaba su espada.

Tenía dos criaturas sobre él, una le mordía la muñeca y la otra el cuello. Una tercera se abalanzaba sobre su cara. Kendrick sabía que, en un instante, estaría muerto.

Kendrick dudó por un instante, recordando lo mal que lo había tratado Naten. Pero se deshizo de su duda, su código de honor le obligaba a salvarlo, sin importar cómo se había comportado.

Kendrick lucharía hasta la muerte por cualquiera que luchara con él, se lo mereciera o no.

Kendrick corrió hacia delante para salvarle la vida a Naten, haciendo girar el mayal con todas sus fuerzas; su puntería era buena y conseguía sacarse a las criaturas de encima, una a una, con cada balanceo. Al darse cuenta de que no las podía matar de golpe, Kendrick cambió de mano el mayal, desenfundó su corta lanza con la mano libre y la arrojó. Se elevó por los aires y atravesó a la criatura que se dirigía hacia la cara de Naten, salvándolo justo a tiempo.

Un gran grito llenó el cielo y todas las criaturas, en una acción coordinada, empezaron a retirarse, subiendo hacia el cielo, de vuelta al árbol retorcido, como los cuervos, apiñados en lo alto de las ramas. Hacían unos extraños ruidos, como si piaran, mientras estaban allí mirando hacia abajo a Kendrick y a su mayal, llenos de dudas.

Un silencio cayó sobre el campo de batalla, mientras los hombres de Kendrick estudiaban la situación y se miraban las heridas, quejándose de los mordiscos y los arañazos. Nadie había escapado ileso.

Cuando Kendrick observó a los hombres de la Cresta, vio algo diferente en sus ojos esta vez: respeto. Los hombres de la Cresta, que una vez fueron tan recelosos con él, ahora lo miraban de forma diferente. Se había ganado su respeto.

De todos menos de uno.

Naten le echó una fría mirada, se dio la vuelta y se marchó. Un extraño agradecimiento por salvarle la vida, pensó Kendrick.

Koldo y Ludwig se acercaron a él.

“Luchasteis con valentía”, dijo Koldo. “Vosotros, los hombres del Anillo, habéis demostrado vuestro valor”.

“Salvasteis la vida de nuestros hombres en el día de hoy”, interrumpió Ludwig.

“No del todo”, contestó una sombría voz.

Kendrick se giró y vio a Naten allí de pie, mirando a un cadáver con el ceño fruncido.

“No salvó la suya”, añadió.

Kendrick divisó a un soldado muerto, un hombre de la Cresta al que no reconocía, allí tumbado, con la armadura ensangrentada, los ojos abiertos mirando fijamente al cielo, cubierto con un montón de arañazos y mordiscos.

“Lo enterraremos con todos los honores”, dijo Kendrick, entristecido por la pérdida.

Naten lo fulminó con la mirada.

“No enterramos a nuestros muertos, forastero”, dijo bruscamente Naten. “No en la Cresta.

Traemos de vuelta a todos y cada uno de ellos para una sagrada incineración dentro de la Cresta. Y no lo olvides: no estaría muerto si no fuera por ti”.

Kendrick se quedó de piedra con su frialdad y observaba cómo los otros soldados recogían el cadáver y lo acomodaban de lado sobre el caballo. El piar de las criaturas estaba llegando a un nuevo punto culminante y Kendrick alzó la vista hacia ellas; estas miraban hacia abajo amenazadoras.

“Todas las escobas están sujetas”, anunció Koldo. “Es el momento de dar la vuelta”.

Mientras montaban sobre sus caballos, uno de los hombres de Naten miró hacia atrás por encima de su hombro al árbol que se agitaba.

“Las Criaturas que se Aferran a los Árboles”, dijo con seriedad, negando con la cabeza. “Un mal presagio. Nuestra misión está

maldita”.

“Nada está maldito”, dijo bruscamente Ludwig.

“Está maldita, mi señor”, dijo. “Se suponía que era una misión rutinaria, para tapar el rastro.

Ahora aquí estamos todos, todos heridos, uno de los nuestros muerto. Sabe tan bien como yo que nunca volveremos a la Cresta”.

Mientras Kendrick se sentaba sobre su caballo y miraba cómo se ponían los soles, hacia la Cresta, en algún lugar del horizonte, empezó a sentirlo también; una creciente sensación de presagio se asentaba, una sensación de fatalidad pendiente, de una sencilla misión que se estaba torciendo enormemente. Podía sentirlo, como un peso en su estómago.

Y, de algún modo, él también sintió que nunca volverían.

CAPÍTULO DIECISIETE

Darius estaba en el pequeño patio circular, rodeado por altos muros de piedra y de cara al hombre misterioso que había delante de él, perplejo. Este entrenador del Imperio, este hombre que había intervenido y salvado su vida, estaba allí ahora, con su sencilla túnica marrón, con su sencilla vara y Darius no sabía qué hacer con él. Se había presentado a sí mismo como Deklan. Por un lado, le había salvado la vida y, por esta razón, Darius se sentía eternamente agradecido; por otro lado, Darius no tenía ni idea de por qué el hombre se había desviado de su camino por él o qué quería.

¿Resultaría ser cruel, como todos los demás?

Deklan miraba a Darius y lo examinaba como si lo conociera. Contemplaba a Darius con respeto, mirándolo como lo haría un guerrero y Darius no entendía por qué. Este hombre también era muy misterioso, tan fuera de lugar aquí en el Imperio, con su túnica marrón y su sencilla vara. Darius nunca había presenciado a un hombre luchando así, desmantelando a tantos soldados con un arma tan sencilla. Era el luchador más diestro que jamás había visto y sentía que podía aprender mucho de él.

Deklan estaba allí, muy tranquilo, mirando fijamente, como si estuviera esperando algo en silencio y Darius no sabía qué decir o qué hacer. Al fin y al cabo, estaba claro que este hombre servía al Imperio y esto significaba que, o bien se estaba preparando para matar él mismo a Darius o estaba preparando a Darius para el circo – ambos casos equivalían a lo mismo: la muerte.

Mientras Darius observaba cauteloso, el hombre sacó un pequeño llavero de su cinturón. Para sorpresa de Darius, soltó cada uno de sus grilletes. Las pesadas cadenas cayeron al suelo de inmediato y Darius, que se sentía un millón de kilos más ligero, se frotó las muñecas y los tobillos, sin darse cuenta de lo mucho que lo habían agobiado.

Entonces, Deklan sorprendió todavía más a Darius cuando desenfundó una afilada espada de su cinturón y alargó el brazo para pasársela a Darius, con la empuñadura por delante.

Darius la miraba fijamente, ante la duda de que fuera una trampa.

“¿Por qué me ibas a dar una espada?” preguntó Darius. “Podría matarte con ella”.

Deklan solo sonrió.

“No lo harás”, respondió.

Darius bajó la vista, mirándola fijamente y a continuación estiró el brazo y agarró su empuñadura; se sentía muy bien al volver a empuñar una espada.

“Soltaste mis grilletes”, dijo Darius. “¿Por qué?”

Deklan le sonrió.

“No tienes nada que temer de mí”, dijo el hombre. “Hay mucho más peligro para ti fuera de estos muros que dentro de ellos. Todos mis compañeros soldados te matarían con mucho gusto, mientras que yo soy el único que quiere mantenerte con vida”.

“¿Pero por qué?” pidió Darius.

Deklan se alejó unos cuantos metros de Darius y lo miró con atención.

“Mi deber es entrenar a aquellos chicos para que luchen en el circo. Nunca ha sobrevivido nadie. Yo alargo sus vidas, pero no los salvo. Pero en ti reconozco algo diferente. Un chico que, quizás, puede sobrevivir”.

Darius lo miró escépticamente.

“En ti reconozco”, continuó, “un chico que también es un hombre y que merece una oportunidad para luchar. Un chico con el espíritu de un guerrero no debe ser asesinado en un patio, con los grilletes y las cadenas puestos”.

“¿O sea que conservaste mi vida solo para hacerme un mejor guerrero, para que los que estén en el circo disfruten más al observar mi muerte?” preguntó Darius enojado.

Darius, indignado, arrojó la espada y esta fue a parar al suelo provocando un sonido metálico y una pequeña nube de polvo. Miró fijamente al hombre desafiante.

Deklan, sorprendido, negó con la cabeza lentamente, entonces le dio la espalda y se puso a caminar en círculo por el patio.

“Perder tu vida rápidamente o caer luchando es tu decisión”, continuó. “Yo te ofrezco darte una oportunidad. Una oportunidad. Y este es el mayor regalo que puedo darte. No hay más que hablar”, dijo, mirándolo a la cara.

Darius miraba fijamente, bajó la vista hacia la espada que estaba en el suelo, dudoso.

“Si te mato”, dijo Darius, “no podrás entrenar a estos chicos. Morirán antes, los juegos no serán tan emocionantes y quizás el Imperio acabará completamente con ellos”.

Deklan sonrió.

“Ojalá el Imperio fuera tan considerado”, respondió. “La muerte los satisface, sea rápida o lenta. Yo soy una pieza insignificante dentro de una máquina mucho más grande que nosotros dos.

Pero si tú crees que yo soy el enemigo, entonces desahógate conmigo. Lucha contra mí. Ven aquí y aprende cómo se lucha de verdad. A menos que tengas miedo”.

Darius ardía de indignación y dio un paso adelante, frotándose las muñecas por las marcas de los grilletos y agachándose para coger la espada.

Examinó su afilada hoja y miró de nuevo al hombre, que sostenía una sencilla vara. “Yo tengo una hoja de acero”, dijo Darius, “y he matado a hombres más grandes que tú. Tú solo tienes un palo. No soy yo el que debería tener miedo”.

Deklan sonrió.

“Entonces veamos si esta espada afilada que tienes puede romper mi pequeño palo. ¿O es que no sabes cómo empuñarla?”

Darius soltó un grito de rabia y embistió contra el hombre,

emocionado por tener finalmente la oportunidad de desahogar su rabia acumulada con alguien.

Darius embistió, levantó la espada en alto y la bajó hacia el hombre, que estaba allí totalmente inmóvil, con todas sus fuerzas.

Darius se sorprendió cuando, dando un traspié, pasó de largo, pues el hombre se hizo a un lado en el último momento con la velocidad del rayo.

Darius se dio la vuelta y se encaró a él de nuevo, furioso. Gritó y fue al ataque de nuevo.

Esta vez, Deklan lo sorprendió al no retroceder o hacerse a un lado, sino yendo hacia delante a su encuentro. Al hacerlo, Deklan levantó la vara hacia un lado con ambas manos y se acercó tanto que cogió las muñecas a Darius mientras este bajaba la espada, golpeándola con la vara y haciéndole soltar la espada.

Darius se agachó a toda prisa para recogerla pero, al hacerlo, el hombre le golpeó con la vara en el pecho, haciéndolo caer hacia atrás de culo.

Darius estaba tumbado en el suelo, humillado, mirando hacia arriba al hombre, que sonreía y andaba en círculos por el patio antes de volverse a enfrentar a él.

“¿Conoces la diferencia entre un caballero y un guerrero maestro?” preguntó Deklan.

“Un caballero es galante, orgulloso y caballeroso; es honorable y valiente. Se lanza a la batalla en el momento en que se requiere y exhibe gracia. No sucumbe a sus miedos”.

Darius se lanzó a por su espada, intentando recuperarla del suelo, pensando que podría coger a Deklan desprevenido; pero Deklan lo vio venir y esperó hasta el último momento, entonces la golpeó con su vara, dejándola fuera del alcance de Darius. Entonces dio un empujón con su pie a Darius en las costillas, y lo hizo dar vueltas por el suelo.

Deklan sonrió mirando hacia abajo, sin inmutarse.

“Un maestro guerrero, por otro lado”, continuó con calma, “es todas estas cosas y más. Es el primero en la batalla, o a veces el último. No es predecible, como los demás; tiene su propio código.

Ha interiorizado las normas de la batalla y se las ha hecho propias y las ha transformado a su propio código. Su principal objetivo es, siempre, ganar”.

“Siempre puedes sentir a un guerrero maestro: está muy tranquilo. Solo le hace falta empuñar una única y sencilla arma. No necesita demostrar nada a nadie. Puede que incluso parezca que esté parado, pero cuando llegue el momento atacará de la manera más inesperada, como el rayo. Como una mosca atravesando un lago. Rápido, veloz y silencioso, nunca estarás seguro incluso de si está allí. Y con el mínimo toque de su arma, puede hacer más daño que una legión entera de caballeros”.

Darius, furioso, se puso de pie de un salto, atravesó corriendo el patio, agarró la espada y se giró para atacar a Deklan, pero, tan pronto como se dio la vuelta, se quedó sorprendido al ver a Deklan justo detrás suyo, balanceando su vara y barriéndole los pies, haciendo que fuera a parar de espaldas al suelo del desierto.

“Tu problema”, continuó Deklan con calma, estando encima de él, “es que tú todavía eres simplemente un caballero. Este circo está lleno de cuerpos de caballeros muertos. Los he entrenado a todos. Es el hogar de los valientes, una justa de caballeros. El camino del caballero es justar, competir, probarse a todas horas. Sobre todo, superarse. Y lo que se necesita para sobrevivir aquí no es simplemente un caballero, sino un guerrero. Un guerrero *maestro*.

“¿Y cómo sabes lo que se necesita para sobrevivir si nadie lo ha hecho?” preguntó Darius, todavía furioso, secándose la sangre de los labios mientras se ponía de pie de un salto y levantaba la espada. Fue al ataque y dirigió la espada hacia abajo con rapidez, pero esta vez Deklan giró su vara hacia un lado y evitó la afilada punta de la espada. Mientras Darius atacaba, empujando a Deklan hacia atrás,

Deklan evitaba los golpes, de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, la espada chocaba contra la vara pero nunca la rompía.

A Deklan nunca le caía una gota de sudor, mantenía el equilibrio y la calma hasta que se cansó, entonces hizo girar su larga vara hacia un lado y golpeó a Darius en la muñeca, haciendo volar su espada por los aires. En el mismo movimiento, hizo girar la vara y golpeó a Darius en un lado de la cabeza, haciendo que diera un traspié y cayera al suelo.

Darius, respirando con dificultad, golpeado, sintiéndose más inseguro de lo que jamás se había sentido, se dio cuenta realmente de lo inútil que era luchar con este hombre, que era mil veces más rápido, más veloz, más fuerte y más letal de lo que él podría ser jamás. Alzó la vista al sol mientras Deklan estaba sobre él, tendiéndole una mano.

Darius la tomó y le dejó que le ayudara a ponerse de pie.

“Lo sé”, continuó Deklan, “porque fui el único superviviente del circo”.

Darius lo miró fijamente, estupefacto.

“¿Tú!?” preguntó. “¿Tú sobreviviste?”

Deklan no dijo nada y Darius sintió que el misterio de este hombre se hacía más profundo.

“¿Puedes entrenarme?” preguntó Darius, con la respiración agitada, lleno de esperanza.

“¿Puedes entrenarme para convertirme en un guerrero maestro?”

Deklan sorprendió a Darius al darse la vuelta de repente y marcharse.

“Te puedo señalar el camino” dijo. “Pero nadie que no seas tú te lo puede enseñar”.

Mientras Darius observaba cómo se iba el hombre, una ardiente curiosidad lo llenó de repente.

“¿Quién eres?” gritó Darius tras él.

Pero el hombre se dio la vuelta y salió por una puerta de hierro,

dejando a Darius solo en el patio, escuchando tan solo el sonido de su propia voz que resonaba hacia él y preguntándose por qué este hombre misterioso, al que acababa de conocer, le parecía tan escalofriantemente familiar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Loti se despertó por el sonido de metal al golpear, pegó un saltó y miró a su alrededor, preguntándose dónde estaba. Tenía la garganta seca y a sus ojos les costó mucho adaptarse a la débil luz mientras intentaba sacudirse los sueños de la mente. Había estado soñando con un viaje interminable, que llevaba un carruaje fuera de la faz de la tierra, que caía por unos acantilados e iba a parar a algún lugar del océano.

Loti despertó en guardia, mirando a su alrededor, intentando recordar. Era agobiante estar allí, costaba respirar, el polvo se arremolinaba en el aire y, al mirar a su alrededor, vio que estaba encerrada en barras de hierro. Estaba en una jaula, tan bajita que cuando intentaba ponerse de pie se golpeaba la cabeza e inmediatamente volvía a caer de rodillas. Miró a su alrededor y vio una docena más de cuerpos que estaban tumbados lánguidamente en el suelo de tierra. Se dio la vuelta y, más allá de las barras de la celda, vio el desierto polvoriento, olas de calor formándose en él; vio que estaba en el centro de una pequeña aldea concurrida, con caballos y carruajes corriendo de un lado para otro, esclavos encadenados que desfilaban por todas partes. Escuchó un ruido y su corazón se llenó de pavor al darse cuenta de que lo reconocía muy bien: un capataz estaba por allí cerca, azotando a un esclavo en la espalda.

Entonces se acordó: su madre. Les había tendido una trampa a ella y a su hermano, los había vendido como esclavos a esta caravana. Era un acto que nunca olvidaría.

“Hermana”, dijo una voz.

El corazón de Loti se disparó al reconocerla y, al darse la vuelta, vio a su hermano Loc atado con grilletes a su lado. Sus ojos se llenaron con lágrimas de alivio.

Se dieron un abrazo y ella lo abrazó fuerte.

“Has estado durmiendo durante todo el día”, dijo él. “Los tratantes de esclavos nos trajeron aquí la noche anterior y nos arrojaron en esta jaula para ganado. Ahora esperamos nuestro destino”.

Loti se horrorizó al ser consciente de la realidad de lo que su madre había hecho.

“¿Cómo pudo hacernos esto a nosotros?” preguntó ella.

Loc negó con la cabeza, entristecido.

“Debe tener alguna razón”, dijo él. “Debió pensar que era lo mejor para nosotros”.

Loti negó con la cabeza indignada; Loc siempre salía en defensa de su madre, hiciera lo que hiciera.

“¿Mejor para nosotros?” preguntó ella. “¿Cómo iba a ser esto mejor que cualquier otra cosa?

Volvemos a ser esclavos”.

Él encogió los hombros.

“Quizás pensó que si nos quedábamos con Darius nuestros destinos serían peores”.

Entonces se oyó el sonido de unas llaves y Loti se giró y observó horrorizada cómo un capataz sacaba de un tirón a varios esclavos, agarrándolos por los tobillos y arrastrándolos por el duro suelo del desierto. Con una patada y un empujón, enviaban a los esclavos encadenados a los campos de trabajo, donde se juntaban con otros centenares de ellos que estaban socavando en la piedra.

Dos capataces más se acercaron a su celda y Loti, ardiendo de furia, bajó el brazo para buscar el puñal que tenía escondido en la cintura. No iba a sucumbir a una vida de esclava nunca más. Esta vez caería luchando.

Mientras los capataces se aproximaban, se dirigió a Loc.

“Esta vez no”, dijo con una decisión de acero. “Jamás volveré a ser una esclava”.

Loc estiró el brazo, le puso una mano sobre la muñeca para

tranquilizarla y negó con la cabeza en la oscuridad.

“Por favor, hermana mía. No lo hagas. Te lo suplico. Por mí. Guárdate tu lucha para otro momento. Matarás a uno de ellos y morirás”.

“Moriré de todas formas”, dijo ella. “Y por lo menos mataré a uno de ellos. ¿Por qué no iba a hacerlo?”

“Porque”, dijo él rápidamente y con insistencia, “quiero matar a *muchos* de ellos”.

Ella lo miró, sorprendida por su respuesta y por la seriedad letal que había en sus ojos.

Lentamente, ella dejó de apretar el puñal y lo guardó otra vez en la cintura.

“¿Cómo?” preguntó ella.

Los capataces llegaron a la celda, la abrieron y, cuando se disponían a sacar a otro esclavo, Loc fue corriendo hacia delante.

“¡Nosotros nos ofrecemos voluntarios!” exclamó.

Entonces vino un silencio de estupefacción, mientras los capataces lo miraban con desprecio.

“¿Tú?” preguntó uno, riéndose y burlándose de él.

Loc se ruborizó.

“No hagáis caso de mi mano”, respondió. “Puedo trabajar en la mina tan bien como cualquier hombre. He trabajado en la mina toda mi vida”.

“¿Qué estás haciendo?” le susurró Loti, pero él la ignoró.

“¿¡Trabajar en la mina!?” preguntó el capataz. “Sabes que es un trabajo del que la mayoría de esclavos nunca vuelven. Nadie se ofrece voluntario para ello. Nueve de cada diez no volverán”.

Loc asintió.

“Lo sé”, respondió. “Y yo me ofrezco voluntario”.

Los capataces se miraron el uno al otro, entonces uno de ellos hizo finalmente una señal con la cabeza al otro y sacaron a Loti y a Loc.

“¿Qué has hecho?” Le preguntó Loti, mientras se los llevaban.
Él le sonrió con una sonrisa furtiva que solo ella vio.
“Ya lo verás, hermana mía”, respondió él. “Ya lo verás”.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Erec estaba en el centro de la aldea, con un brazo en la cintura de Alistair, con una amplia sonrisa mientras se relajaba por primera vez y disfrutaba de las celebraciones que había a su alrededor. Se enorgullecía al ver a aquellos aldeanos del Imperio libres del control del Imperio, todos ellos tan contentos, bailando y vitoreando a su alrededor, con aquellas expresiones de alegría y con risas, como las que no había visto en años. Aquella gente había estado oprimida y esclavizada mucho tiempo –podía verlo en sus caras- y ahora él les había concedido el mayor de los regalos: la libertad.

La música sonaba en el aire y tocaban los tambores y golpeaban los címbalos mientras bailaban, agarrándose los unos a los otros, entrelazando los brazos y bailando en círculos. Erec pronto sintió que un aldeano lo garraba, un hombre alto y musculoso sin camisa, que entrelazaba los brazos con él y bailaba en círculo. Erec se encontró en medio de todo aquello, riendo mientras se unía, mientras una mujer entrelazaba los brazos con Alistair y bailaba con ella. Erec sintió cómo pasaba de un compañero a otro, a la vez que bajaba la guardia y disfrutaba. Notó que todos sus soldados lo estaban mirando, para ver si estaba bien unirse y, cuando él asintió con la cabeza, todos ellos también se relajaron y se unieron. Erec divisó a su hermano bailando a su lado y sintió que todos sus hombres merecían una pausa, y una oportunidad para celebrar su cadena de victorias.

Erec sabía que la opresión era una cosa terrible y que te quitaran tu libertad era quizás la peor forma de opresión que había. La libertad, la capacidad de ser el dueño de tu propio destino, era mucho más que simplemente valioso, era la esencia de la vida en sí misma. Aquella gente, ahora libres, ya no temían al peligro, aunque vivían en una tierra rodeada por el Imperio; eran libres *por el momento* y este momento era lo único que importaba. Murieran o no más tarde, este momento hacía que sus vidas valieran la pena.

Sin embargo, cuando Erec hizo una pausa en su baile, echó un vistazo a su flota, anclada en el río al lado de la aldea y sintió una ráfaga de preocupación: allá lejos en la distancia, en la oscuridad de la noche, todavía veía las llamas de aquellos barcos ardiendo, iluminados en la noche, con un suave brillo naranja. Erec sabía que era una buena señal, el Imperio todavía estaba luchando con su asedio. Pero no sabía cuánto tiempo podía durar y sentía la responsabilidad de continuar avanzando.

Cuando la última canción se apagó llevó aparte al líder de la aldea, lo agarró por el hombro y lo miró a los ojos.

“Estamos muy agradecidos por vuestra hospitalidad”, dijo Erec.

“Somos nosotros los que debemos estar agradecidos”, dijo el líder. “¿Cómo podemos recompensaros? Es algo muy sagrado en nuestra cultura”.

Erec negó con la cabeza.

“Ver vuestra alegría es suficiente recompensa”, dijo. Erec suspiró. “Odio decir adiós, pero debemos partir ahora. Me temo que si no continuamos, el Imperio nos alcanzará”.

La cara del líder no mostraba preocupación.

“No tienes nada de lo que preocuparte esta noche, amigo mío”, respondió. “Los soldados del

Imperio nunca viajarían por esta agua de noche, esperarán a la mañana para buscaros”.

Erec lo miró perplejo.

“¿Por qué?” preguntó.

“Por las serpientes”, respondió el líder. “Allí, en aquellas aguas negras, hay serpientes monstruosas, del tamaño de un barco, que salen a la superficie por la noche. Si notaran el movimiento de los barcos, los arrastrarían hasta abajo”.

Erec se giró y observó las aguas ennegrecidas con un nuevo respeto; no vio ninguna serpiente, pero creía en la palabra del líder. Las maravillas de estas tierras del Imperio no cesaban de

sorprenderle.

“Quedaos con nosotros esta noche”, añadió el líder. “Nos haréis un gran honor. Estaréis más seguros aquí y queremos agradeceros, celebrarlo con vosotros”.

Estiró el brazo y le puso una bebida en la mano a Erec, cogió una bebida para él y chocó la copa con él”.

Erec dudó, pero finalmente se inclinó hacia atrás y bebieron juntos. Erec sentía cómo los licores calientes se le subían a la cabeza y, por primera vez en tiempo, se sentía relajado.

Dos enormes lunas colgaban sobre ellos, iluminando la noche, había un fuerte olor a carne asada y todos sus hombres estaban felices y relajados. Él asintió con la cabeza y sonrió.

“Esperaremos, amigo mío. Esta noche estamos de celebración”.

Erec caminaba con Alistair bajo la noche estrellada, cogidos de las manos, alejándose del ruido y del bullicio de las celebraciones que había en la aldea, tras horas de bailar, comer y beber.

Erec se sentía mareado, el fuerte alcohol se le había subido a la cabeza y, mientras iba de la mano con Alistair, se movían entre la maleza, con dirección al río. Habían estado cambiando constantemente desde que salieron de las Islas del Sur y deseaba estar un rato a solas con ella.

Erec observó atentamente el cielo y vio que las dos enormes lunas habían caído hacía tiempo, el cielo ahora estaba negro y en su lugar había estrellas brillantes, amarillas, rojas y verdes, intensificando la noche, dando casi tanta luz como las lunas. Era la primera vez que él y Alistair estaban solos en no sabía cuánto tiempo. Cuando pensaba en su pasado, en cómo le había salvado la vida, se sentía culpable porque no habían tenido tiempo de casarse.

“No creas que me he olvidado de nuestra boda”, dijo. “Un día cercano, te prometo que llegará”.

Alistair le sonrió.

“A mis ojos, ya estamos casados”, dijo ella.

Caminaron en silencio durante un tiempo y él podía sentir su respiración poco profunda, podía sentir su tensión, como si quisiera decirle algo.

Y entonces, por fin, ella rompió su silencio:

“Al fin y al cabo, mi señor”, dijo ella, “nuestro hijo necesitará un padre legítimo”.

Erec se detuvo y pensó dos veces en sus palabras, preguntándose si la había escuchado correctamente.

“¿¡Hijo!?” preguntó.

Erec sintió cómo la euforia se apoderaba de él y la abrazó, sujetándola fuerte, haciéndola girar, una y otra vez, rebosante de alegría.

“¿Estás segura?” preguntó, mirándole la barriga, mientras el corazón le latía fuerte en el pecho.

Ella asintió, con los ojos llenos de alegría.

“Sí”, dijo. “Te lo quería decir hace mucho tiempo... pero... nunca era un buen momento”.

Erec la abrazó de nuevo, eufórico, mientras por su mente nadaban un montón de pensamientos. Iba a tener un hijo. Era difícil de comprender. Siempre había imaginado este día, pero nunca había imaginado que viniera ahora, tan pronto. Pensó en toda la gente que había perdido, todas las dificultades que había padecido y esta buena noticia, la idea de traer una nueva vida al mundo, le hacía sentir recuperado de nuevo. Como si la esperanza perdurara, a pesar de todo.

“No sabes lo que esto significa para mí” dijo finalmente.

Continuaron caminando hasta llegar al borde del río, se detuvieron ante él y lo observaron, con casi cien metros de ancho, como un amplio lago, con sus negras aguas brillando bajo la luz de las estrellas.

“¿Y notas si es un niño o una niña?” - preguntó él.

Ella sonrió, levantó una mano y se tocó la barriga.

Finalmente respondió.

“Creo que es una niña, mi señor”.

En el instante en que pronunció las palabras, él supo que eran ciertas. Hizo una amplia sonrisa, alargó el brazo y le colocó una mano en la barriga, emocionado. Fuera niño o niña, él estaba igualmente feliz.

“Me gustaría no tener que traerla a este mundo, lleno de guerras y luchas y la opresión del Imperio”.

Alistair lo miró.

“Quizás depende de nosotros, mi señor”, dijo, “hacer que este sea un mundo libre. Cambiar el mundo al que vendrá antes de que lo haga”.

Erec percibió la sabiduría de sus palabras.

Entonces se escuchó un ruido en el agua y Erec se dio la vuelta, echó un vistazo y se sorprendió al ver la silueta de una enorme serpiente, de unos seis metros de largo, levantándose del agua, solo se veía su cuerpo, una curva, que salía a la superficie para desaparecer bajo ella a continuación. Miró más detenidamente y vio que el río estaba lleno de las siluetas de aquellas enormes serpientes, haciendo ruido con el agua cuando salían; las aguas estaban a rebosar de ellas.

Se sentía agradecido de no estar a bordo del barco y entendió que los aldeanos del Imperio le habían salvado la vida al alejarlo del río aquella noche.

Alistair le apretaba fuerte la mano y él podía sentir su ansiedad por estar tan cerca del agua.

Él tampoco se sentía cómodo allí, tan cerca de aquellos monstruos y juntos, se dieron la vuelta y fueron caminando hacia el lejano brillo de la aldea y sus festividades.

Erec todavía daba vueltas a la noticia y deseaba gritar, compartir la noticia con todo el mundo, estaba encantado. Sin embargo, al

unirse de nuevo a las celebraciones, la música se fue apagando lentamente y los aldeanos y la gente de Erec se colocaron alrededor de la gran hoguera del centro de la aldea y Erec pensó que esperaba a que fuera mejor momento. Se sentó al lado de Alistair, junto al resto de ellos y, al hacerlo, una mujer mayor, con el pelo largo, canoso y trenzado, que estaba de rodillas en el centro, de espaldas al fuego, los observaba atentamente a todos ellos.

Tenía los ojos blancos y brillantes de un adivino y, pronto, todos se quedaron callados cuando ella les pidió atención.

El líder de la aldea, que estaba al lado de Erec, se inclinó hacia él y le explicó.

“Es un honor que escoja unirse a nosotros, como esta noche. A veces no dice nada en absoluto; otras veces, en días festivos o especiales como hoy, elige hablar”.

Cuando los tambores se redujeron a un ritmo lento y regular, la vidente lentamente se giró y miró alrededor de todo el círculo hasta que, finalmente, fijó su mirada en Alistair. Levantó un dedo y señaló hacia ella.

“Tu hija”, empezó.

Erec sintió cómo su corazón palpitaba cuando vio que la mujer señalaba hacia la barriga de Alistair, sorprendido de que lo supiera. Estaba a la vez deseoso y asustado de escuchar lo que la vidente iba a decir.

“Conquistará reinos”, continuó la vidente. “Será poderosa, más poderosa que vosotros dos juntos. Tiene un gran destino. Un destino especial. Y su destino estará unido a otro... Tú tienes un hermano”, dijo. “Y él tiene un hijo. Guwayne. El destino de tu hija estará unido al de Guwayne”.

Alistair la miró fijamente, claramente sorprendida.

“¿Cómo?” preguntó Alistair.

Pero la mujer cerró los ojos y se dio la vuelta. Pronto, los tambores sonaron más fuerte y quedó claro que sus visiones habían

terminado por aquella noche.

Erec estaba desconcertado mientras pensaba en aquellas palabras. Evidentemente, estaba orgulloso de ser el padre de una niña tan poderosa y, sin embargo, no entendía qué significaba todo aquello. Miró a Alistair y vio que ella también estaba confundida.

“Mañana, cuando te marches de este lugar, tendrás que elegir”, dijo una voz.

Erec se giró y vio al líder de la aldea detrás de él, con sus hombres reunidos a su alrededor, mirándolo fija y seriamente, con preocupación en sus rostros.

“Al viajar río arriba, este se bifurca”, continuó. “La bifurcación del este os llevará a Volusia, a vuestra gente. La bifurcación del oeste lleva a un poderoso fortín del Imperio, en la aldea de nuestra querida hermana. En él hay centenares de los nuestros, prisioneros del Imperio, que necesitan libertad, como nosotros. Si los liberáis, vendrán hasta nosotros y seremos dos veces más fuertes, un ejército cada vez mayor. Si no lo hacéis, el fortín pronto llegará aquí y nos matará. No podemos competir con sus armaduras y su arsenal. Nuestro destino está en vuestras manos. No puedo esperar que nos ayudéis más. Si la libertad que nos ofrecisteis es solo para esta noche, incluso por esto, os estamos agradecidos”.

Erec estaba allí, observando la noche y sentía que todas las miradas estaban fijas en él. De nuevo, se enfrentaba a una difícil elección. Sabía que sería una larga noche sin poder dormir.

CAPÍTULO VEINTE

Godfrey estaba sentado junto a Akorth, Fulton, Ario y Merek, encorvado sobre una barra en los callejones de Volusia, curando sus problemas con unas cuantas bebidas. Tomó otro trago largo de cerveza, mientras la espuma caía por los lados de su jarra y, una vez más, admiró esta cerveza del Imperio. Era fuerte, de un marrón oscuro, con sabor a nuez y suave cuando bajaba por la garganta.

Nunca había probado nada así y estaba seguro que no lo haría nunca más. Esta era suficiente razón para quedarse en Volusia.

Se la terminó, era la quinta seguida y se dirigió al camarero para pedirle otra. Ante él aparecieron dos más.

“¿No crees que deberías aflojar un poco?” dijo una voz.

Godfrey echó un vistazo y vio que Ario estaba allí mirándolo con desaprobación, era el único del grupo sin bebida, Akorth, Fulton y Merek ya estaban de lleno con las suyas.

“No entiendo a un hombre que no bebe”, dijo Godfrey, “especialmente en momentos como este”.

“Y yo no entiendo a un hombre que lo hace”, respondió Ario, “especialmente tú. Prometiste no volver a beber”.

Godfrey eructó, se sentía decepcionado con él mismo, pues sabía que Ario tenía razón.

“Pensaba que salvaría a Darius”, dijo Godfrey abatido. “Esto ayudó bastante”.

Godfrey visualizaba en su mente cómo se llevaban a Darius de la ciudad, en aquel carruaje de hierro y, una vez más, se mortificaba con ello. Sentía que todo fue culpa suya por no llegar a tiempo.

Ahora, sin ninguna meta, sentía que solo le quedaba ahogar sus penas.

“Sí que lo salvamos”, dijo Merek. “De no haber sido por nuestro veneno, lo habría corneado aquel elefante y lo habría destrozado en el circo”.

Un perro ladró y Godfrey bajó la vista y vio a Dray a sus pies y recordó que estaba allí;

Godfrey le dio más restos de carne de la barra y un trago de su cerveza y se sintió bien con él mismo por poder cuidar del perro de Darius, por lo menos.

“Solo lo salvamos por un espacio corto de tiempo”, dijo Godfrey, “solo para ser llevado a una muerte aún más cruel”.

“Puede que lo consiga”, dijo Akorth. “Es fuerte”.

Godfrey miró su bebida y se sintió enojado con él mismo. Salvar a Darius, tal y como él lo veía, hubiera sido la oportunidad de redimirse a sí mismo. Perderlo lo había sumido en una profunda depresión, hacía que se preguntara si le quedaba algo por lo que vivir, qué propósito tenía en esta vida. Se suponía que debía ayudar a salvar a Gwendolyn y a los demás; pero ahora Gwendolyn estaba por ahí en algún lugar, perdida en el Gran Desierto, probablemente muerta, junto a toda su gente.

Infiltrarse en Volusia, tan valiente como había parecido en su momento, no había servido para nada.

Godfrey dejó este pensamiento cuando, de repente, notó que una mano fuerte le agarraba el hombro y, al girarse, vio a varios soldados del Imperio sonriéndole amablemente.

“¿No os importará que nos apretujemos aquí a vuestro lado, amigo?” dijo un soldado que estaba a su lado.

Al principio, su cercanía cogió desprevenido a Godfrey, pero después recordó que él y los demás llevaban la armadura del Imperio que aquella mujer finiana, Silis, les había dado y entendió que el soldado pensaba que eran de los suyos. Debía admitir que era un disfraz perfecto, la armadura les iba a la perfección, y era difícil distinguir las razas con las viseras que llevaban, que solo les dejaban espacio para tomar sus bebidas.

“Un buen combate hoy, ¿eh?” le preguntó uno de los soldados. “¿Estabas en la arena? ¿Viste ganar al chico?”

“Perfectamente” refunfuñó Godfrey, esperando que se largaran, sin ganas de hablar con nadie, en especial con aquellos hombres.

“¿Y qué significa esto?” preguntó otro soldado, con insistencia en su voz. “Fue el mayor combate de nuestros tiempos, la primera vez que ganaba un volusiano, que es llevado a representarnos en la capital. Da la sensación que no te enorgullecies de ello”.

Godfrey oía que la agresión aumentaba en la voz del hombre borracho y, en el pasado, se hubiera escabullido, hubiera evitado la confrontación. Pero este era el antiguo Godfrey. Ahora era un hombre que había aguantado demasiado, resentido con el mundo, sin nada que perder.

“¿Y por qué iba a enorgullecirme una muestra tan repugnante de crueldad y barbarie?” - respondió Godfrey con dureza, dirigiéndose al hombre.

La habitación se quedó en silencio, con una pesada tensión en el aire, mientras el soldado se ponía en guardia con él y Godfrey sintió que todas las miradas estaban en él. Tragó saliva, mientras pensaba dónde se había metido.

“Un soldado a quien no le gusta el circo”, dijo el soldado, examinando a Godfrey cada vez con más curiosidad. “No es en absoluto un soldado. De todas formas, ¿de qué división vienes?”- preguntó, mirando su armadura de arriba abajo.

Godfrey podía haber inventado una mentira de nuevo, como habría hecho en el pasado y suavizar la situación; pero algo dentro de él no se lo permitía. Se había terminado el esconderse de la gente, el echarse para atrás. Sentía que algo crecía con fuerza en su interior, quizás la sangre de su padre, la sangre de un largo linaje de reyes que corría por sus venas. Sentía que, por fin, había llegado el momento de no dejarse pisotear, fueran cuales fueran las consecuencias.

Sintió las manos previsoras de Merek, Akorth y Fulton encima de su hombro, deseando que se echara atrás, pero él se las sacó de encima.

“No vengo de ninguna división”, gritó fuerte Godfrey. “No soy en absoluto del Imperio. Soy un hombre disfrazado, cuyo objetivo es salvar a mis amigos del circo, sabotear tu ejército, sabotear esta ciudad y destruirlos a todos vosotros”.

La habitación se quedó en un silencio absoluto, que Godfrey pensó que nunca terminaría y se preparó para el puñal que, inevitablemente, acabaría en su corazón.

Pero, para su sorpresa, el soldado que tenía enfrente estalló en una repentina risa. Todos los soldados que había a su alrededor también se echaron a reír.

El soldado agarró a Godfrey por el hombro.

“Eso ha sido bueno”, dijo. “Muy, muy bueno. Por un momento pensé que iba en serio”.

Godfrey se quitó lentamente el casco, dejando al descubierto su cara humana, su pelo sudoroso, pegado a la frente y les sonrió a todos.

Lentamente, todos los rostros del Imperio que había en la habitación se quedaron atónitos.

“Esto va por Darius”, dijo.

Godfrey agarró con fuerza el asa de su jarra, dio un paso adelante y, con un movimiento hacia abajo, golpeó al soldado con ella en la cabeza, haciendo que este se tambaleara hacia atrás y cayera al suelo.

Godfrey estaba allí, sin apenas creer lo que acababa de hacer, mirando a todas las caras hostiles y sabiendo que, en unos instantes, estaría muerto. Pero en este momento, por lo menos, era vencedor y esto no se lo quitaría nunca nadie ni nada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Thorgrin estaba en la popa del barco, mirando hacia arriba al cielo y observando cómo Lycoples se iba volando hacia el horizonte, chillando, agitando sus alas, de camino a algún mundo lejano para llevar su mensaje a Gwendolyn. Thor pensaba mientras miraba cómo se iba volando. ¿La encontraría Lycoples? Y, si fuera así, ¿podría ayudarla? ¿Salvarla de cualquier problema en el que se pudiera encontrar? ¿Ayudar a reunirlos?

¿O ya era demasiado tarde? Thor se encogía de dolor tan solo de pensar que Gwendolyn estuviera ya muerta.

A Thor se le rompía el corazón al ver que Lycoples se iba. Deseaba estar de nuevo en el cielo, a lomos de su dragón, corriendo a través de las nubes. Estar allí arriba le hacía sentir invencible, como si pudiera entrecruzar el mundo, como si pudiera conseguir cualquier cosa.

Thor dio media vuelta y miró hacia delante, a la cascada de sangre que se cernía ante ellos amenazadora, como una lluvia roja, con un ruido cada vez más intenso. A medida que se acercaban a ella, las aguas amenazaban con tragarse su barco, los mástiles ya estaban manchados de rojo por las salpicaduras, los que estaban a su lado - Reece, Selese, Indra, Elden, O'Connor, Matus y Angel- lo miraban todos para que los guiara. Thor miraba fijamente a las aguas furiosas que caían del cielo, haciendo un ruido ensordecedor, con un presentimiento. Nunca había visto algo parecido a aquello y, mientras observaba la fuerza de la pared de agua, tuvo el presentimiento de que la fuerza de aquello podía destrozar el barco. Y, aún así, sabía que su hijo estaba más allá de aquella pared y eso era lo único que le importaba ahora. Nada podía retenerlo.

“¿Thorgrin?” preguntó Reece, que estaba a su lado, deseando saber lo que estaba en mente de todos. “¿Damos la vuelta?”

Thor respiró profundamente y, finalmente, negó con la cabeza.

“Seguimos navegando hacia delante”, dijo. “A través de la cascada. Cueste lo que cueste.

¿Estáis conmigo?” preguntó a los demás, sabiendo que también era decisión suya.

Todos ellos, sin dudar, asintieron con la cabeza y Thor se sintió más agradecido que nunca por su lealtad.

“¡Levantad las velas!” exclamó Thor. “E inclinadlas. ¡Las usaremos para parar el agua!”

Todos se pusieron inmediatamente en acción, Thor se metió a ayudar y sentía que su preocupación aumentaba a medida que todas las olas que había a su alrededor se volvían más agitadas y el ruido de la cascada se volvía ensordecedor. La cubierta estaba resbaladiza por la sangre, pues la espuma del mar la había cubierto y Thor empezó a resbalar, junto con los demás.

Angel gritaba mientras pasaba resbalando por delante de Thor, directa hacia la barandilla, agitando brazos y piernas, incapaz de detenerse y Thor estiró el brazo y le agarró el suyo justo a tiempo, salvándola.

Todos ellos manejaban las velas y Thor vio que el barco se iba a la deriva, poniéndose de lado y yendo hacia las cascadas. Sabía que sería mortal si no entraban por el ángulo correcto.

“¡REMOS!” exclamó Thor.

Todos se apresuraron a agarrar los remos y Thor también agarró un remo y se puso a remar con todas sus fuerzas. El barco empezó a enderezarse de nuevo, navegando directamente hacia la pared de sangre, absorbido por la corriente. Las velas se doblaban y curvaban allá arriba bajo el peso del rocío, desviando mucho hacia el mar, pero no lo suficiente para evitar que la cubierta se empezara a llenar.

Se acercaban más y más, casi estaban entrando en las aguas y, al hacerlo, Thor sintió unas pequeñas manos que le agarraban la pierna.

“Tengo miedo”, dijo Angel, que estaba a su lado.

Thor le puso una mano en la cabeza para tranquilizarla.

“No temas”, dijo. “Quédate cerca de mí, pase lo que pase. Yo te protegeré”.

“¿Lo prometes?” preguntó ella.

Thor la miró significativamente.

“Lo juro”, gritó por encima del estruendo. “Por mi vida”.

Angel agarró la pierna de Thor con menos fuerza y Thor se agarró a la barandilla, que estaba resbaladiza por la sangre.

“¡Todos bajo las velas!” exclamó Thor.

Todos lo siguieron bajo las velas, que los protegían de la fuerza de la lluvia.

“¡Agarraos a lo que podáis!” exclamó, mientras se agarraba fuerte a una barandilla, para estabilizarse, y todos los demás se agarraban a un mástil, a un palo, a cualquier cosa que podían sujetarse mientras entraban a las cascadas.

Un instante después, Thorgrin levantó las manos por encima de su cabeza y escuchó los gritos de los demás, mientras se adentraban en un mundo rojo. Una pared de sangre diluviaba encima de ellos, más ruidosa y más poderosa que cualquier cascada que hubieran visto y su barco se balanceaba violentamente, las aguas se agitaban, arriba y abajo, moviéndose de izquierda a derecha.

Thor escuchó que el barco crujía como protesta y, por un instante, tuvo la certeza de que no sobrevivirían.

Thor sentía que tenía el pelo, los ojos, el cuerpo entero empapados en sangre; se la secaba constantemente y, aún así, era difícil ver y respirar. Era como si le echaran cubos de agua espesa por encima de la cabeza.

Thor notó que Angel le agarraba más fuerte, pues empezaba a resbalar por la cubierta. Alargó el brazo y la agarró también, sujetándola con fuerza. Con su otra mano se cogía al mástil, pero ahora todo estaba resbaladizo por la sangre y cada vez costaba más sujetarse a algo.

Las olas cada vez estaban más revueltas, el barco se sacudía en

todas direcciones y Thorgrin sentía como si una horrible muerte se los fuera a tragar a todos. Apenas podía sujetarse y, cuando oyó un ruido, alzó la vista y vio que O'Connor se soltaba y empezaba a resbalar por cubierta, con el barco ahora de lado, y estaba a punto de caer al agua. No había manera de llegar hasta él a tiempo.

De repente, emergieron al otro lado de la cascada. El mundo rojo pasó a ser un mundo de noche y el barco se enderezó a medida que la cascada se aligeraba. El ruido ensordecedor fue a menos y, mientras iban navegando, vieron que estaban al otro lado de la pared, la fuerte lluvia había pasado a ser un rocío. El mundo volvía a estar de nuevo en silencio, las aguas calmadas y Thor estudió la situación: vio a todos los demás, goteando sangre, todos en estado de shock, como él, pero todos vivos.

Se giró, echó un vistazo por encima del hombro y se quedó perplejo al ver la fuerza de la cascada que acababan de atravesar. Su fuerza parecía lo suficientemente grande como para partir a un hombre por la mitad y él no sabía cómo habían sobrevivido.

El barco crujió, Thor alzó la vista, vio que el mástil se había partido por la mitad y echó un vistazo para ver los daños que había sufrido el barco; había sufrido bastantes daños pero aún así seguía navegando. Thor dio un paso y oyó que sus pies chapoteaban y, al bajar la vista, vio que la cubierta estaba llena de sangre hasta más de medio metro de altura. A pesar de todo, por lo menos no habían volcado.

Thor vio que el barco amenazaba con inclinarse y, que si no achicaban el agua pronto, podría hundirse.

“¡Cubos!” exclamó Thor y todos se pusieron en acción de inmediato. Uno por uno iban sacando el agua, incluso Angel se les unió y tiraba un cubo tras otro de sangre por la borda.

Trabajaron con esmero y enseguida la cubierta estaba prácticamente limpia, a excepción de una fina capa de sangre, y el barco empezó a ganar estabilidad de nuevo.

Cuando por fin estuvieron a salvo, Thor fue andando hacia la proa y, por un momento, observó la vista. Estaba impresionado. Ante ellos había un nuevo mundo, una vista diferente a cualquier cosa que hubieran visto. El mar estaba hecho de sangre, era viscoso, su barco se movía lentamente en él, como si navegara entre algas. Vio que en el agua había unos extraños peces rojos, con las aletas transparentes, que salían y se sumergían bajo el agua. También había otras criaturas, especies extrañas que no reconocía; un criatura parecida a un pulpo sacó la cabeza por encima del agua, para volver a sumergirse de nuevo. Thor escuchó un fuerte chapoteo y, al girarse hacia un lado, vio que salía a la superficie una enorme criatura parecida a una ballena, con cuatro cabezas y dos colas largas, que soltó un chorro antes de volver a desaparecer bajo el agua.

Angel lo miró, atónita.

“¿Estamos seguros aquí?” preguntó.

Thor asintió con la cabeza para tranquilizarla.

“Estamos a salvo”, respondió, sin estar seguro ni él mismo.

Poco a poco, ella le soltó la pierna.

En el horizonte, Thor vio la silueta de tierra que los rodeaba por todos los lados, en forma de herradura, un horizonte negro, débil, lejano. Parecía estar muy lejos. Aquí parecía que la tierra estuviera hecha de barro chamuscado y negro, quizás incluso de azufre o alquitrán, con manchas de un rojo brillante, como si las puertas del infierno se hubieran abierto y hubieran supurado sobre ellos.

“La tierra supura sangre”, observó Reece, acercándose a su lado.

“Quizás tendríamos que bajar a tierra”, dijo Elden.

Indra negó con la cabeza.

“Esto no es tierra”, dijo. “Lo que veis no son más que los alrededores de la Tierra de Sangre.

Es lava y alquitrán ardientes. Si pusiéramos un pie allí, nos quemaríamos. Debemos quedarnos en el mar y ver qué nos trae”.

Thor alzó la vista al cielo, que era oscuro y llameante,

amenazador, ominoso; era un cielo sin vida, un cielo lleno de cenizas y manchado de escarlata. Era una tierra triste, el lugar más triste en el que Thor había estado jamás. Aquí era de día, pero parecía de noche.

Thor notaba que la maldad flotaba pesada en esta tierra y tuvo una premonición al pensar en

Guwayne, a quien aquellas criaturas habían traído hasta aquí. ¿Qué plan le tenían reservado?

Thorgrin estaba en silencio en la barandilla del barco, observando el paisaje desalentador y limpiando la sangre de la barandilla con un paño mojado. A su alrededor, los demás hacían lo mismo. Finalmente, reinaba la paz y ahora todos intentaban recomponerse, hacer limpieza y recobrar el orden. En lo alto, el mástil crujió cuando O'Connor y Elden terminaron por fin de ponerlo de nuevo en su sitio. Las velas ondeaban por encima, manchadas por el rojo de la sangre, mientras Reece y Angel las fregaban, intentando que recuperaran su color blanco. Evidentemente, no era por estética, era más bien simbólico. Todos ellos querían demostrarse a sí mismos que no estaban acabados.

Las velas iban a toda asta cuando cambiaron de rumbo y cogieron un viento fuerte, adentrándose más y más en el silencio de aquel mar rojo, dirigiéndose inevitablemente hacia un cielo de oscuridad y sangre. Thor estiró el cuello y alzó la vista hacia el cielo y sintió como si un mundo de penumbra –un mundo sin fin- lo acogiera. Por fin habían llegado a un tiempo de paz y tranquilidad y, al mirar hacia el cielo, Thor se preguntaba si era la tarde, el atardecer o la noche. No se podía saber en este lugar. El cielo parecía estar lleno de ceniza, manchado de escarlata, sin ningún cambio.

Era como estar permanentemente en el ocaso.

“¿Cuánto falta para llegar?” dijo una voz.

Thor observó a Angel, que estaba a su lado, escurriendo un trapo

por la borda. Entonces miró hacia el horizonte y se preguntó lo mismo.

“Ya me gustaría saberlo”, respondió.

Thor escuchaba cómo el agua se agitaba suavemente y miró hacia el mar rojo, el agua era tan espesa que hacía que el barco fuera más despacio, a pesar del viento. El mar estaba siniestramente tranquilo, interrumpido cada dos por tres por el chapoteo de una extraña criatura que aparecía en la superficie y desaparecía con la misma rapidez.

Thor miraba atentamente al horizonte, ardiendo en deseos de encontrar a su hijo y con el presentimiento de que lo estaba perdiendo. Sabía que el barco iba todo lo rápido que sus velas le permitían y que no podía hacer mucho más.

Thor miró a los demás y vio lo agotados que estaban por el viaje a través de las cascadas, por la constante búsqueda de Guwayne. Se sentía culpable de haberlos arrastrado a esta situación, pero también sabía que eran sus hermanos y hermanas y que entre sus opciones no estaba la palabra *no*. Sabía que si se intercambiaran los papeles, él haría lo mismo por ellos: de hecho, daría su vida con mucho gusto por cualquiera de ellos.

Thor vio que Angel de repente se dejaba caer, con la espalda contra el mástil y estaba allí sentada, con los ojos serios, abriéndolos y cerrándolos sin parar mientras se secaba la frente con el dorso de su mano.

Thor fue corriendo y se arrodilló a su lado.

“¿Qué sucede?” preguntó, lleno de preocupación.

Ella cerró los ojos y asintió con la cabeza, parecía agotada.

“Lo siento”, dijo. “Solo es que... Últimamente ha empeorado”.

Thor la miró atentamente.

“¿El qué?” preguntó.

Levantó el brazo, blanco y cubierto de bultos por la lepra, con desgana.

“Mi enfermedad”, dijo. “Últimamente está empeorando. Se está extendiendo. A veces me siento bien, pero otras veces... no mucho”.

Thor se sentía fatal, desesperado. Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente.

“¿Qué puedo hacer?” preguntó.

Ella sonrió dulcemente y le agarró la mano.

“Siéntate conmigo”, dijo ella.

Thor se sentó a su lado y los demás se acercaron y también se sentaron.

“¿Hay algo que yo pueda hacer?” preguntó Selese.

Angel negó con la cabeza.

“Yo tenía una amiga en la isla que lo tenía tan mal como yo”, dijo. “Cuando llegó a mi edad, se puso más enferma. Pasaron unos seis meses”.

Thor la miró fijamente preocupado.

“¿Seis meses?” preguntó.

Ella lo miró, con tristeza y horror en sus ojos.

“Hasta que murió”, contestó ella sin emoción.

A Thor se le rompió el corazón.

“No pasa nada”, le dijo ella, sonriendo con los ojos llenos de lágrimas y posando una mano sobre su muñeca. “Siempre he sabido que iba a morir. Lo que nunca supe es que iba a vivir, a vivir *de verdad*”. Vosotros me lo habéis dado. Y nunca os lo podré agradecer lo suficiente”.

Thor estaba decidido.

“No dejaré que te mueras”, insistió. Estiró el brazo y le agarró la mano. “¿Me comprendes?”

Haré lo que sea conveniente, cueste lo que cueste, no te dejaré morir”.

Ella se secó una lágrima.

“Pienso que lo harías si pudieras”, dijo ella. “Pero no eres Dios. Y Selese, incluso con todos sus poderes, ha intentado curarme e incluso

ella no puede. Tampoco pudo Alistair". Ella negó con la cabeza tristemente. "Nadie va a estar en este mundo para siempre".

Thor sentía que el corazón se le partía en su interior.

"Debe existir una cura", dijo. "¿¡No existe ninguna cura!?" insistió.

Angel miraba a lo lejos, con ojos cristalinos.

"En la isla, siempre estaban hablando de una cura", dijo ella. "Algunos juran que existe.

Otros piensan que es solo una fantasía para los pocos que están desesperados. Si existe o no... realmente no lo sé".

"¿Qué es?" insistió Thor, decidido. "¿Dónde está?"

Ella negó con la cabeza.

"No sé lo que es", respondió ella. "Tan lejos como... bien, algunos aseguran que está entre los Cuernos del Oeste del Imperio. En la Tierra de los Gigantes".

Thor y los demás intercambiaron una mirada de curiosidad.

"¿La Tierra de los Gigantes?" preguntó Selese.

Angel asintió con la cabeza, con los ojos tristes.

Thor se dirigió a Indra, experta en todas las cosas del Imperio.

"¿La conoces?" le preguntó.

Indra asintió gravemente.

"He oído hablar de ella", dijo. "Un lugar de horror. Son una nación violenta, que no responde ante nadie, ni siquiera ante el Imperio. Todo el que se atreve a ir allí no regresa".

Thor estaba totalmente decidido, sentía que aquello le quemaba en el estómago. Se dirigió a Angel.

"Entonces allí es a donde nos dirigiremos", dijo. "Recataremos a Guwayne y, a continuación, encontraremos la cura para ti".

Angel negó lentamente con la cabeza.

"Eres muy dulce al preocuparte por mí", respondió. "Pero no servirá de nada. Puede que ni siquiera exista y moriríais en el intento".

Thor miró a los demás y todos ellos lo miraron a él, con la misma determinación.

“Entonces todos nosotros moriremos”, interrumpió Reece, mientras todos los demás asentían con la cabeza.

Angel miró alrededor del círculo y Thor vio que en sus ojos había, de nuevo, esperanza.

Thor agarró la mano de Angel, blanca por la lepra, y la apretó con fuerza. Estaba decidido a cumplir su palabra: encontraría la manera de curarla, costara lo que costara.

Continuaban adentrándose en el océano de sangre, un cómodo silencio se posaba sobre ellos, interrumpido por el aullido del viento y el chapoteo de peces exóticos al lado del barco. La penumbra se cernía encima de ellos, a conjunto con el estado de ánimo de Thor. Notaba algo en aquel lugar, algo que no le gustaba ni le inspiraba confianza y notaba que cada vez era más profundo. Era como un ciclón que se arremolinaba en el aire y que penetraba en su ser cuanto más tiempo pasaba allí. Por mucho que intentaba bloquearlas, las últimas palabras de Ragon sonaban dentro de su cabeza: Incluso con todos tus poderes... seguro que morirás si vas allí. *Todos* vosotros lo haréis.

¿Estaba en lo cierto? ¿Fue una proeza demasiado grande incluso para él abordar aquella cascada, entrar en la Tierra de Sangre? ¿Se estaba tendiendo una trampa a él mismo, y a todos sus amigos, hacia el fracaso y la muerte?

No le quedaba más remedio que descubrirlo. Guwayne estaba en algún lugar más allá del horizonte y, mientras estuviera allí, dar la vuelta no era una opción.

A toda vela y con la tierra todavía lejos, poca cosa podían hacer. Durante el largo silencio,

Reece estaba allí, abrazado a Selese, que estaba recostada sobre sus brazos; Elden estaba sentado junto a Indra e intentaba pasarle un brazo por encima del hombro, que ella permitió de mala gana;

O'Connor pulía su arco y Matus su mayal, mientras Thor sujetaba la Espada de los Muertos en sus manos, examinando todos los delicados detalles de su anciana y misteriosa empuñadura, con el ceño fruncido mientras pensaba en Guwayne. Thor se preguntaba si estaría a salvo ahora.

Reece, que estaba sentado junto a Thorgrin, se aclaró la garganta.

“Viejo amigo”, le dijo a Thor, que alzó la vista para mirarlo. “Tú y yo hemos estado en muchas misiones juntos –más de las que puedo contar- y pocas veces te he visto tan preocupado como estás ahora. Pero debes dejarlo ir, para que tu mente esté despejada para la batalla que nos espera. Sé que te preocupas por Angel. Todos lo hacemos. Pero si existe esa cura, la encontraremos.

Y referente a Guwayne... cueste lo que cueste, también lo encontraremos. Estamos contigo”.

Thor estaba abrumado de agradecimiento por el apoyo de su amigo.

“Tienes razón, amigo mío”, respondió Thor. “La mente de un guerrero siempre debe estar despejada”.

Reece suspiró.

“Cuando yo era joven”, continuó Reece después de un buen rato, “lo único que deseaba era ser miembro de la Legión. Lo deseaba desesperadamente, lo notaba. Estaba despierto toda la noche, una detrás de otra, anhelándolo. Me imaginaba a mí mismo con armadura, me imaginaba empuñando sus armas... Pero mi padre, el Rey, me dijo que no podía unirme, a menos que me lo ganara”.

Thor miró de nuevo a su amigo con asombro, jamás había escuchado esta historia antes.

“Pero yo siempre pensé que te dieron una posición en la Legión”, respondió Thor. “Al fin y al cabo, eres el hijo de un Rey”.

Reece negó con la cabeza.

“Por eso no me la dieron”, respondió Reece. “Querían que me la ganara, como todo el mundo, pero por encima de esto, me exigía que

destacara, por encima de un miembro normal de la Legión. Las pruebas que me daban eran dos veces más duras que las de los demás. Nada de lo que hacía era lo suficientemente bueno para él”.

Reece suspiró.

“En aquel momento estaba resentido y odiaba a mi padre. Podía entender la igualdad, pero por lo que me hicieron pasar era injusto. En aquel momento, lo veía como un tirano decidido a alejarme de lo que más deseaba”.

Reece miró hacia el horizonte durante un buen rato, estaba claro que estaba pensando.

“¿Y ahora?” preguntó finalmente Thor, curioso.

“Y ahora”, continuó por fin Reece, “echando la vista atrás, entiendo por qué hizo lo que hizo.

Ahora, por fin, entiendo que no me estaba preparando para la Legión: me estaba preparando para la vida. *Quería* que experimentara algo injusto porque la *vida* puede ser injusta. Quería que destacara y estuviera por encima de lo que era simplemente necesario porque, en la vida, a menudo hace falta destacar por encima de lo que es necesario de nosotros. Quería que experimentara la adversidad y la perseverancia porque a menudo conseguimos nuestros objetivos gracias a ellas. Y quería privarme de lo que más deseaba en la vida porque deseaba, por encima de todo, que luchara por ello.

“Por encima de todo”, continuó Reece, “quería que lo consiguiera por mí mismo porque, si me lo daban sin más, no tendría valor para mí. Hubiera estado resentido con él por esto toda mi vida.

De la misma forma que entonces lo odiaba por ello, ahora lo quiero por la misma razón. Fue algo que no me dio y esto, irónicamente, fue el regalo más grande de todos”.

Reece miró a Thorgrin significativamente.

“Al fin y al cabo, esto es lo que significa ser guerrero. Nada se le regala, nada se le da. Lo que es suyo, lo toma, se lo gana con sus propias manos, es mérito suyo. No con las manos de sus antepasados

y tampoco por el nombre de su familia. Sino por nuestro propio nombre, el nombre que estamos obligados a forjarnos por nosotros mismos”.

Thorgrin pensó en lo que acababa de decir Reece y sus palabras resonaron dentro de él más de lo que imaginaba.

“El mundo está lleno de gente que nos dice lo que no podemos conseguir”, dijo Reece.

“Depende de nosotros demostrar que no tienen razón”.

Thorgrin, inspirado, alargó el brazo y agarró a Reece por el antebrazo.

“Somos hermanos”, dijo. “Y lo seremos hasta el día en que muramos”.

“Hermanos”, respondió Reece solemnemente.

Thor se dio cuenta de que todos los hombres que había ahora en el barco eran hermanos para él, más que cualquier familia que jamás hubiera tenido.

“¡Al frente!” gritó una voz.

Thor se puso de pie de un salto y corrió hacia la proa, donde estaba Indra señalando a algo en el horizonte. Thor echó un vistazo y vio que la masa de tierra se estrechaba en el horizonte, que las orillas y los acantilados ennegrecidos se hacían visibles y vio que iban a pasar por un canal largo, con acantilados negros y empinados a ambos lados.

Indra dio un soplando en voz baja.

Thor la miró preocupado.

“¿Qué es eso?” preguntó.

Indra negó con la cabeza.

“Los Estrechos de la Locura”, dijo con miedo en la voz.

Ella se dio la vuelta para mirar a los demás y Thor vio la indecisión en su rostro por primera vez.

“Es un lugar al que no debe ir ningún humano. Debemos dar la vuelta”.

Thor miró hacia delante a las agitadas aguas rojas, que se volvían más violentas en los estrechos, enmarcados por los afilados acantilados y, mientras que al principio tenía dudas, después recordó la historia de Reece. Sabía que debía seguir adelante.

Thor se agarró a la barandilla para sujetarse y los demás hicieron lo mismo.

“¿Daremos la vuelta?” exclamó Indra, con pánico en la voz.

Thor negó con la cabeza.

“Nunca daremos la vuelta”, respondió. “¡Nunca más!”

Todos se prepararon mientras el viento llevaba el barco justo hacia los Estrechos de la Locura y hacia las mandíbulas de una muerte probable.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Darius estaba en la entrada al circo de la capital, el rugido era ensordecedor mientras alzaba la vista para ver a los miles de ciudadanos del Imperio que había en el coliseo, que hacían temblar el suelo mientras pedían sangre a gritos. Darius estaba encadenado a docenas de otros gladiadores, caras a las que ni miraba en ese momento, caras que no quería ni reconocer: sabía que pronto estarían muertos, igual que él.

Darius intentaba ahogar el ruido, el circo era muy grande, era abrumador, hacía que el tamaño de cualquier otro circo pareciera pequeño. Jamás había visto algo así, era un espectáculo que iba más allá de la imaginación. Cuánta gente, pensaba, devota de la matanza y a la crueldad.

A su lado estaba Deklan, con su túnica marrón, sujetando su vara y observando con calma, como si hubiera visto aquello mil veces antes.

Entonces se escuchó un clamor de aprobación de la multitud y Darius observó. Intentaba no mirar, pero no pudo evitarlo: allí, en el centro del circo, había más docenas de gladiadores, encadenados los unos a los otros, mirando nerviosos a todas partes. Sonó un cuerno y los soldados del Imperio, que vestían armadura e iban bien armados, atacaron a los indefensos gladiadores.

Fue una masacre. Algunos intentaban defenderse con las toscas armas que les habían dado, sus espadas eran de acero desafilado y eran prácticamente inútiles. Empujaban hacia atrás a los que habían sobrevivido hasta que tropezaban e iban a parar a unos hoyos gigantes que se abrieron en el suelo. Gritaban cuando iban a parar sobre unas lanzas afiladas, antes de que los hoyos se volvieran a cerrar.

Sonó un cuerno y los soldados del Imperio se echaron al suelo y, cuando lo hubieron hecho, por el aire volaron espadas que daban

vueltas y decapitaban a los gladiadores que habían quedado con vida.

La multitud gritó encantada cuando los soldados del Imperio se pusieron de pie. El suelo del circo estaba abarrotado de cadáveres y los sirvientes del Imperio salieron corriendo y empezaron a llevárselos, a limpiar el suelo y a prepararlo para la siguiente oleada.

Darius sentía de nuevo ansiedad mientras estaba allí de pie. Sabía que le tocaba a continuación.

Deklan se dirigió a él.

“Olvida todo lo que sabes”, le dijo Deklan insistentemente. “Este circo no se parece a nada a lo que tú estás acostumbrado. La lucha del Imperio no es ni limpia ni justa. No hay un enemigo común: el enemigo está por todos lados. Los peligros están por todas partes. No es un torneo honesto entre dos caballeros. Es un espectáculo de muerte”.

“¿Y esto es para lo que me has entrenado?” preguntó Darius. “¿Entonces qué sentido tenía todo?”

Deklan se puso serio y Darius notó que su calmada apariencia se rompía para convertirse en una mirada de dolor.

“Quería que tuvieras una oportunidad”, respondió.

“¿Una oportunidad?” repitió Darius. “¿Qué oportunidad iba a tener?”

Deklan se quedó en silencio.

“Crees que eres mejor”, continuó Darius. “Mejor que ellos. Que no eres del Imperio. Pero tú *eres* uno de ellos. Crees que entrenándonos estás por encima de ellos. Pero aún así estás de su lado, no del nuestro. Y cuando hoy muera, tendrás las manos manchadas con mi sangre, igual que con la de cualquiera de ellos”.

Deklan frunció el ceño.

“No tengo elección”, respondió. “Me tienen cautivo, igual que a vosotros. No me gusta lo que hago. Pero, por lo menos, uso la vida que me quede para ayudarte a mantenerte con vida”.

Darius negó con la cabeza.

“Te equivocas”, respondió. “Sí que tienes elección. Siempre queda una elección. Solo depende de lo mucho que quieras sacrificar por ella”.

Darius miró a los ojos a aquel hombre significativamente y notó que alguna gran guerra se estaba librando en su interior, una vida quebrada; muy en su interior, podía sentir al gran y honorable guerrero que una vez fue. Quería apelar a la caballeridad de aquel hombre, a su código de honor y sentía que estaba allí, pero fuera de su alcance, reprimida demasiado al fondo después de todos aquellos años.

Deklan lo miró fijamente, incapaz de darle una respuesta y Darius vio una mirada encantada en sus ojos.

Sonó un cuerno, la multitud estalló de euforia y Darius sintió que le empujaban hacia el circo, encadenado a todos los demás gladiadores, mirando con dificultad al sol abrasador mientras la multitud enloquecía. La tierra temblaba a sus pies al pasar, a medida que los empujaban más y más hacia el circo.

Darius tosía por las grandes nubes de polvo y, mientras sentía el calor de los dos soles cayendo a plomo sobre él, agarró la insignificante espada pequeña que le habían dado, con la hoja tan poco afilada que no podía ni cortar sus propias cadenas. Finalmente, su grupo se detuvo en el medio, con la multitud de pie y Darius miró nerviosamente a su alrededor, igual que los demás, preguntándose en qué dirección atacaría el peligro.

Sonó un cuerno flojito y Darius sintió que se le erizaban el vello de la espalda cuando, de repente, se escuchó un rugido espeluznante, que no reconocía. La multitud vitoreaba, como si lo conocieran, y Darius supo que aquello no podía ser bueno.

Darius se quedó atónito al ver unas puertas escondidas que se abrían por todos los lados del circo y unos animales que parecían pumas -excepto que les doblaban el tamaño y tenían los ojos amarillos y brillantes- que venían corriendo hacia ellos. Los

gladiadores giraban y miraban en todas direcciones, muertos de miedo.

Corrían más rápido que cualquier cosa que Darius hubiera visto antes y uno de ellos se fijó en Darius. Lo acorraló y fue corriendo directo hacia él, gruñendo, dispuesto a abalanzarse sobre él.

Darius se preparó mientras el animal saltaba por los aires, con los colmillos apuntando a su cuello. Darius levantó la espada, pero la criatura hizo que la soltara con un simple golpe.

Fue a parar encima de Darius, el primer gladiador al que atacaban, y la multitud gritaba mientras ellos caían luchando al suelo. El animal le hizo un corte en el brazo, haciéndolo sangrar con sus tres afiladas garras y Darius gritó de dolor.

Entonces dio vueltas sobre él y la bestia abrió sus enormes mandíbulas para destrozarle la cara.

Darius la agarró por el cuello, todo músculo, manteniéndolo apenas a raya mientras la saliva de la bestia le caía en la cara. Con las manos temblorosas, Darius sabía que tenía que actuar rápido.

Darius finalmente consiguió hacerse a un lado para esquivarla y los colmillos de la bestia se clavaron en la tierra. Entonces él fue rodando por el suelo, la agarró por detrás, le rodeó el cuello con el brazo y se lo retorció con todas sus fuerzas.

Entonces se oyó un chasquido y la criatura se quedó flácida en sus brazos. Muerta.

La multitud bramaba y alrededor de Darius se escuchaban los gritos de los otros gladiadores, que chillaban mientras se defendían de los animales, la mayoría morían y unos pocos, como Darius, luchaban.

Darius notó un movimiento, vio que otra saltaba sobre él, rodó por el suelo, agarró su espada, la levantó y dejó que la bestia quedara atravesada en ella por su propio peso, cayendo encima suyo, muerta.

Darius se la sacó de encima y rodó por el suelo, respirando con dificultad, los arañazos del brazo le dolían a morir y se preparaba,

pues más bestias venían hacia él. Darius se puso de rodillas, mientras el corazón le latía fuerte y se preguntaba qué iba a hacer mientras unas cuantas bestias más corrían hacia él a la vez. Miró de un lado al otro al oír los quejidos y se dio cuenta de que muchos gladiadores ya habían muerto y las bestias estaban sobre sus pechos, mordiéndolos.

De repente, se escuchó un cuerno y todas las bestias salieron corriendo con la misma rapidez con la que habían aparecido, desapareciendo tras las puertas escondidas que había alrededor del circo. Al principio, Darius suspiró profundamente aliviado, pero después lo entendió: el Imperio solo estaba preparando el escenario para algo peor que estaba por venir.

Darius, de repente, escuchó un silbido muy fuerte que cortaba el aire y que venía a toda velocidad. No podía imaginar de qué se trataba y, cuando se giró, no podía creer lo que veía delante de él: cadenas de metal que oscilaban en el aire, colgadas del punto más alto del circo y, en la punta, tenían unas inmensas bolas de hierro con pinchos, casi tan grandes como Darius. Había docenas de aquellas bolas, que de repente se balanceaban por el estadio, entrecruzándose en todas direcciones y apuntando directo al centro del circo.

“¡Cuidado!” gritó Darius al gladiador que estaba a su lado, dándole un empujón para sacarlo del camino a la vez que él se echaba de cara al suelo.

Cuando Darius impactó con el suelo, alzó la vista para observar que el gladiador que estaba a su otro lado se giraba para ver lo que estaba sucediendo, pero era demasiado tarde. La bola de metal le golpeó, lo atravesó y continuó su trayectoria hacia arriba con él clavado allí, mientras la multitud chillaba como loca.

Darius mantenía la cabeza mirando hacia el suelo mientras las bolas de metal se balanceaban en todas direcciones, atravesando a muchos de los gladiadores y matándolos allí mismo. Se dio cuenta de que aquel circo era completamente diferente al de Volusia: fue

construido para el entretenimiento. Era cruel e impredecible. Despiadado y sin honor. Por lo menos, en Volusia los demás eran lo suficientemente valientes para ponerse delante suyo.

Mientras las cadenas y las bolas retrocedían se oyó por fin otro cuerno y, cuando retiraron las cadenas, Darius vio que estaba allí, uno de media docena de gladiadores que quedaban, de cara a las grandes puertas de hierro que había en el centro del muro del circo. Darius sentía que su corazón latía fuerte ante la expectación, mientras un gran crujido metálico llenaba el aire y las puertas se abrían del todo lentamente.

La multitud rugía, de pie para ver a las inmensas criaturas que traían, encadenadas unas con otras, con un paso imponente y coordinado. Parecían humanos, pero eran tres veces su tamaño, de pie medían quizás unos seis metros, eran anchos, tenían los músculos marcados, con tres enormes ojos en la cabeza, sin nariz y con una boca hecha de dientes serrados. Al caminar hacían un ruido enfermizo y, a cada paso que daban, la multitud enloquecía.

Un soldado del Imperio fue corriendo a cortarles las cadenas, soltando así a las criaturas. Se echaban hacia atrás y rugían, con un ruido ensordecedor y, a continuación, se fijaron en Darius y en los demás. Darius sintió un escalofrío en la espalda: sabía que aquellos eran los adversarios más tremendos con los que se había enfrentado nunca.

Las criaturas corrían hacia delante, más rápido de lo que Darius hubiera imaginado, dando zancadas enormes, llegando hasta ellos enseguida. Cuando una se echó encima suyo rugiendo y empuñando una inmensa hacha de guerra, Darius levantó su espada y la paró. Era el golpe más fuerte que jamás había recibido y le sacudió el cuerpo hasta la médula, mandándolo al suelo y partiendo su espada en dos.

Darius vio las estrellas mientras estaba allí tumbado, miraba de un lado al otro mientras escuchaba gritos; vio que sus compañeros gladiadores eran aplastados por aquellas criaturas, que las hachas los

cortaban por la mitad y que otros eran aplastados por una estampida. Las criaturas eran demasiado grandes, demasiado rápidas y demasiado poderosas para poder enfrentarse a ellas.

Cuando Darius parpadeó, en un solo instante todos los demás yacían muertos. Darius era el único que quedaba con vida.

Darius se apartó del camino dando vueltas por el suelo cuando un hacha se acercaba a su cabeza; quedó clavada en el suelo a su lado, evitando por poco su cabeza y, cuando Darius se apartó del camino rodando por el suelo, usó sus cadenas para hacerle la zancadilla a la criatura.

La criatura, desprevenida, cayó de espaldas, al barrerle las piernas por debajo. La multitud gritaba, atónita por el transcurso de los acontecimientos y estaba claro que no esperaban que ninguna de las criaturas cayera.

Darius no perdió el tiempo: rodando por el suelo, levantó su espada y se la clavó a la criatura en el cuello mientras estaba tumbada boca abajo, matándola.

La multitud se puso de pie de un salto y enloqueció, mientras aplaudía con un gran estruendo.

Darius, envalentonado, respirando con dificultad, se puso de pie, agarró la espada que le había caído a la criatura y se enfrentó a las demás. Le gustaba tener acero de verdad en sus manos.

Inmediatamente otra se acercó a él con un hacha. Darius de repente recordó lo que Deklan le había enseñado: *mantén la calma, céntrate en el momento, no dejes que tus emociones te nublen.*

Darius, concentrado, esperó hasta el momento oportuno y se agachó. El hacha de la criatura pasó volando por el lado de su cabeza; mientras Darius se agachaba, levantó su nueva espada y le cortó la barriga a la criatura, haciéndola caer de rodillas. Muerta.

La multitud enloqueció de nuevo.

Darius se giró mientras más de aquellas criaturas iban a por él. Furiosas, fueron a su encuentro, rugiendo ferozmente y enseñando

sus afilados colmillos. Darius no se echó hacia atrás, se armó de valor para el enfrentamiento, sabiendo que podía hacerlo, sabiendo que era más fuerte de lo que pensaba, por mucho miedo que diera el enemigo.

Cuando lo alcanzaron, Darius se mantuvo firme. Levantó la espada y paró los golpes de las grandes hachas, una tras otra tras otra, girando de un lado a otro, evitando y esquivando a las criaturas. Agotado, era lo único que podía hacer para poder mantenerse de pie. Pero no se giró ni se fue corriendo.

Finalmente, uno de ellos lo golpeó y mandó a Darius por los aires. Fue a parar de cara al suelo y perdió la espada. Rodó por el suelo y miró hacia el cielo y, al hacerlo, vio un hacha que iba directa a su cabeza.

Era demasiado tarde. Como ya no podía hacer nada, Darius se preparó para encontrarse, finalmente, con su muerte.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Stara paseaba por los jardines de la corte real de la Cresta, dando vueltas por ellos, mientras olía las flores sin verlas en realidad, perdida en su pensamiento, en sus recuerdos y en la depresión.

No podía sacarse el pasado de la mente, no podía sacar las imágenes de Reece, de su amor por él, del amor que se tenían el uno al otro. Continuaba reviviendo en su mente el último instante en el que lo había visto, desembarcando del barco de Gwen para unirse a Thorgrin en la búsqueda de su hijo.

Esto la rompía por dentro. Le había suplicado que no se fuera, pero no había podido hacer gran cosa para hacerle cambiar de opinión. Era exasperante y la hacía sentir desamparada a la vez.

Stara no podía olvidar la discusión que habían tenido la noche anterior, en la bodega del barco, cuando los dos querían escapar del otro, pero eran incapaces. Se culpaban el uno al otro por la muerte de Selese y esto manchaba todas las miradas que se echaban.

Sin embargo, en su interior, Stara sabía que Reece la quería. Lo sentía, aunque él no pudiera expresarlo. Y ella también lo quería, como había hecho siempre, desde que era una niña. Siempre lo había querido y no podía dejarlo correr.

Igual que no podía dejarlo correr ahora. Stara sabía que ahora estaba en la otra punta del mundo, que debía olvidarlo, asumir que estaba muerto. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a sobrevivir allí?

Y si lo había hecho, ¿cómo iba a encontrarla?

Odiaba a Thorgrin por ello, ¿por qué no podía ir él solo a buscar a su hijo? ¿Por qué había tenido que arrastrar a Reece a ello, fuera o no hermano de la Legión?

Sin embargo, por mucho que intentara sacarse a Reece de la cabeza, seguir hacia delante, cada día desde entonces, Stara no pensaba en otra cosa que no fuera en Reece, en cuándo regresaría, en cuándo lo vería de nuevo. Esto la destrozaba por dentro. Y ahora,

aquí, tan lejos de todo, tan bien escondida, la realidad empezaba a hacerse evidente. Nunca volvería a ver a Reece. Nunca vendría a por ella. Nunca la encontraría.

Y esta era una realidad que no podía aceptar.

Stara luchaba en su interior mientras caminaba, decidida a encontrar una respuesta. Tenía que existir una manera. Debía de haber un modo de encontrarlo. Si no era así, la vida no significaba nada para ella. Se negaba a pasar el resto de sus días escondiéndose en este tranquilo lugar de la Cresta, mientras Reece estaba por ahí, en peligro. En este lugar, por muy bello que fuera, no existía la paz para ella mientras Reece no estuviera allí.

“Aquello son peonías, mi señora”, dijo una voz.

Stara se dio la vuelta, sorprendida, aquella voz la había cogido desprevenida y se sobresaltó al ver a un miembro de la familia real delante de ella, sonriendo. Por su imponente mandíbula y sus brillantes ojos azules, vio el parecido con la familia del Rey, aunque no reconoció de inmediato a este miembro; no parecía tener más de dieciséis años e iba vestido con el atuendo real de la corte.

El hombre se acercó, sonrió, le tomó la mano y la besó, con un brillo en los ojos.

“Son las mejores flores de la corte, mi señora”, añadió. “Tiene buen gusto”.

Él la miró fijamente y ella reconoció aquella mirada en sus ojos. La había visto en muchos pretendientes a lo largo de los años: la mirada de un hombre cautivado por su belleza. Le aburría. Y, de hecho, le molestaba, dada su preocupación por Reece.

“Me llamo Fithe”, dijo. “Soy un miembro de la familia real”.

“¿Ah, sí?” preguntó ella. “Llevas sus colores, sin embargo, en el banquete no le vi sentado en la mesa del Rey. Ni tampoco es uno de los hijos del Rey”.

Él sonrió.

“Es usted muy perspicaz”, respondió él. “Tiene razón. Soy su

sobrino –uno de ellos, al menos- a quien apenas se le permiten los privilegios de los hijos, pero soy su primo al fin y al cabo.

Pero, por lo menos, se me permite estar en los Jardines Reales, lo que me ha llevado hasta vos”.

Él hizo una amplia sonrisa y Stara apartó la mirada, aburrido por los avances que iba haciendo aquel hombre con ella. Era amable, pero hablar con él era la última cosa que deseaba.

Ella le dio la espalda y continuó observando las hileras de flores, dando un paseo al lado de ellas en busca de paz y tranquilidad. Solo quería pensar en Reece y en nada más.

Él empezó a caminar a su lado y ella dio un fuerte suspiro, para que quedara claro que le molestaba.

“Preferiría estar sola”, dijo ella bruscamente.

“No pretendía ofenderla, mi señora”, dijo él, todavía caminando a su lado. “Solo es que... no pude evitar fijarme en usted desde el momento en que llegó a la Cresta. He estado esperando el momento para hablar con usted. Su belleza sobrepasa incluso lo que dicen los demás”.

Ella apartó la vista, suspirando, no quería hablar con él.

“Por favor, mi señora”, insistió él. “No pretendía causarle ninguna molestia. Solo quería hablar con usted, estar un rato con usted. Permítame, por lo menos, mostrarle nuestra real ciudad”.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

“Ya he visto su ciudad”, respondió ella. “Lo suficiente, por lo menos. No me interesa.

Preferiría haber muerto en el Desierto”.

Él, desprevenido, dio un pequeño grito ahogado. La miró sorprendido; evidentemente, no estaba acostumbrado a que las mujeres le hablaran de este modo.

“No deseo nada de lo que hay aquí”, respondió ella. “Solo hay una cosa que desee en este mundo y es algo que usted no podría darme nunca. O sea que es mejor que me deje”.

Él la sorprendió al quedarse allí mirándola fijamente, sus ojos no estaban llenos de desprecio ni de ira sino de compasión.

“¿Y qué es lo que desea?” preguntó él. “Simplemente dígame y se le concederá”.

Ella lo miró sorprendida, su preocupación le suscitaba interés.

“Lo dudo”, dijo ella. “Pero si le interesa mucho, se lo contaré: quiero que me devuelvan al amor de mi vida”.

Ella esperaba que él se marchara y se sorprendió al ver que se quedaba allí, mirándola fijamente con el ceño fruncido.

“¿Y dónde está él?” preguntó.

Stara no esperaba que él le preguntara eso, o incluso que le preocupara, ahora que le había dejado claro que él no le interesaba.

“Reece está lejos de aquí”, dijo, “más allá del Gran Desierto, más allá de los mares. Me imagino que será un naufrago en el mar, en un barco. Si es que vive”.

Él la miró durante un buen rato y Stara esperó, imaginando que él se reiría, se marcharía y se la sacaría de encima, que era en parte lo que deseaba.

Por eso, se quedó sorprendida cuando él respondió con toda sinceridad:

“Lo quiere mucho, ¿verdad?” le preguntó.

Stara se quedó de piedra por su sinceridad y al ver sus ojos llenos de lágrimas.

“Sí”, respondió, sintiendo como sus ojos se humedecían, “mucho”.

Fithe se quedó en silencio, con la cabeza baja; parecía que estaba pensando detenidamente en su petición.

Finalmente, alzó la mirada y asintió con la cabeza.

“La ayudaré”, dijo.

Ella lo miró con atención, se había quedado sin palabras.

“¿Lo haría?” preguntó, mientras notaba que su corazón se aceleraba.

“Respeto su amor, su devoción”, le dijo. “Me hubiera gustado amarla, pero veo que está comprometida con otro. Y si no puedo tenerla, entonces tendré lo mejor que le sigue: un lugar en su corazón por haberla ayudado”.

Ella lo miró fijamente, conmovida. Por primera vez, sentía que su corazón estaba lleno de esperanza.

“Aquí en la Cresta tenemos normas estrictas”, continuó. “Por nuestra propia supervivencia.

No podemos salir de la Cresta. Dejaría un rastro que el Imperio encontraría y nos pondría a todos en peligro. Abandonar este lugar no es una hazaña pequeña; si la cogen, la ponen en prisión y a mí con usted”.

Ella asintió con la cabeza.

“Lo sé”, respondió. “No espero que me ayude”.

“Sin embargo, lo haré”, dijo él.

Ella lo observó con atención, vio su sinceridad e intentó comprenderlo.

“¿Se arriesgaría a ser encarcelado por mí?” preguntó. “Si ni siquiera me conoce”.

Él sonrió.

“Es cierto, no la conozco”, dijo él. “Pero en mi corazón siento como si lo hiciera”.

“Y parece que no existe un modo de hacerlo”, dijo ella. “Quiero encontrarlo y, para hacerlo, debo irme de la Cresta”.

“Tendrá que abordar montañas, atravesar el Desierto, encontrar un barco, navegar sola por el mar...” dijo él. “No es una hazaña fácil”.

“No me importa”, dijo ella. “Ninguna de estas cosas me asusta”.

Él asintió.

“Muy bien, entonces”, dijo. “Si su corazón está preparado, siempre existe un modo de hacerlo”.

Él estiró una mano y la miró intensamente.

“Venga conmigo”.

Stara colocó la mano en la suya y, mientras él la llevaba por los jardines, sintió que por primera vez tenía un propósito en la vida, sintió que finalmente, a pesar de los riesgos, volvería a reunirse con Reece.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Godfrey estaba allí, rodeado en una habitación llena de soldados del Imperio, a la espera de que lo mataran cuando de repente se escuchó un cuerno, que hizo temblar la habitación. Venía de algún lugar en la distancia, insistente, sonaba una y otra vez, un sonido oscuro y que daba un mal presagio, algo que Godfrey jamás había escuchado y todos los soldados se dieron la vuelta a la vez y salieron corriendo de la habitación.

Godfrey se quedó allí sudando, perplejo, mirando fijamente a una habitación vacía, donde solo estaban Akorth, Fulton, Merek y Ario, que estaban a su lado y el camarero, que estaba detrás de la barra.

Godfrey se giró hacia los demás, todos lo miraban fijamente, igual de desconcertados.

“Los cuernos de guerra”, explicó el camarero, dejando de hacer lo que estaba haciendo y con voz seria.

“¿Qué significa esto?” dijo Merek.

El camarero negó con la cabeza.

“Un enemigo está a las puertas. Volusia está sitiada.

Godfrey salió corriendo de la taberna junto a los demás, saliendo todos ellos a toda prisa a las calles de Volusia. Godfrey apenas era consciente de la suerte que había tenido de que los cuernos hubieran sonado en el momento que lo hicieron, librándolo seguramente de ser aporreado o de la muerte allá en la taberna. Sin embargo, mientras corría a través de las calles presas por el pánico, no estaba tan seguro de su buena fortuna. Él vio a miles de soldados Volusianos movilizándose, corriendo hacia las puertas de la ciudad, cerrándolas y atrancándolas y preparándose para la guerra.

Todos corrían hacia las puertas de la ciudad, todos ansiosos por ver qué estaba sucediendo y, cuando estuvo más cerca y salió del callejón, Godfrey pudo por fin echar un vistazo a través de las puertas de la ciudad y, al hacerlo, su corazón se paró ante lo que allí

vio: allí, en fila en el horizonte, había decenas de miles de soldados del Imperio, vestidos con su armadura totalmente negra, levantando las banderas del Imperio y marchando directos hacia Volusia.

Godfrey jamás había visto un ejército de aquel tamaño.

Y, por la manera en que marchaban, tan disciplinados, vio que se trataba de un ejército profesional. También contaban con un equipamiento de asedio profesional, llevaban enormes plataformas de madera sobre ruedas, junto a un montón de catapultas y Godfrey entendió que no solo querían conquistar aquella ciudad, sino arrasarla.

Godfrey estaba confundido. No comprendía por qué el ejército del Imperio marchaba sobre una ciudad del Imperio, o qué interés podían tener en ello. ¿Había estallado una guerra civil en el Imperio?

Godfrey examinó la ciudad y en medio del caos vio que se estaban subastando todos los esclavos de Volusia en las plazas de la ciudad, vio miles de esclavos más en las calles, que eran llevados a un bloque de subasta y recordó quiénes eran los verdaderos enemigos. Los Volusianos. El Imperio quería destruir aquella ciudad, y él también. Quería liberar a todos aquellos esclavos y se dio cuenta de que, quizás, aquella era su oportunidad.

Sabía que los conquistadores que estaban a las puertas eran peores que los conquistadores que había allí; pero si aquellos Volusianos se imponían, los esclavos nunca serían libres. Además, Godfrey deseaba desesperadamente vengar a Darius y a su gente. Esta era la oportunidad más buena que iba a tener.

A través de las barras de hierro de las puertas de la ciudad empezaron a volar lanzas y flechas y los soldados Volusianos empezaron a gritar y a correr mientras cruzaban en todas direcciones el patio para tomar posiciones a lo largo de los muros de la ciudad. Los soldados Volusianos, meticulosamente disciplinados, marchaban en fila de a uno a lo largo de las murallas, obedeciendo los gritos de sus comandantes y tomando posiciones. Preparaban calderas de

aceite hirviendo y se arrodillaban para disparar sus arcos y arrojar lanzas, matando montones de soldados al otro extremo de las puertas. El ejército invasor era enorme, pero la ciudad que invadían era enorme, estaba bien fortificada y Godfrey sabía que esta sería una batalla épica. Podía durar meses.

A no ser que él tuviera algo que decir al respecto.

Godfrey y los demás estaban arrodillados a la sombra, al lado de un muro de la ciudad, todos ellos observando, viendo cómo la guerra se desplegaba ante ellos. Godfrey intercambió una mirada con los demás.

“¿Estás pensando lo que yo estoy pensando?” preguntó Merek con una sonrisa malvada.

Godfrey le sonrió.

“¿Y de qué se trata?” interrumpió Akorth, preocupado.

“Dejemos que entre el Imperio”, explicó Godfrey. “Dejemos que tomen la ciudad”.

“¡Eso es una locura!” dijo Fulton. “¡Podrían matarnos!”

Godfrey se encogió de hombros.

“Seguro que los Volusianos nos matarán”, respondió. “Puede que el Imperio no lo haga. Y si lo hace, al menos de esta manera matarán primero a los Volusianos, cobrándose la revancha por nosotros y podremos liberar a los esclavos”.

Akorth y Fulton, presos por el pánico, fruncieron el ceño y negaron con la cabeza.

“¿Y cómo sugieres que lo hagamos?” preguntó Ario, tranquilo y sereno, como siempre.

Godfrey observaba cómo los soldados volusianos giraban la enorme manivela de las puertas una y otra vez y empezaban a cerrar las grandes puertas de oro de detrás de las puertas de la ciudad y se le ocurrió una idea. Se inclinó hacia delante y acarició la cabeza de Dray.

“Dray”, ordenó. “Ve. Venga a Darius. ¡Ataca a aquellos hombres!”

A Dray no le hizo falta que le empujaran a hacerlo: ladró y echó a correr por el patio, haciendo exactamente lo que Godfrey le ordenó y levantando una nube de polvo a su paso.

Dray alcanzó al primer soldado y le clavó los dientes en los tobillos y el soldado gritó y soltó la manivela.

“¡AHORA!” dijo Godfrey.

Godfrey se puso de pie y fue al ataque y los demás siguieron sus pasos, Akorth y Fulton, jadeando, iban a la cola del grupo.

Llegaron hasta la manivela y todos se agarraron a ella, pero no pudieron moverla.

“¡Girad hacia el otro lado!” dijo Godfrey.

Todos ellos la giraron hacia el otro lado y, cuando Godfrey tiró de ella con todas sus fuerzas, lentamente las puertas de la ciudad empezaron a abrirse.

Pronto, los Volusianos se pusieron en marcha. Godfrey se agachó cuando una lanza voló por encima de su cabeza y, cuando alzó la vista, vio que un escuadrón de Volusianos se fijaba en ellos y corrían por las murallas a toda velocidad directos hacia ellos.

“¡ATENCIÓN!” exclamó Ario.

Ario cogió una lanza, apuntó y la arrojó, tocando contra la cabeza de Godfrey justo a tiempo para evitar un hacha que le habían lanzado. Godfrey se dio la vuelta y vio que la lanza había atravesado a un soldado volusiano a unos cuantos metros, atacándolo por detrás.

Merek desenfundó su espada y mató a otro soldado volusiano cuando este se disponía a atacarlos desde otra dirección.

Todos estaban de nuevo concentrados en la manivela y Godfrey seguía girando, las manos le ardían, pero estaba dispuesto a no soltarla. Sin embargo, sabía que su tiempo era limitado, la banda de Volusianos se les echaba encima y cada vez estaban más cerca. Las puertas se abrían cada vez más, a paso de tortuga.

Godfrey alzó la vista y vio que los Volusianos estaban apenas a unos metros, a punto de matarlos pero, aún así, no podía abandonar

la manivela. La hizo girar por última vez, junto a los demás, y finalmente las puertas se abrieron lo suficiente.

Entonces se escuchó un gran grito cuando aparecieron, corriendo a través de las puertas abiertas, centenares de soldados del Imperio, entrando a raudales. A los soldados del Imperio, desbordados, no les quedó otro recurso que dar la vuelta y huir cuando se vieron empujados de nuevo a su propia ciudad. Ante sus ojos, los Volusianos eran machacados, derribados a hachazos por el ejército del Imperio que iba en su busca y, por fin, Godfrey sentía que se había hecho justicia.

Recordó a Darius y a sus hombres, asesinados en estas mismas calles por los Volusianos y supo que había justicia en el mundo.

Godfrey sabía que el caos era la oportunidad para escapar de aquella ciudad.

“¡Vámonos!” insistió Akorth, señalando hacia los callejones de atrás que podían llevarlos hasta la libertad.

Godfrey realmente deseaba abandonar aquel lugar.

Pero sabía que no podía. Silis, la mujer finiana, sería vulnerable en esta invasión. Si no la ayudaban, moriría. Lo había salvado y se lo debía.

“¡No!” exclamó Godfrey. “Todavía no. Tenemos cumplir con una obligación primero.

¡Seguidme!”

Se dio la vuelta y atravesó el patio corriendo, Dray iba ladrando a su pies, esperando que los otros lo siguieran pero decidido a continuar incluso si no lo hacían. Por primera vez en su vida, no lo movía algo personal, sino el valor. El deber.

Escuchó unos pasos, se dio la vuelta y vio a los demás justo detrás suyo, todos ellos decididos a hacer lo correcto, pasara lo que pasara.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Kendrick atravesaba a toda velocidad el Gran Desierto, luchando contra la puesta de sol, todos ellos se apresuraban para volver a tiempo sabiendo lo que se jugaban si no lo hacían. La temperatura estaba empezando a bajar radicalmente, la luz se volvía más tenue a cada momento que pasaba y Kendrick recordaba cómo eran las noches en el Gran Desierto. Cada noche que pasabas allí, ponías tu vida en riesgo.

Aunque en el pasado habían sobrevivido, Kendrick sabía que esta vez sería diferente; más cerca de la Cresta, las noches eran más traicioneras. Cada vez que se había tumbado a dormir se había encontrado con algunos de sus hombres muertos al despertar, ya sea comidos por los insectos o por extrañas criaturas de la noche que desaparecían, dejándoles solo la marca de las mordidas.

Kendrick echó un vistazo por encima del hombro y vio las escobas sujetas a la parte de atrás de los caballos, fuertes y amplias, que tapaban los rastros a su paso, borrando cualquier señal de que alguna vez hubieran estado allí. Eran aparatos ingeniosos y Kendrick sentía al menos la satisfacción de que habían cumplido con su misión. Cuando llegaran a la Cresta, no quedaría ni rastro de que habían estado allí y se borraría cualquier peligro que él y su gente hubieran causado al llegar.

Kendrick echó una ojeada mientras cabalgaba al cuerpo ensangrentado del soldado de la Cresta, que estaba colocado sobre el lomo de un caballo y su corazón se le salía. Este valiente soldado había viajado hasta aquí por él y su gente y ahora yacía muerto. Kendrick no podía evitar sentirse responsable, incluso habiendo salvado personalmente muchas de sus vidas.

Kendrick divisó que Naten estaba cabalgando delante de sus hombres, con una permanente cara de desprecio en su rostro y continuaba sin mirar hacia Kendrick. Aunque Kendrick le había

salvado la vida, solo había recibido rencor a cambio. Kendrick sabía que algunas personas siempre iban a ser igual. Y aún así, Kendrick notó un cambio en la actitud de los otros miembros de la Cresta hacia él. Desde la lucha en el árbol retorcido, desde que había ayudado a salvarlos como si fueran sus propios hombres, todos lo miraban con un nuevo respeto. Sabía que poco a poco empezaban a aceptarlo, aunque fuera un forastero.

Continuaban avanzando, el ruido de los caballos estallaba en sus oídos y Kendrick buscaba alguna señal del Muro de Arena en el horizonte, sabiendo que era el primer punto de referencia que necesitaban ver. Sin embargo, se sentía frustrado al ver que siempre estaba fuera de su vista.

De repente, se escuchó un grito por encima del escándalo de los caballos y Kendrick se sorprendió cuando echó un vistazo y vio que uno de los soldados de la Cresta caía de golpe de su caballo, como si este se hubiera desplomado a sus pies. Los dos dieron vueltas por el suelo, mientras los demás se detuvieron de golpe y Kendrick se quedó perplejo. Al principio creyó que el caballo había tropezado pero no entendía cómo, puesto que el paisaje era plano.

Pero a continuación se quedó atónito al ver que caía otro caballo, y otro, haciendo que sus jinetes cayeran al suelo, el primer jinete chilló al ser aplastado por su caballo.

Pronto se formó una avalancha de caballos que se desplomaban, giraban por el suelo y formaban nubes de polvo.

Kendrick pudo evitar a todos los caballos caídos justo a tiempo y, cuando pensaba que estaba a salvo, de repente su caballo se desplomó a sus pies inexplicablemente y Kendrick notó que salía volando e iba a caer de cara al duro suelo del desierto. A la velocidad que cabalgaba fue un aterrizaje duro, le faltaba el aire y sentía como si se hubiera roto todos los huesos de su cuerpo.

Kendrick dio vueltas y más vueltas por el suelo, tosiendo polvo, esquivando rápido a su caballo cuando pasó por su lado y se

preguntaba qué demonios podría haber pasado.

Cuando se detuvo, respirando con dificultad y agarrándose las costillas, se paró para observar atentamente el suelo del desierto, preguntándose si habían pasado cabalgando por encima de una serie de grietas.

Pero no había grietas por ningún sitio. El suelo no podía ser más liso.

El misterio no hacía sino agudizarse mientras Kendrick miraba a su alrededor y escuchaba a los caballos relinchar, como si tuvieran dolor, y entonces escuchó un horrible sonido, parecido a un zumbido. Al mirar más de cerca se horrorizó al ver que los caballos tenían las patas cubiertas por un enjambre de bichos que se los estaban comiendo vivos.

Los caballos relinchaban y se retorcían de dolor mientras los bichos se comían su carne y Kendrick reaccionó, se puso de pie, desenfundó su espada y la balanceó hacia las piernas de los caballos, para intentar sacárselos de encima.

Kendrick vio enseguida que balancear su espada era inútil, ya que no podía arriesgarse a herir a los caballos. Entonces decidió coger un escudo pero, en el momento en que se dio la vuelta, ya era demasiado tarde: los bichos eran muy feroces, estaban muy bien coordinados, ya se habían comido la mayoría de patas de los caballos y aquel enjambre se movía tan rápido que, ante la mirada de Kendrick, sus patas empezaron a desaparecer. En unos segundos, se habían comido sus piernas hasta el hueso.

Kendrick no podía creerlo. Mientras observaba a los caballos que tenía delante, ahora devorados enteramente por los bichos, no eran más que huesos, fósiles, como si hubieran estado en el desierto durante miles de años.

Con la misma rapidez, el enjambre de bichos se elevó de los huesos y se fue volando formando una mancha gigantesca, oscureciendo el cielo antes de desaparecer en una nube.

Kendrick se puso de pie y se sacudió el polvo e intercambió una mirada con los demás que lo miraban fijamente igual de perplejos. Miró hacia los esqueletos de los caballos y se le hizo un nudo en el estómago cuando se dio cuenta de que no tenían un medio de transporte para volver a la Cresta.

Miró al horizonte, hacia los soles que se estaban poniendo y la Cresta parecía estar muy lejos. No podía creer que volvía a estar en la misma posición, a pie en el Gran Desierto. Sentía cómo la temperatura descendía y sabía que todos ellos estaban en una situación muy mala.

“¡Esto es por *tu* culpa!”

Al darse la vuelta, Kendrick vio a Naten, furioso, que lo estaba acusando.

Kendrick estaba demasiado atónito para reaccionar y, antes de que pudiera darse cuenta,

Naten estaba encima suyo y lo derribó hasta hacerlo caer al suelo.

Los demás se pusieron en círculo a su alrededor y empezaron a alentarlos y Kendrick se encontró en medio de una lucha. Naten, encima suyo, lo sujetó contra el suelo, estiró los brazos e intentó ahogarlo. Kendrick notó unas manos fuertes en su garganta y supo que iba en serio. Estaba cansado de apaciguar a aquel hombre.

Kendrick, furioso, alargó los brazos ejerciendo presión sobre los antebrazos del hombre; inmediatamente Naten se soltó y entonces Kendrick lo apartó a un lado de un golpe, a la vez que levantaba la cabeza y le pegaba un cabezazo en la nariz.

Naten, aturdido, se agarró la nariz y se fue rodando por el suelo hacia un lado.

Kendrick rodó por el suelo y consiguió ponerse de pie y Naten, recuperándose, también lo hizo. Se pusieron uno en frente del otro en medio del círculo de soldados.

Naten, furioso, desenfundó la espada, con un ruido que se escuchó en el desierto y antes de que pudiera dar un paso,

aparecieron Brandt y Atme, cada uno de ellos apuntando con la punta de sus espadas a su garganta.

“No sigas”, le advirtió Brandt.

“Es a tu comandante a quien estás amenazando”, añadió Atme.

En el ambiente se escuchó el ruido de más espadas que se desenfundaban y Kendrick echó un vistazo y vio a dos soldados de la Cresta, amigos de Naten, que desenfundaban sus espadas y apuntaban a Brandt y Atme.

“¡Bajad vuestras espadas!” Koldo gritó a sus propios hombres, dando un paso adelante enfadado.

“Y vosotros bajad las vuestras”, dijo Kendrick a Brandt y a Atme. “Os lo agradezco, pero no estamos aquí para luchar los unos con los otros”.

Los dos soldados de la Cresta bajaron las suyas y Brandt y Atme lo hicieron a continuación y pronto solo quedó Naten sujetando una espada.

“He dicho que la bajas”, gruñó Koldo, mirándolo con desprecio, fijándose en su cara.

Naten bajó la suya a regañadientes.

Kendrick estaba de cara a Naten, que lo fulminaba con la mirada mientras le sangraba el labio.

“Amigo”, exclamó Kendrick, decidido a traer la paz. “No puedes culparme de la muerte de tu amigo o de la muerte de estos caballos. Yo no soy el enemigo. Si recuerdas, fui *yo* el que te salvó la vida hace unas horas”.

Naten lo miró con desprecio.

“Si no fuera porque tú y tus hombres aparecisteis por aquí, mis hombres estarían vivos”, dijo

Naten. “Nuestros caballos todavía vivirían y no estaríamos en este lío. Ahora todos vamos a morir aquí”.

“Es muy fácil culpar”, respondió Kendrick. “Es el arma del hombre menos consumado. No sé vosotros”, dijo Kendrick

dirigiéndose a los demás, “pero yo no tengo pensado morir. Encontraremos el camino de vuelta a la Cresta. No quiero luchar con vosotros o con vuestro pueblo. Me ofrecí voluntario para ayudar en esta misión”.

Kendrick decidió que sería el más noble. Mientras todos los soldados observaban, él tendió una mano en señal de paz, dando un paso adelante para dar la mano a Naten.

Naten estaba allí parado, el silencio era tan espeso que podía cortarse con un cuchillo. Él lo miró fijamente, como si estuviera reflexionando.

“Dale la mano”, ordenó Koldo.

Pero Naten lo miró con desprecio, escupió en el pie de Kendrick, se dio la vuelta y se marchó hecho una furia.

Kendrick no esperaba menos.

Koldo se acercó a su lado y le puso una mano en el hombro.

“Eres un hombre bueno”, dijo. “El más noble. Gracias por tu templanza”.

Kendrick asintió con la cabeza, agradeciendo el sentimiento.

“Tal como están las cosas, tendremos suerte si sobrevivieramos a esto”, dijo Ludwig, acercándose a su lado. “Si nos volvemos unos contra los otros, no tenemos ninguna oportunidad”.

Kendrick se dirigió a los demás y echó un vistazo al sol que se ponía y supo que su situación era desalentadora.

Kendrick se dirigió a sus hombres.

“Coged todo lo que podáis de las carcasas de vuestros caballos”, dijo él. “Esta noche acampamos aquí”.

Koldo ordenó a sus hombres también y pronto todos los hombres estaban registrando las sillas, tumbados en el suelo, rebuscando entre los huesos de sus caballos; otros recogían palos secos y maleza del suelo y pronto reunieron un montón para hacer una hoguera.

El cielo oscureció más y Kendrick alzó la vista para ver el último destello de luz y, a su pesar, sintió un escalofrío: no podía evitar

sentir, como los demás, que nunca volverían.

Kendrick estaba sentado alrededor de la embravecida hoguera, la única luz que había en el oscuro mar del desierto, a su lado estaban Brandt, Atme y sus hombres, mientras Koldo, Ludwig y los demás estaban sentados alrededor del círculo a su otro lado. Todos estaban inquietos. No había ningún ruido en el desierto a excepción del crujido de la madera y el aire frígido que se les metía dentro, las llamas de la hoguera eran lo único que lo mantenía a raya. Kendrick, exhausto por los acontecimientos del día, echó un vistazo a las caras de todos los demás hombres, todos alrededor del fuego, y también vio que estaban agotados. Todos se encontraban en una situación que ninguno de ellos había previsto encontrarse.

Kendrick miraba fijamente a las llamas, reflexionando sobre cómo la vida lo había llevado a este punto y sentía que sus ojos empezaban a pesarle cuando un ruido violento cortó el silencio.

Kendrick sintió que se le erizaban los pelos de la nuca cuando se giró con los demás y miraron hacia la oscuridad. Volvió otra vez: el chillido lejano de una criatura, por allí en algún lugar.

Kaden, el hijo menor del Rey y el más joven del grupo, que estaba sentado cerca de Kendrick, se encogió ante el ruido y agarró la empuñadura de su espada.

Naten rió con crueldad y, de manera insolente, le dijo: “¿De qué tienes miedo, chico?” dijo Naten con burla. “¿Tienes miedo de que esa cosa te coma?”

Algunos de los otros soldados soltaron una risita, mientras Kaden se sonrojaba.

“A mí no me da miedo nada”, dijo Kaden indignado.

Naten se rió de nuevo.

“A mí me parece que estás asustado”.

Kaden se incorporó más y frunció el ceño.

“Sea lo que sea, puede venir aquí y yo me enfrentaré a ello sin

miedo”, insistió.

Naten le hizo burla.

“Estoy seguro de que lo harás”, dijo.

Kendrick vio lo avergonzado que estaba Kaden y le supo mal por él y estaba furioso con Naten por ser tan abusón.

Se volvió a escuchar el chillido, pero esta vez más lejos, fuera lo que fuera, se iba esfumando en la noche; gradualmente todos ellos se quedaron en silencio.

“No sé cómo os lo hicisteis para sobrevivir aquí”, dijo una voz.

Kendrick se giró y vio que Kaden lo estaba mirando; tenía una cara afable y simpática, sincera, tenía la sonrisa fácil y llena de la confianza de un chico de catorce años con más valentía que habilidades para la batalla. Kendrick podía entrever el guerrero en el que se convertiría, podía ver las ganas de probarse a sí mismo.

Kendrick le sonrió.

“A nosotros nos entrenaron para la adversidad”, respondió Kendrick. Vio que los otros soldados miraban hacia él, curiosos, mientras hablaba y se dirigió a todos ellos. “Allá en el Anillo, nos enviaban a patrullar desde el momento en que sabíamos caminar. Cuando nos uníamos a la Legión y, más tarde, a los Plateados, nos mandaban a los sitios más horribles –la base del Cañón, el corazón del Desolado- para pasar de golpe unas cuantas lunas, obligados a ir a las tierras más hostiles y salvajes. Era nuestro ritual de iniciación. No todos volvían. Pero nos enseñaba a vivir sin miedo por la seguridad y la confianza. Nuestra seguridad eran nuestras dos manos y las armas que llevábamos”.

Koldo asintió, dejando claro que entendía la historia.

“Nosotros tenemos un ritual parecido”, dijo Koldo. “Enviamos a nuestros jóvenes iniciados en patrullas al pico de la Cresta. Los llamamos *Lobos*”.

“Pero la Cresta está aislada”, dijo Kendrick. “¿Qué es lo que vigilan?”

“De vez en cuando”, respondió Koldo, “algunas criaturas del desierto atraviesan el Muro de Arena e intentan abordar las murallas de la Cresta. Debemos mantener la vigilancia todo el día y toda la noche, en todos los picos de la Cresta. Cuando los atraviesan, mandamos a nuestras patrullas a luchar contra aquellos monstruos, antes de que se acerquen demasiado. Así se mantiene segura la Cresta y nosotros nos curtimos en la batalla. Son enemigos sanguinarios y atacan en manada, son enemigos peores incluso que el Imperio”.

“No podéis imaginarlo”, interrumpió Naten. “Ninguno de vuestros queridos Plateados se ha puesto a prueba jamás contra nuestros enemigos”.

“Estoy seguro de que han tenido que luchar contra enemigos mucho más mortíferos que ellos”, interrumpió Ludwig, saliendo en defensa de Kendrick.

Kendrick asintió con la cabeza, agradeciéndoselo, y Naten se limitó a hacer un gesto de desdén.

“Pronto *yo* seré un Lobo”, dijo Kaden con orgullo. “Mi ritual de llegada a la edad adulta es el próximo. Vigilaré la Cresta tan solo con unos amigos más. Lucharemos y mataremos a las criaturas que nos encontremos”.

Kendrick sonrió, admirando su valentía.

“¿Entonces esta es la primera vez que estás en el Desierto?” preguntó Kendrick.

Kaden asintió solemnemente con la cabeza.

“Me ofrecí voluntario”, dijo. “Mi padre al principio se oponía, pero mi hermano me dio permiso y lo convenció para que me dejara”.

Koldo se dirigió a Kendrick.

“Aquí tratamos a nuestros jóvenes”, dijo Koldo, “con el mayor de los respetos. En nuestro reino, el mayor honor se reserva para los más jóvenes. Es el hijo más pequeño, no el mayor, quien goza de todo

nuestro orgullo y alegría. Porque las luchas de los más jóvenes no son sino un reflejo no solo de su padre sino de sus hermanos mayores. Todos debemos ser un ejemplo de honor y valentía y esto debe estar presente en los más jóvenes. El ritual de llegada a la edad adulta es algo que tenemos en la más alta estima”.

“Nuestros chicos guerreros”, añadió Ludwig, “reflejan lo mejor que hay en nosotros. El momento de la vida en que una evoluciona de chico a hombre es un momento muy sagrado. De hecho, es el momento más importante para nuestra gente”.

Se hizo un cómodo silencio entre el grupo de guerreros y mientras el fuego chisporroteaba, Kendrick estaba perdido entre sus pensamientos y le pesaban los ojos, hasta que Kaden se dirigió a él.

“¿Y para qué vives tú ahora?” preguntó Kaden.

Kendrick se giró hacia él y vio que aquel chico honesto estaba luchando por comprender.

“Vuestra querida tierra ha desaparecido”, continuó Kaden. “La mayoría de vuestros hombres han muerto. No puede imaginar continuar. ¿Qué es lo que te hace seguir? ¿Qué es lo que deseas?”

Kendrick pensó en ello largo y tendido. Eso le hizo echar de menos el Anillo y a sus compañeros los Plateados más que nunca antes.

“Vivo para volver a mi tierra un día”, respondió finalmente Kendrick. “Para ver el Anillo restablecido una vez más. Para ver las filas de los Plateados llenas de nuevo. Para que nuestros hombres vuelvan a ser el gran ejército y los grandes guerreros que una vez fueron”.

Los hombres asintieron con la cabeza, respetando su respuesta.

“Y aún así”, añadió Kendrick, “también he aprendido que ser caballero significa ser caballero estés donde estés. En cualquier lugar, en cualquier circunstancia. He aprendido que no me hace falta estar en el Anillo, en la Corte del Rey, en un castillo o en una ciudad elegantes, ni siquiera llevar armadura. Esto no significa ser un

caballero. El verdadero caballero deja todas esas cosas atrás; está allí fuera luchando por una causa y esa causa siempre está al otro lado de la puerta bien fortificada de la ciudad. Cuando estás allí fuera, en algún lugar, en el corazón de los peligros, cuando te sientes como si estuvieras en el lugar más solitario y vacío de todos, cuando miras a tu alrededor y no queda nadie ni a tu izquierda ni a tu derecha, cuando avanzas por un territorio nuevo, entonces es cuando estás apoyando la causa del verdadero caballero. Aquí es donde formas tu hogar. El verdadero caballero no tiene hogar, se forja su propio hogar. Y siempre se está forjando uno nuevo. Y aquí es donde está ahora mi hogar”.

“Beberé por ello”, dijo Ludwig.

Levantó su sacó y Kendrick y los demás levantaron los suyos y todos bebieron alrededor del fuego.

“¡Por el honor!” exclamó Koldo.

“¡Por el honor!”

Kendrick tomó un largo trago de su vino, mirando fijamente a las llamas, mientras daba vueltas a la última palabra. Honor. Por esto, por encima de todo, es por lo que vivía.

“Comprendo cómo te sientes, amigo mío”, dijo Koldo, que estaba a su lado, con voz profunda. “Yo mismo fui un extranjero en este lugar una vez”.

Kendrick lo miró, como queriendo saber. Por la piel negra de Koldo, su aspecto tan diferente a cualquiera de aquí y por el hecho de ser el hijo mayor del Rey, Kendrick siempre se había hecho preguntas sobre él. Pero nunca había querido fisgonear.

“Como puedes ver”, continuó Koldo, “yo no nací hijo del Rey o de la Reina. Ellos me encontraron, en el Desierto, en una de las vigilancias de las patrullas del Rey y me tomaron como si fuera suyo. Incluso más que eso, al ser el mayor, me nombraron su primogénito y el heredero del reino. Me han hecho el mayor en todos los sentidos de la palabra, incluso cuando no era necesario.

De esto están hechos la gente de la Cresta”.

Kendrick estaba intrigado por su historia.

“¿Te encontraron?” preguntó. “¿Cómo?”

“Una vez el Rey y sus hombres asaltaron una aldea de esclavos, en lo profundo del Desierto, para matar a los soldados del Imperio que se habían acercado demasiado y para liberar a los esclavos. Cuando llegaron allí, el Imperio ya había marchado y la aldea estaba ardiendo. Todos habían muerto, excepto yo. Podrían haberme dejado allí, por muerto. Pero así es nuestro Rey, mi padre, mi verdadero padre: tiene un gran corazón y hace lo correcto.

Koldo suspiró.

“Yo no olvido. Yo nunca olvido cuando se trata de lealtad. Moriría por nuestro Rey en lo que tarda en parpadear. Llevaría a sus hombres a donde fuera, a cualquier lugar del mundo a donde él quiera que vayan”.

“Koldo es mi hermano”, dijo Ludwig. “Mi verdadero hermano. Puede que haya nacido de diferentes padres, que tenga la piel de un color diferente a la mía, pero esto no significa nada. Eso no es lo que significa ser hermano. Su honor, su valentía y su lealtad son lo que le hacen mi hermano. Lo considero de mi misma sangre, como hago con mis otros hermanos y moriría por él en lo que tarda en pestañear”.

“Igual que yo”, dijo Kaden. “Koldo es tan hermano mío como Ludwig”.

Kendrick vio la intensa lealtad que suscitaba Koldo y eso lo admiraba enormemente. Le hacía pensar en el Rey MacGil, que lo había tomado como su hijo. MacGil quería nombrar a Kendrick su primogénito, su heredero, pero este había sido su defecto: nunca había sido suficientemente fuerte para vencer las costumbres de su pueblo, para permitir que un bastardo fuera Rey. Sin embargo, Kendrick veía que el rey de la Cresta era diferente: había desafiado a la tradición para hacer lo que estaba bien. Kendrick deseaba un

padre así.

“Imagino que tenemos algo en común”, dijo Kendrick. “Los dos hemos crecido con unos padres que no son los nuestros. Y sin embargo, hemos llegado a ser los líderes de nuestras tropas”.

Koldo sonrió, era la primera vez que Kendrick lo veía sonreír.

“¿Qué es lo que se dice?” preguntó Koldo. “Que siempre son los extranjeros, los menos aceptados, los que la gente no espera nada de ellos, los que llegan arriba del todo”.

Kendrick lo comprendía, más de lo que podía decir.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Volusia salió de la sombra a la brillante luz del sol y hacia su balcón privado en el coliseo y, al hacerlo, la multitud enloqueció. Estaba allí de pie y alzó los brazos, girándose hacia todos lados mientras asimilaba todos los vítores y la adulación de los miles de admiradores que la adoraban, todos ciudadanos de su capital. El estadio rugía y temblaba ante su presencia y ella sabía que la amaban. Ella, la heroína conquistadora. Ellos amaban su fuerza; amaban su poder. Ella, de la que nadie había esperado nunca nada. Finalmente, habían aprendido lo que ella había sabido desde siempre: que era una diosa. Que era invencible.

Las estatuas de ella ya se habían extendido por la ciudad, se habían establecido los rituales matutinos de oración a su imagen y la gente se inclinaba ante ella allí donde iba. Sin embargo, esto no era suficiente para ella. Ella quería más.

Volusia sabía que si su pueblo no la quisiera de verdad, cuando vieran su cara no gritarían de alegría como lo hacían, no la colmarían de cariño como lo hacían. No era solo por miedo, sino por admiración. Ella lo notaba. Había conquistado la ciudad que no podía conquistarse, había tomado el trono que no podía tomarse. Les había demostrado a todos que estaban equivocados y por ello la amaban. Sabían que con ella todo era posible.

Volusia extendió los brazos y, al hacerlo, sonaron las trompetas. Lentamente, la multitud se quedó en silencio. Todos la miraban a ella, tan silenciosos y respetuosos, que se podía escuchar si caía un alfiler.

“¡Ciudadanos del Imperio!” exclamó, con una voz que resonaba y retumbaba contra las paredes. “¡Gente de mi capital! Ya no estáis oprimidos. ¡Ahora sois libres! Libres de no servir a muchos, ni a comandantes, ni a soldados, tan solo a la Diosa Volusia”.

La multitud vitoreaba, dando golpes con los pies en todas las filas

durante tanto rato que Volusia estaba segura de que nunca terminaría.

Finalmente, levantó sus brazos de nuevo y se quedaron en silencio.

“Como regalo de mí hacia vosotros”, dijo gritando, “como mi regalo por liberar vuestra gran ciudad, os presento lo que ningún líder antes que yo os ha dado nunca: ¡cien días de juegos! ¡Qué comience el deporte sangriento!”

Sonaron las trompetas mientras la multitud gritaba encantada, el estadio entero temblaba en un frenesí. Volusia retrocedió de la luz, de vuelta a la sombra y se sentó en su trono de oro en el borde de su balcón, flanqueada por sus consejeros y observándolo todo.

Abajo, a lo lejos, las grandes puertas de hierro del circo se abrieron, con un gemido tan fuerte que ahogó incluso el canto de la multitud y, al hacerlo, sacaron a los gladiadores del primer día, encadenados los unos a los otros. La multitud enloqueció cuando docenas de gladiadores aparecieron caminando a trompicones en el centro del circo, mirando en todas direcciones, presos por el pánico.

Se escuchó un cuerno, se abrió otra puerta y salieron docenas de soldados del Imperio, montados en zertas, con su negra armadura brillando bajo los soles y empuñando afiladas lanzas.

Fueron directos hacia el grupo y la multitud los alentaba mientras arrojaban las primeras lanzas al aire.

Pronto el aire estuvo lleno de docenas de lanzas, todas dirigidas a los atemorizados gladiadores, que caían como la lluvia desde todas direcciones.

Los gladiadores intentaban darse la vuelta y correr, chocando los unos con los otros, pero no había ningún sitio al que pudieran ir.

Pronto, todos ellos estaban atravesados por una lanza. Algunos intentaron esquivarlas, mientras otros se tiraron al suelo, pero a estos los atravesaron por la espalda. Otros levantaban sus escudos baladíes, pero las lanzas estaban tan afiladas que los atravesaban. La

muerte estaba por todas partes y los encontró.

Mientras la multitud vitoreaba, los jinetes daban vueltas en círculo, se agacharon y agarraron las cadenas que unían a los gladiadores, entonces los arrastraron por el suelo, exhibiendo sus trofeos por el circo. La multitud se puso en pie y se hizo un clamor a su paso.

Se escuchó un cuerno, se abrió otra puerta y otro grupo de gladiadores fueron llevados hacia el circo.

Volusia se fijaba en toda la crueldad que se mostraba y le levantaba el ánimo. De hecho, este circo particularmente violento era una de las razones por las que había querido tomar la capital desde un principio. Observar cómo la gente moría de maneras inusuales era una de sus aficiones favoritas.

“Diosa”, dijo una voz.

Volusia, enojada al ser interrumpida, se giró y vio a Rory, el nuevo comandante de sus fuerzas, mirándola con preocupación. Le había otorgado el título tras matar a los tres anteriores comandantes por antojo. Sentía que siempre iba bien tener a sus hombres a sus pies.

“Diosa, perdone que la interrumpa”, dijo, con preocupación en su voz.

“No te disculpo”, le dijo con frialdad. “No disculpo las interrupciones”.

Él tragó saliva.

“Diosa, le suplico que me disculpe. Pero es urgente”.

Ella lo miró fijamente.

“Nada es urgente en mi mundo. Soy una Diosa”.

Él no tenía claro si debía continuar.

“Traigo noticias, Diosa”, dijo. “El millón de hombres de Rómulo, recién llegados del Anillo, se están acercando a nuestras orillas en una amplia flota. Se acercan por la Bahía del Oeste, incluso ahora, mientras hablamos y no tenemos una defensa planeada contra ellos. Mañana, nuestra capital estará invadida”.

Ella lo miró fijamente.

“¿Y qué es lo urgente?” preguntó ella.

Él parpadeó, sin palabras.

“Diosa”, continuó, con inseguridad, “solo existen dos maneras de huir de la capital –por el oeste o por el este. Con los Caballeros de los Siete y sus millones de hombres avanzando por el este, solo podemos escapar por el oeste, y ahora aquella salida está atrapada por el millón de hombres de Rómulo. Estamos rodeados, no tenemos por donde huir”.

Volusia lo miró fijamente, escuchando el rugido de la multitud y enojada por ser distraída, por tener que apartar la vista de quien fuera que estuvieran matando en aquel momento.

“¿Y quién dijo nada de huir?” preguntó ella.

Él la miró boquiabierto.

“Yo nunca me retiro, Comandante”, dijo ella.

“¡Pero debemos hacer algo!” dijo él insistentemente.

Ella hizo una amplia sonrisa. Finalmente, se levantó y salió andando del balcón, sin ganas de querer oír hablar más sobre aquello.

“Sígueme”, dijo.

Volusia se acercó a la orilla de la Bahía del Oeste, flanqueada por su enorme séquito de consejeros, generales y comandantes, caminando rápidamente delante de ellos, andando sobre la playa de piedras pequeñas, en dirección a la orilla. El agua golpeaba con suavidad y en la distancia, en contraste con la nublada tarde y los rayos brillantes de la puesta de sol, vio el mar de barcos de Rómulo, recién llegados del anillo, incluso aunque su querido Rómulo estuviera muerto, todos llegando juntos por una causa común, claramente por orden de los Caballeros de los Siete. Todavía creían que los Siete tenían el control; todavía no se daban cuenta de que el Imperio ahora era suyo.

Era un honor para Volusia que todos aquellos hombres se movilizaran desde la otra punta del mundo, que dejaran su querido Anillo por ella. Y sentía lástima por ellos. No tenían ni idea de que se enfrentaban a una Diosa. De que ella era intocable.

“¿Veis, Diosa?” continuó Rory, con el pánico en su voz cada vez más fuerte. “¡Debemos movilizar a nuestros hombres pronto! ¡Estamos perdiendo un tiempo muy valioso!”

Ignorándolo, Volusia marchó por delante de sus hombres, directa a la orilla del agua. Estaba allí, con la barbilla en alto y sintiendo los fuertes vientos en la cara, que recibía con agrado.

Refrescaban la temperatura del desierto, el insoportable calor matutino de la capital.

Volusia escuchó el lejano ruido de tambores de los barcos de guerra, golpeteando sin cesar en la distancia, como para asustarla y observaba cómo todos los barcos empezaban a entrar en la bahía.

Como si aquellos estúpidos realmente pensaran que podían asustarla.

Allí estaba Volusia, una mujer contra un ejército, y observaba cómo se acercaban, todavía más, llenando la enorme bahía, bloqueando su salida por el oeste, justo como ella quería.

“¡Diosa!” repitió Rory perplejo. “¡Debemos retirarnos!”

Volusia alzó la vista y vio las antorchas en todos los barcos, todas las flechas encendidas, todas las lanzas, todos los hombres a la espera solo de tenerlos a su alcance. Sabía que, en tan solo unos minutos, llovería un infierno sobre ella y todos sus hombres, una ola de muerte y destrucción.

Sin embargo, ella tenía otros planes, todavía no estaba preparada para morir. Y menos a manos de aquellos hombres, lo que quedaba de Rómulo, su predecesor, un comandante mediocre y un estúpido.

Volusia se giró e hizo una señal con la cabeza a Volk, que estaba a su lado. Él asintió con la cabeza y varios de sus pequeños hombres verdes fueron corriendo hacia delante, emitiendo unos chillidos

repugnantes incluso para ella. Lentamente levantaron sus manos y las sostuvieron enfrente de ellos, sus dedos dibujaban un triángulo mientras apuntaban hacia el mar. Poco a poco, un brillo verde salió de sus manos; cubrió las aguas como una baba, que se extendía más y más, hasta deslizarse bajo los barcos de Rómulo. Entonces los Volks movieron sus manos lentamente hacia arriba, levantándolas más y más.

Cuando lo hicieron, convocaron a criaturas de las profundidades, que se elevaron más y más alto, desde el negro mar. Lentamente, toda el agua se llenó de cangrejos verdes brillantes, que hacían un horrible sonido de traqueteo mientras se dispersaban y se colgaban de los cascos de todos los barcos.

Trepaban por los cascos, cubriéndolos como hormigas, y mientras lo hacían se oía un ruido de madera que chirriaba y se astillaba. Estaban devorando los barcos, como pirañas, y las astillas empezaron a volar por todas partes.

Volusia miraba con satisfacción como, uno tras otro, los barcos empezaban a inclinarse hacia un lado, después a balancearse y, finalmente, a hundirse. Se desmoronaron en el agua, sus cascos eran devorados desde abajo.

Los hombres chillaban, emitiendo un horrible sonido, mientras caían miles sobre miles, agitando brazos y piernas en el aire y cayendo al mar. Al hacerlo, se encontraron con miles de cangrejos que los estaban aguardando. Los chillidos se volvieron todavía más horrorosos cuando pronto las aguas se volvieron rojas por la sangre del millón de hombres de Rómulo.

Volusia estaba allí, sonriente, contemplándolo todo con satisfacción.

Se giró y miró las caras atónitas de sus comandantes.

“Ahora”, dijo, “regresaré a mis juegos”.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Godfrey salió corriendo con Merek, Ario, Akorth y Fulton a su lado, de las sombras del patio de la ciudad, huyendo del ejército del Imperio que entraba a raudales por las puertas, decidido a salvar a Silis. Cuando llegaron a un callejón y se disponía a esquivarlos, se giró y miró. Estaba a la vez encantado y asustado de ver a la multitud de soldados del Imperio que entraban corriendo por las puertas, matando a los soldados volusianos a diestro y siniestro. Por un lado, todo era gracias a él y a sus hombres y era exactamente lo que quería: por otro lado, la tormenta que había desatado parecía que iba a matar a todo lo que se interpusiera en su camino –él incluido.

Todavía no podía comprender por qué el Imperio estaba matando al Imperio y, al mirar más de cerca su armadura, se dio cuenta de que era un tipo de armadura diferente, toda negra y sus cascos tenían narices puntiagudas. Alzó la vista para ver las banderas que ondeaban y vio que llevaban una insignia diferente. Luchaba por leerla.

“¿Qué ejército es este?” preguntó Merek, queriendo saber lo mismo que él.

“¿Por qué el Imperio mata al Imperio?” preguntó Ario.

Godfrey entrecerró los ojos para poder descifrar las letras de la bandera, escritas en un antiguo idioma del Imperio; a él se lo habían enseñado de niño, pero se había saltado muchas clases para escaparse a las tabernas. Ahora deseaba haber estudiado más.

Godfrey intentaba descifrarlo aún aturdido por la bebida, su corazón palpitaba, todavía estaba empapado en sudor por su alocada proeza de abrir la puerta y dejar entrar a aquella gente. Se estaban acercando más, pero él moría por saber quiénes eran antes de desaparecer.

Finalmente, pudo descifrar la insignia, las palabras: *Los Caballeros de los Siete*.

Todo le vino como una ráfaga, todas sus clases de historia.

“Representan los cuatro cuernos y los dos pinchos”, dijo Godfrey. “Vienen del otro lado del Imperio. No atacarían Volusia a no ser que les hayan traicionado de alguna manera”. Por fin lo entendía. “Es una venganza personal”, añadió. “Van a matar a todo el mundo aquí, incluidos nosotros”.

Godfrey observaba cómo más hombres –una corriente interminable - inundaban la ciudad, matando a los abrumados volusianos a diestro y siniestro, tirándoles hachas a la espalda mientras corrían, pisoteándolos con sus caballos, un gran ejército de muerte y destrucción apoderándose de la ciudad como hormigas. Observó cómo el ejército se acercaba a un grupo de esclavos y tuvo la esperanza de que los liberaran. Pero se quedó atónito y escandalizado al ver que el ejército del Imperio también mataba a los indefensos esclavos, que estaban encadenados los unos a los otros en su camino.

Godfrey pensó que, quizás, no debería haberlos dejado entrar jamás. Quizás aún eran peor que los volusianos.

“No han venido a liberarnos”, dijo Akorth. “¡Sino a matar a todo aquello que se ponga delante de ellos!”

Godfrey, que pensaba lo mismo, observaba cómo derrocaban una inmensa estatua de Volusia: la estatua de quince metros, hecha de mármol, cayó lentamente y fue a parar encima de docenas de soldados volusianos, aplastándolos y rompiéndose a trozos con una enorme explosión, mientras los pedazos se desparramaban en todas direcciones. Otra división de soldados fue corriendo hacia delante y le prendió fuego a todo lo que encontraba.

“¡Allí!” exclamó Akorth.

Godfrey se giró y vio que estaba señalando hacia el puerto que estaba al otro lado del patio; allí había una hilera de barcos vacíos.

“¡Podemos llegar hasta el puerto!” añadió. “Todavía podemos escabullirnos aprovechando la confusión, antes de que alguien

descubra que estamos aquí. ¡Esta es nuestra oportunidad!”

Todos miraron a Godfrey y Godfrey sabía que tenían razón. Estaban en un cruce de caminos: a su izquierda, los callejones, y la oportunidad de salvar a Silis. A su derecha, por fin, la libertad.

No mucho tiempo atrás, Godfrey hubiera saltado ante la oportunidad de escapar, hubiera corrido a pesar de la borrachera, hubiera subido al barco y se hubiera largado, navegando hacia donde las mareas lo llevaran.

Pero ahora, Godfrey estaba cambiando; algo se estaba revolviendo en su interior. Algo que estaba dentro de él y que odiaba, pero que no podía controlar. Alguna condenada cosa que se parecía mucho a la caballerosidad. Como el honor.

“Silis”, dijo Godfrey. “Nos salvó cuando no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Se portó bien con nosotros”, dijo, dirigiéndose a los demás y dándose cuenta de que hablaba desde el corazón.

“Prometimos ayudarla y no podemos abandonarla ahora. Morirá”.

“La hemos ayudado”, replicó Akorth. “La hemos ayudado a destruir la ciudad, ya tiene lo que deseaba”.

Godfrey negó con la cabeza.

“No deseaba la muerte”, dijo. “Ella no esperaba esto. Van a matarla, van a matar a todo el que se ponga en su camino”. Godfrey suspiró, odiaba lo que iba a decir, pero sentía que no tenía elección. “No podemos darle la espalda ahora”.

Todos lo miraban con la boca abierta, incrédulos.

“Allí está la libertad”, dijo Akorth señalando, frenético. “¿No lo comprendes?”

“Me decepcionas”, dijo Fulton. “Tú, Godfrey, de entre todas las personas, ¿estás infectado por esa cualidad llamada honor?”

Godfrey lo miró firmemente, resignado.

“No me iré de esta ciudad”, dijo, “sin haberla salvado. Si deseas irte, lo comprendo. No te detendré y no te culparé”.

Los otros intercambiaron una mirada y entonces, finalmente,

Akorth negó con la cabeza.

“Somos muy estúpidos si te dejamos morir aquí”, dijo Akorth.

“Si sobrevivimos a esto”, añadió Fulton, “Me debes el mejor maldito trago de mi vida”.

Godfrey hizo una amplia sonrisa, mientras los demás le agarraban el hombro, se daban la vuelta y corrían, escondiéndose en los callejones antes de que el ejército los pudiera atrapar.

Corrían a toda velocidad por los callejones, torciendo y girando por ellos, tomando atajos, agarrándose a los muros y escondiéndose en las sombras hasta que, por fin, llegaron al palacio de Silis al otro lado de la ciudad, todavía seguro. El ejército del Imperio todavía no había llegado allí, aunque Godfrey escuchaba sus gritos no muy lejos por detrás y sabía que pronto los alcanzarían.

Godfrey atravesó corriendo la amplia y arqueada apertura hacia su palacio, subió corriendo las escaleras de tres en tres, pasando corriendo por delante de los guardas y sin detenerse cuando estos les gritaron. Subió corriendo piso tras piso hasta que, por fin, respirando con dificultad, alcanzó el piso dónde estaba ella y fue a toda velocidad hacia el pasillo de su habitación, con los guardias siguiéndole de cerca.

Abrió la puerta de golpe, haciendo añicos la madera y la encontró allí tumbada, relajada en un diván. Se incorporó de un salto, sorprendida, mientras todos ellos entraban de golpe y, al mismo tiempo, los guardas aparecían corriendo por detrás y agarraban a Godfrey.

“¿Qué significa eso?” pidió ella.

Varios más de sus guardas entraron en masa a la habitación, rodeando a Godfrey y a sus hombres.

“¡Volusia está invadida!” exclamó Godfrey, intentando recuperar la respiración. “¡Venga con nosotros! ¡Rápido! ¡Todavía tenemos la oportunidad de escapar!”

Silis, con los ojos totalmente abiertos por la sorpresa, se dio la

vuelta y fue corriendo hacia las puertas de su balcón y las abrió de golpe. Al hacerlo, una ola de ruido entró en la habitación, eran los gritos calamitosos de los hombres matando y saqueando.

Se echó hacia atrás desde el balcón, horrorizada mientras echaba un vistazo y Godfrey supo que debía estar presenciando la devastación de su ciudad.

“Soltadle”, ordenó a sus hombres y Godfrey sintió alivio al ver que le sacaban las manos de encima.

Se dio la vuelta y miró a Godfrey con atención, mirándole fijamente a los ojos y su cara se llenó de gratitud y sorpresa.

“Volvisteis a por mí”, dijo al darse cuenta de ello. “Arriesgasteis vuestras vidas por mí. ¿Por qué?”

“Porque prometimos que así lo haríamos”, respondió Godfrey sinceramente.

Ella le puso una delicada mano encima de la muñeca.

“Nunca lo olvidaré”, dijo ella.

“¡Vayámonos ahora!” exclamó Merek. “¡Todavía tenemos la oportunidad de llegar a los barcos!”

Ella negó con la cabeza.

“Nunca llegaríamos hasta ellos”, dijo ella. “Nunca conseguiríamos salir del puerto”.

Godfrey, de repente, se dio cuenta de que tenía razón y entendió que al venir aquí, al actuar desinteresadamente, en realidad había salvado su propia vida.

Los miró y habló con franqueza.

“Tengo el sitio perfecto, construido para momentos como este”, dijo ella. “Una habitación secreta, escondida muy por debajo de este palacio. Vendréis conmigo”.

“¡Mi señora!” protestó uno de sus hombres. “¡No hay espacio para todos ellos!”

Ella lo miró con frialdad.

“Volvieron a por mí”, dijo. “Les haré un lugar”.

Ella se dio la vuelta y atravesó corriendo la habitación y todos la siguieron cuando abrió una puerta secreta que había en la pared y entraron a una escalera de caracol escondida. Godfrey la siguió, junto con los demás, y la pared de piedra se cerró a la perfección tras ellos, escondiéndolos en la oscuridad. Silis agarró una antorcha de la pared y los guió hacia abajo, tramo tras tramo de la escalera, adentrándose más y más en la oscuridad. Mientras avanzaban, Godfrey podía oír el ruido del ejército que se estaba acercando, rodeando el palacio.

Cuando finalmente se detuvieron, Godfrey estaba confundido, ya que las escaleras parecían terminar en una pared de piedra. Pero Silis hizo una señal con la cabeza a sus hombres, que tiraron de una palanca y la pared de piedra se abrió, dejando al descubierto una puerta escondida, de más de dos metros de grosor. Empujaron con todas sus fuerzas para abrirla, mientras Godfrey y los demás observaban sorprendidos.

Silis se giró hacia ellos y sonrió.

“La lealtad”, dijo, “tiene sus recompensas”.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Erec estaba en la popa del barco, observando como el primer sol de la mañana aparecía en el horizonte, emocionado por volver a estar en marcha. Finalmente, estaban de vuelta en el río después de la larga noche de celebraciones, llevaba a su flota río arriba, hacia Volusia. Alistair estaba a su lado y Erec alargó el brazo y le agarró la mano. Ella lo miró y sonrió y él se sintió feliz al pensar en su hija. Era el mayor honor que podía imaginar y le hacía sentir que tenía un nuevo propósito en esta vida.

Erec echó un vistazo por encima del hombro y vio cómo todos los aldeanos iban desapareciendo en el horizonte, todavía estaban formando una hilera en la orilla y los saludaban como muestra de agradecimiento y para despedirse de ellos. El corazón se le partía la verlos desaparecer, recordando lo atentas y amables que aquellas personas habían sido con él y sus hombres y lo agradecidos que se habían mostrado por liberarlos. Lo saludaban con cariño aún sabiendo que se dirigía hacia Volusia en lugar de desviarse río arriba en la otra dirección para salvar a la aldea vecina y ayudarlos a liberarse de una vez por todas. Su gratitud incondicional hacía que se sintiera incluso peor.

Erec observó con atención el horizonte y río abajo en la distancia, empezó a ver la débil silueta de la flota del Imperio, miles de barcos, todavía a un día de viaje por detrás de ellos, pero acercándose con rapidez mientras los perseguían río arriba. Aparentemente, se habían abierto camino a través del asedio y ahora que su miedo de viajar de noche por el río había pasado, habían partido con la primera luz del amanecer. Erec sabía que no podía evitarlos para siempre: una batalla épica amenazaba en el horizonte.

Erec comprobó sus velas, encantado al ver que estaban a todo balasto, su barco se movía rápidamente mientras tomaban las mareas río arriba. Él miró hacia delante y, al hacerlo, vio que,

rápidamente se acercaba amenazadora una enorme bifurcación en el río. Él sabía que a la derecha el río serpenteaba camino a Volusia; a la izquierda, tal y como le habían dicho los aldeanos, el camino se torcía hacia la aldea de su hermana, hacia el fuerte del Imperio, el lugar donde le habían rogado que fuera. Erec sabía que si giraba a la derecha y pasaba de largo el fuerte, los aldeanos que allí había seguramente morirían; pero si giraba a la izquierda, pondría en riesgo la vida de sus hombres, le daría al Imperio la oportunidad de alcanzarlos y retrasaría su entrada a Volusia, si es que conseguían hacerlo. Estaría poniendo en peligro a sus hombres por una batalla que no era suya y en un río lleno de monstruos. De hecho, incluso desde allí, cuando Erec miraba hacia la izquierda, vio que las aguas que había en aquella dirección estaban llenas de serpientes arremolinadas, incluso a plena luz del día.

“¿Qué decidirás, hermano mío?” dijo una voz.

Erec se dio la vuelta y vio a Strom a su lado, con las manos en las caderas, observando la bifurcación, con la preocupación dibujada en su rostro.

“Sé lo que estás pensando, hermano mío”, continuó Strom. “Aunque estamos separados desde nuestra infancia, todavía te conozco mejor que tú mismo. Estás pensando en ir a salvar a aquellos aldeanos. Cueste lo que cueste. A toda costa. Sé que lo estás pensando porque *este eres tú*”.

Erec lo miró y se dio cuenta de que estaba en lo cierto.

“¿Y tú, hermano mío?” preguntó. “¿Podrías hacer alguna otra cosa?”

Después de un largo y sombrío silencio, Strom negó con la cabeza.

“Tú y yo”, respondió él, “somos iguales. Nos lleva el honor. Al precio que sea. No es solo lo que hacemos, es *cómo vivimos*”.

Erec estudió las aguas, con la bifurcación amenazante y supo que tenía razón.

“Aunque yo soy mejor guerrero, por supuesto”, añadió Strom con una sonrisa.

“No sería una decisión sabia, mi señor”.

Erec se dio la vuelta y vio a unos de sus comandantes de confianza, que se acercaba a su lado. Sabía que tenía razón.

“La sensatez es importante”, respondió Erec. “Pero algunas veces debe dejar paso al honor.

La vida es sagrada, pero el honor es más sagrado que la vida”.

“Muchos hombres morirán”, añadió el comandante.

Erec asintió con la cabeza.

“Todos nosotros moriremos”, respondió Erec. “En un momento u otro. Lo que todavía no lográis entender es que yo no le temo a una misión peligrosa cuando el honor está en juego. Más bien, la recibo con los ojos abiertos, con alegría, desde el fondo de mi corazón. El reto, las infranqueables dificultades de este río, esto es por lo que vivimos”.

Erec miró delante de él, examinando el río en el silencio matutino, el único sonido era el del agua al chocar contra el casco, las mareas volviéndose más duras mientras se acercaban a la bifurcación. Erec echó un vistazo atrás y vio la flota del Imperio, mucho más cerca ya. Y supo lo que debía hacer.

“¡A toda vela hacia delante!” exclamó, dando un paso hacia delante, girando el timón y dirigiendo el barco hacia la izquierda, hacia la aldea, lejos de Volusia.

Erec echó un vistazo y vio la cara de aprobación de Alistair, vio que Strom le estaba sonriendo, con la mano ya en la empuñadura de su espada y miró de nuevo a la amenazadora bifurcación. Mientras su barco giraba hacia aguas desconocidas, él supo, simplemente supo, que allí es donde debía estar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El pequeño grupo de soldados del Imperio avanzaba a través del Gran Desierto, galopando a toda velocidad sobre sus zertas, más rápidos que cualquier caballo y levantando una nube de polvo a su paso. A su cabeza iba su comandante, el cruel y despiadado veterano del Imperio que, con gran placer, había torturado a Boku antes de su último suspiro y había descubierto dónde habían partido Gwendolyn y su grupo en dirección al Gran Desierto.

Ahora el comandante dirigía a un pequeño grupo de rastreadores del Imperio que se adentraban más y más en el Desierto, siguiendo el rastro de la gente de Gwendolyn que partía de la aldea del Imperio, siguiéndole la pista tal y como habían estado haciendo durante días, decidido a descubrir hacia dónde fue. La orden provenía de la misma Volusia y el comandante sabía que, si no salía airoso de esto, significaría su muerte. Tenía que encontrarla, a toda costa, muerta o viva. Si conseguía llevársela a Volusia como trofeo, esto significaría su promoción, su ascenso a comandante de uno de sus ejércitos. Daría lo que fuera por ello.

El comandante levantó su látigo y azotó a su zerta de nuevo en la cara, haciéndolo gritar y sin importarle. Había llevado a sus hombres de forma despiadada también, sin dejarlos dormir, o incluso detenerse, durante un día entero. Corrían a través del desierto, siguiendo el rastro que el comandante no estaba dispuesto a dejar que se enfriara. Al fin y al cabo, puede que no solo estuviera Gwen al final del mismo; incluso podía estar la legendaria Cresta, la que había esquivado a los comandantes del Imperio durante siglos. Si el rastro de Gwendolyn llevaba hasta ella –si es que existía- él regresaría como el mayor héroe de los tiempos modernos. Puede que Volusia incluso lo hiciera Comandante Supremo.

El comandante observaba el duro suelo del desierto al pasar, usando sus agudos ojos para buscar cualquier variación, cualquier

movimiento. Ya había visto donde, kilómetros atrás, muchos de los hombres de Gwendolyn habían caído muertos. Un buen rastreador sabía que un rastro no era estático, sino algo vivo, siempre sujeto al cambio y que siempre contaba una historia, si uno quería mirarlo.

El comandante redujo la velocidad de su zerta al percibir otro cambio en el rastro. Se estrechaba radicalmente allí delante, indicando menos gente, y sumergidos en la arena, también vio restos de cadáveres. Más adelante, vio huesos esparcidos e hizo que su zerta se detuviera.

Todos sus hombres se detuvieron de golpe a su lado.

El comandante bajó del zerta, fue andando hacia donde estaban los huesos, que hacía tiempo que estaban secos, y se arrodilló a su lado. Pasó la mano por encima de ellos y, al hacerlo, recurrió a su experiencia para buscar señales. El Imperio –y la misma Volusia- lo habían elegido para este propósito. Aparte de ser un torturador experto, era conocido como el mejor rastreador del ejército del Imperio, capaz de encontrar a quien fuera, donde fuera, sin fallar.

Mientras estaba en silencio, analizándolos, sus hombres se acercaron y se arrodillaron a su lado.

“Están secos”, dijeron sus hombres. “Esta gente murió hace lunas”.

Sin embargo, el comandante los examinó y negó con la cabeza.

Finalmente, respondió: “No, no hace semanas. No os engañéis. Los huesos están limpios, pero no debido al tiempo. Los insectos los han limpiado al comérselos. En realidad, son bastante recientes”.

El comandante cogió uno, como muestra, intentó romperlo en su mano, pero no se rompía.

“No es tan frágil como parece”, contestó.

“¿Pero qué los mató?” preguntó uno de sus hombres.

Él examinó la arena que había alrededor de los huesos y pasó la mano por ella.

“Aquí hubo una riña”, dijo al fin. “Una lucha entre hombres”.

Sus hombres examinaron el suelo del desierto.

“Parece que los mataron a todos”, observó uno.

Pero el comandante no estaba convencido: echó un vistazo al desierto, examinó el suelo y vio un atisbo del rastro, por débil que fuera.

Negó con la cabeza y se mantuvo firme.

“No”, respondió con decisión. “Algunos sobrevivieron. El grupo se ha separado. Ahora son débiles. Están heridos, y son míos”.

De un salto subió al zerta, le azotó en la cara y salió galopando, siguiendo el rastro, con los ojos fijos en él, decidido a cazarlos estuvieran donde estuvieran y matar a cualquiera del grupo que hubiera sobrevivido.

El comandante avanzaba bajo el cielo de la tarde, mientras los dos soles colgaban bajos como grandes bolas en el horizonte, adentrándose todavía más en el Gran Desierto. Su zerta respiraba con dificultad y sus soldados jadeaban tras él, todos ellos estaban a punto de desmayarse.

Al comandante no le importaba. Por él podían caer todos muertos allí en el desierto. Él solo quería una cosa y no pararía hasta que la tuviera: encontrar a Gwendolyn.

El comandante fantaseaba mientras cabalgaba; se imaginaba a sí mismo encontrando a Gwendolyn viva, torturándola durante días sin fin, atándola después a su zerta y trayéndola de vuelta por el mismo camino. Sería divertido ver cuánto tiempo pasaría hasta que esto la matara. No, pensó, no podía hacer eso. Perdería su premio. Quizás solo la torturaría un poco.

O quizás, solo quizás, su rastro lo llevaría hacia la legendaria Cresta, el santo grial de las cruzadas del Imperio. Si la encontraba, volvería discretamente para informar de ello al Imperio y dirigiría personalmente un ejército hasta aquí para volver a destruirla. Hizo una amplia sonrisa, sería famoso durante generaciones.

Ellos avanzaban más y más, le dolía cada hueso de su cuerpo, su garganta estaba tan seca que apenas podía respirar, pero no le importaba. Los soles empezaban a esconderse en el horizonte y sabía que pronto caería la noche. Tampoco iba a reducir la velocidad por eso, sino que cabalgarían toda la noche si fuera necesario. Nada lo detendría.

Finalmente, más adelante, el comandante divisó algo en la distancia, algo que rompía la monotonía de ese paisaje llano. Se acercó más a ello y, al hacerlo, vio lo que era: un árbol. Un enorme árbol retorcido, solo en medio de la nada.

Siguió el rastro hasta donde terminaba, justo bajo el árbol. Era lógico que terminara allí: buscarían sombra, refugio. Él mismo podía utilizarlo.

Se detuvo bajo el árbol y todos sus hombres le siguieron, todos ellos respiraban con dificultad mientras bajaban de los zertas, más que agotados. Él también lo estaba, pero no le prestaba atención. Al contrario, estaba demasiado concentrado en el rastro. Bajó la vista y lo examinó, atónito. El rastro parecía esfumarse en el aire. No continuaba en ninguna dirección, una vez lo alcanzabas.

“Morirían bajo el árbol”, dijo uno de sus hombres.

El comandante frunció el ceño, enojado por su estupidez.

“Entonces ¿dónde están los huesos?” preguntó.

“Deben habérselos comido”, añadió otro. “Con huesos y todo. ¡Mirad allí!”

Se escuchó un ruido parecido a un susurro y el comandante siguió la mirada preocupada de sus hombres mientras señalaban a las ramas de los árboles, hacia muy arriba, donde se escondían montones de las Criaturas que se Aferran a los Árboles. Las bestias los miraban atentamente, como si estuvieran pensando si saltaban sobre ellos.

Sus hombres salieron corriendo de debajo del árbol, pero el comandante se quedó allí, sin miedo. Si lo mataban, que así fuera, no

le preocupaba. Estaba más preocupado por si perdía el rastro, que de si informaban a Volusia de que había fracasado.

“Vayámonos”, dijo uno de sus hombres, poniéndole la mano sobre el hombro. “La noche está cayendo. Lo siento. Nuestra búsqueda ha terminado. Debemos volver ahora. Aquí murieron y esto es lo que debemos contar a Volusia”.

“¿Sin llevar ninguna prueba?” preguntó el comandante. “¿Eres tan estúpido como pareces?”

¿Sabes que nos mataría?”

El comandante ignoró a sus hombres y, en cambio, se quedó allí y echó un vistazo, mirando hacia el desierto, con las manos en las caderas. Escuchó durante un buen rato el sonido del viento que soplaba, del susurro de las ramas, escuchaba todas las señales, hasta las pistas más sutiles.

Cerró los ojos y olió el aire polvoriento, usando todos sus sentidos.

Cuando abrió los ojos, bajó la vista y examinó el suelo, su olfato le decía algo y, esta vez, divisó una pequeña mancha roja.

Se arrodilló al lado y probó la tierra.

“Sangre”, informó. “Sangre fresca”. Alzó la vista y examinó el horizonte, sintiendo cómo una nueva certeza crecía en su interior. “Alguien murió aquí recientemente”.

Sonrió mientras se ponía de pie y empezaba a entender.

“Ingenioso”, dijo.

“¿El qué, Comandante?” preguntó uno de sus hombres.

“Alguien intentó tapanlo”, dijo. Se dio cuenta de que verdaderamente era ingenioso y hubiera engañado a cualquier otro rastreador, pero no a él.

“Gwendolyn está viva”, dijo. “Se fue por ahí y no está sola. Hay gente nueva con ella. Y me jugaría cualquier cosa, cualquier cosa de este mundo, a que nos llevará justo al corazón de la Cresta”.

El comandante se montó en el zerta y salió disparado, sin esperar

a los demás, siguiendo su instinto, que él sabía que le llevaría a un nuevo horizonte y hacia su gloria definitiva.

CAPÍTULO TREINTA

Kendrick despertó cuando un fuerte viento le tocó la cara, con la cabeza sobre el suelo del desierto e inmediatamente supo que algo estaba mal.

Se incorporó rápidamente y miró a su alrededor, en alerta. El guerrero que llevaba dentro siempre le había dicho cuando el peligro acechaba, cuando alguna cosa imperceptible había cambiado en el aire. Vio a Brandt y a Atme, a Koldo y a Ludwig y todos los demás tumbados alrededor del fuego, del que solo quedaban las ascuas, mientras el primero de los dos soles empezaba a salir, iluminando el cielo con un rojo escarlata. Todo estaba en calma y, a primera vista, parecía que todos estaban aquí y que estaban bien. Entrecerró los ojos para mirar hacia el horizonte y no vio ninguna amenaza, ni monstruos de ningún tipo.

Sin embargo, algo en su interior le decía que alguna cosa no iba bien. Kendrick se preguntaba si eran las pesadillas que había tenido, que lo habían acosado toda la noche mientras daba vueltas en el suelo del desierto, matando bichos. Pero sabía que había algo más.

Kendrick se puso de pie lentamente mientras el sol iba saliendo, iluminando el cielo tan solo un poco y, al observar de nuevo el campamento, de repente lo vio: allí, en la distancia, habían rastros que salían del campamento. Huellas.

Kendrick miró de nuevo y miró detalladamente a todos los cuerpos que había alrededor del fuego y, de repente, le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que faltaba uno: Kaden.

Entonces se escuchó un ruido flojo de armadura y Kendrick se giró y vio que sus hombres, lentamente, uno a uno, se levantaban en la mañana del desierto y lo miraban todos asombrados.

Vieron cómo Kendrick miraba con cautela hacia el desierto y también pusieron la mano en la empuñadura de sus espadas, en guardia.

Koldo se acercó a su lado.

“Allí”, dijo Kendrick.

Koldo siguió su mirada, hacia el suelo del desierto y, cuando vio las huellas, sus ojos se abrieron como platos. Inmediatamente se dio la vuelta y examinó el campamento.

“Kaden”, dijo Koldo, con voz de alarma. “Ha desaparecido”.

Todos los demás se pusieron de pie y empezaron a andar hacia las huellas para examinarlas, mientras Ludwig se arrodilló al lado de ella, les pasó el dedo por encima y alzó la vista hacia el horizonte.

“Kaden fue el que hizo la última guardia esta noche pasada”, dijo un soldado joven que estaba allí y parecía preso por el pánico. “Le di la antorcha antes de quedarme dormido. Hizo la guardia del amanecer. Recuerdo que se arriesgó a ir allí él solo.

“¿Por qué?” preguntó Koldo.

El soldado miró hacia arriba, nervioso, inseguro.

“Dijo que quería ir más lejos. Quería demostrar a los demás que no tenía miedo”.

Kendrick miró hacia las huellas y de repente todo tuvo sentido. Aquel buen hombre joven, yendo solo, quería probarse a sí mismo después de que Naten se riera de él delante de los demás.

Esto hacía que Kendrick odiara todavía más a Naten.

Todos se pusieron en marcha, como uno, siguiendo el rastro sin articular palabra y, después de unos veinte pasos, Kendrick bajó la vista y vio que el rastro cambiaba radicalmente. En lugar de una serie de huellas, había docenas de otras huellas. Marcas de criaturas con formas inusuales. Su rastro seguía hacia el horizonte.

Todos lo examinaron con una seria preocupación.

Ludwig se arrodilló para examinar las marcas, frotando la arena entre sus dedos. Entonces alzó la vista y observó cómo el rastro se extendía hacia el plano y despiadado horizonte del desierto, en dirección contraria al Muro de Arena.

“Los Caminadores de Arena”, anunció Ludwig con la expresión

seria. “Se lo han llevado”.

Un espeso silencio cayó sobre ellos cuando fueron conscientes de la situación: Kaden, el hijo menor del Rey, su joya de la corona, había sido secuestrado. El silencio era tan intenso y la tensión tan espesa, que Kendrick podía cortarla con un cuchillo.

“Aquellos rastros se desvían de la Cresta”, dijo Naten adelantándose, frunciendo el ceño y acusando a Kendrick, como si todo aquello fuera culpa suya. “Si vamos tras él, todos moriremos allí”.

Koldo lo miró con la cara enfurruñada.

“Si estás tan preocupado por tu vida, da la vuelta y vete a la Cresta”.

Koldo siguió con la cara enfurruñada hasta que Naten apartó la vista, avergonzado.

“De hecho”, dijo Koldo levantando la voz, “quiero que volváis todos. Lo que no hace falta es que vayamos todos a pie hacia el Desierto. Necesitamos caballos. Y velocidad para alcanzarlos.

Todos vosotros, volved, llevaos a nuestro muerto y regresad a mí con caballos”.

“¿Y tú?” preguntó Naten. “¿Viajarás solo a pie, lejos de la Cresta y contra una tribu de

Caminadores de Arena? Morirás”.

Koldo lo miró fija y firmemente.

“La muerte no es una deshonra”, respondió él. “Solo dar la espalda a nuestros hermanos”.

A Kendrick se le llenó el corazón y, en aquel instante, supo exactamente qué era correcto hacer.

“Yo iré contigo”, dijo Kendrick.

“Y yo”, dijeron Brandt y Atme y todos los miembros de los Plateados.

“Y yo, hermano mío”, dijo Ludwig, poniendo una mano encima del hombro a Koldo. “Al fin y al cabo, también es mi hermano”.

Kendrick vio la mirada de agradecimiento y admiración mutua en los ojos de Koldo.

“Líbrame de volver la espalda al valor ajeno”, respondió Koldo.

Kendrick, resignado, se dirigió a sus hombres.

“Brandt y Atme, podéis venir con nosotros”, dijo Kendrick, “pero el resto de Plateados, regresad con los hombres de la Cresta. Si muriéramos, deben vivir algunos Plateados, para pasar nuestra historia a futuras generaciones. Volved a nosotros con caballos”.

Los otros Plateados asintieron de mala gana y retrocedieron.

Kendrick observaba cómo los hombres de la Cresta, junto con los Plateados que quedaban, se daban la vuelta y empezaban a marcharse caminando rápidamente, en dirección de vuelta a la Cresta.

Se dio la vuelta y se puso de cara a Koldo, Ludwig, Brandt y Atme. Ahora solo quedaban cinco, solos, aquí en el Desierto y a punto de adentrarse en él.

Intercambiaron una mirada de honor, de valentía, de resignación, de respeto mutuo. No hizo falta decir nada más: Kaden estaba allí, por algún lugar y todos ellos, cada uno de ellos, arriesgaría su vida por traerlo de vuelta.

Los cinco, juntos, se dieron la vuelta sin miedo y se dirigieron al Desierto, hacia los soles que estaban saliendo, paso a paso hacia su definitiva búsqueda del honor.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Volusia estaba sentada en el balcón que daba al coliseo, aliviada por estar de vuelta, sin distracción, habiendo matado a los hombres de Rómulo y pudiéndose meter de lleno en los juegos.

Estaba especialmente emocionada por ver esta lucha que, por primera vez, la mantenía al borde del asiento, luchaba aquel al que llamaban "Darius". No se parecía a ningún otro de los gladiadores, era un luchador brillante, que realmente había sobrevivido. Ella admiraba su valentía, pero admiraba más la sed de sangre y estaba deseando ver cómo lo cortaban a trozos.

"Diosa", dijo una voz.

Volusia se dio la vuelta, furiosa, y vio a varios de sus generales allí cerca.

"Tiraré a la arena a la próxima persona que me interrumpa", dijo bruscamente.

Un general, nervioso y aterrorizado intercambió una mirada con otro.

"Pero Diosa, es urgente"

Volusia saltó de su silla y se encaró a uno de sus generales, que estaba allí, con el terror dibujado en su cara. Todos sus otros consejeros se quedaron callados por el miedo mientras observaban.

"Haré un trato contigo", dijo ella. "Si verdaderamente es urgente, dejaré que vivas. Pero si no lo es y has interrumpido mi placentera visión por nada, entonces te mataré aquí y ahora".

Le agarró la muñeca y él se secó el sudor de la frente, claramente en duda. Finalmente, habló:

"Es urgente, Diosa".

Ella sonrió.

"Muy bien, entonces", respondió, "es tu vida lo que pierdes".

Él tragó saliva y después, a toda prisa, dijo:

"Traigo noticias de las calles de Volusia", dijo. "Hay un gran

revuelo entre sus ciudadanos.

Los Volks se han extendido por todas partes, matando y comiéndose a gente inocente. Les arrancan la cabeza con los dientes y les chupan la sangre. Al principio solo eran unos pocos, pero ahora matan a nuestra gente por todas partes. Están torturando y matando a nuestra gente y les han dado rienda suelta en la ciudad. Además”, continuó, “llegan noticias del este: los Caballeros de los Siete están cerca y con ellos traen un ejército más grande que toda la tierra. Dicen que son siete millones de hombres y se están acercando a la capital”.

Volusia lo miró, por su mente corrían un millón de pensamientos, pero mayoritariamente el enojo por haber sido interrumpida de lo que pasaba en el circo. Le soltó la muñeca y él se puso más erguido, claramente aliviado.

“Dijiste la verdad”, dijo ella. “Tu mensaje *era* urgente. Por esto, te estoy agradecida”.

Entonces, en un rápido movimiento, desenfundó su puñal y le cortó el cuello.

Él la miró fijamente, con los ojos totalmente abiertos por la conmoción, mientras se desplomaba en el suelo, muerto, a sus pies.

Ella sonrió.

“Y sobre la parte de perdonarte”, añadió, “cambié de opinión”.

Volusia sintió que su cuerpo hervía con una ráfaga de rabia al pensar en los Volks, allá fuera devorando a todos sus ciudadanos. Les había dado demasiada rienda suelta.

“Ya es suficiente, Diosa”, dijo Aksan, su consejero y asesino de confianza. “Los Volks se han vuelto incontrolables. No se pueden controlar. Al final se volverán en su contra también. Debemos detenerlos, a pesar de los poderes que posean”.

Volusia había pensado lo mismo.

Se levantó de su asiento de mala gana, salió de su aposento y empezó a bajar las escaleras hacia las calles de Volusia.

Ella sabía que los Volks eran la fuente de todo el poder que ella tenía. Los necesitaba. Pero, a la vez, eran una amenaza aún más grande para ella.

Sabía que no le quedaba elección. No podía tener gente a su alrededor a los que no podía controlar –especialmente hechiceros cuyo poder era más grande que el suyo. Quizás sus consejeros estaban totalmente en lo cierto cuando le advirtieron que no hiciera un pacto con los Volks; quizás existía una razón por la que todo el Imperio los había evitado.

Volusia, seguida por su séquito, caminaba por las calles de la capital y, a su paso, alzó la vista y en la distancia vio centenares de ciudadanos tumbados de espaldas y a los verdes Volks encima de ellos inmovilizándolos y chupándoles la sangre del cuello mientras sus cuerpos se retorcían de dolor.

Mirara donde mirara veía Volks atiborrándose, matando a su gente. Y allí, en el centro, bajo su estatua estaba el líder de los Volks, Vokin, devorando varios cuerpos a la vez.

Volusia se le acercó, decidida a poner punto final a ese caos, a expulsarlo a él y a los suyos.

El corazón le latía muy fuerte cuando se preguntaba cómo reaccionaría, temía que no sería para bien.

Sin embargo, le consolaba el hecho de que tenía a todos sus generales tras ella y que no se atreverían a tocarla a ella, una diosa.

Volusia se le acercó y se puso ante él y, al hacerlo, él finalmente dejó de comer y al alzar la vista la vio, todavía gruñendo y con sus afilados colmillos goteando sangre. Lanzó una fría mirada a Volusia, con maldad en los ojos, parecía enojado por haber sido interrumpido.

“¿Y qué es lo que quiere, Diosa?” preguntó él, con voz ronca, casi un gruñido.

Volusia estaba furiosa no solo por sus acciones, sino por su falta de respeto.

“Quiero que os vayáis”, ordenó. “Dejaréis de estar a mi servicio. Os expulso de la capital. Te llevarás a tus hombres y saldréis por la puerta para no volver jamás”.

Vokin lenta y amenazadoramente se puso de pie, todo lo alto que era –que no era mucho- y respirando con dificultad, con voz áspera, le lanzó una mirada asesina a Volusia. Mientras ella lo observaba, sus ojos iban cambiando de color, demoníacos y, por primera vez, sintió miedo de verdad.

“¿En serio?” dijo él con burla.

Dio un paso hacia ella y, de golpe, todos los Volk corrieron a su lado –mientras todos los generales de ella desenfundaban sus espadas nerviosos detrás de ella.

Una espesa tensión colgaba en el aire mientras los dos bandos se encaraban el uno con el otro.

“¿Serías tan desvergonzado de enfrentarte a una diosa?” preguntó Volusia.

Vokin rió.

“¿Una diosa?” repitió. “¿Quién te dijo que lo fueras?”

Ella lo fulminó con la mirada, pero en su interior sentía cada vez más miedo mientras él se acercaba un paso más. Podía oler su horrible olor incluso desde allí.

“Nadie echa a los Volks”, continuó. “Ni tú, ni nadie. Por la deshonra que nos has causado hoy, por la injusticia que has cometido, ¿realmente crees que no habrá un precio que pagar?”

Volusia estaba de pie, orgullosa, sintiendo que salía la diosa que llevaba dentro. Al fin y al cabo, sabía que era invencible.

“Os marcharéis”, dijo ella, “porque mis poderes son más grandes que los vuestros”.

“¿De verdad?” respondió él.

Con una amplia sonrisa y una horrible mirada que recordaría para el resto de su vida, como si estuviera grabada a fuego en su mente, alargó el brazo y le acarició a un lado de la cara con sus largos y

limosos dedos verdes.

“Y sin embargo, me temo”, dijo él, “que no eres tan poderosa como crees”.

Cuando acarició su mejilla, Volusia chilló; de repente sintió que un dolor abrasador le atravesaba las mejillas, corría por toda su cara y por toda su piel. En todos los sitios donde sus dedos habían tocado, sentía como si se le derritiera la piel, quemándole desde los pómulos.

Volusia cayó sobre sus rodillas gritando, sintiendo más dolor del que podía imaginar y sorprendida como estaba ella, una diosa, de poder sentir un dolor así.

Vokin se reía mientras le pasaba un pequeño espejo de oro para que se mirara en él.

Cuando Volusia vio su reflejo, su dolor empeoró: se veía a sí misma y quería vomitar.

Mientras la mitad de su cara continuaba hermosa, la otra mitad se había derretido y deformado. Su aspecto era la cosa más espantosa que jamás había visto y le entraban ganas de morir al verse a ella misma.

Vokin rió, haciendo un horrible ruido.

“Mírate durante un buen rato, Diosa”, dijo él. “Una vez fuiste famosa por tu belleza, ahora lo serás por ser monstruosa. Como nosotros. Es nuestro regalo de despedida para ti. Después de todo, ¿no sabes que los Volks no pueden marchar sin obsequiarte con un regalo antes de partir?”

No paraba de reír cuando se dio la vuelta para marcharse por las puertas de la ciudad, seguido de su ejército de hechiceros, la fuente de poder de Volusia. Y Volusia no podía hacer otra cosa que no fuera arrodillarse allí, agarrándose la cara y gritando a los cielos con la voz rota de una diosa.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Gwendolyn subió por las escaleras en espiral de piedra en la esquina del otro extremo del castillo del Rey, su corazón palpitando ante la expectación, mientras se dirigía a la habitación de Argon. El Rey había cedido a Argon gentilmente la habitación grande de arriba del todo de la torre en espiral para que se recuperara y también había prometido a Gwendolyn que le daría los mejores curanderos. Desde entonces, Gwendolyn había estado nerviosa por verlo; al fin y al cabo, la última vez que lo había visto, todavía estaba comatoso y ella se mostraba escéptica sobre que volviera a levantarse.

Las palabras de Jasmine la habían animado a pensar que Argon se estaba curando y la referencia encriptada sobre lo que Argon sabía acerca de encontrar a Thor y a Guwayne la estaba consumiendo. ¿Le estaba escondiendo algo? ¿Por qué no lo revelaba? ¿Y cómo sabía una chica joven todo aquello?

Gwen, desesperada por una oportunidad, una pista, para poder reunirse con su marido y su hijo, ardía en deseos cuando llegó al piso de arriba y fue corriendo hacia la gran puerta arqueada que llevaba a su habitación.

Dos de los guardas del Rey estaban allí delante, pero cuando vieron la expresión en su cara se lo pensaron mejor.

“Abrid la puerta de inmediato”, dijo, usando la voz de una Reina.

Ellos intercambiaron una mirada y dieron un paso a un lado, abrieron la puerta y ella entró corriendo.

Gwendolyn entró a la habitación, la puerta se cerró de golpe tras ella y, al hacerlo, se sobresaltó por lo que vio ante ella. Allí, en la magnífica torre en espiral, había una hermosa habitación en forma de círculo, con las paredes hechas de adoquines y las paredes forradas de vitrales. Todavía era más sorprendente lo que allí vio: Argon, sentado en la cama, despierto, alerta, mirándola, llevando su túnica blanca y sujetando su bastón. Estaba encantada de verlo vivo,

consciente, de vuelta a su yo. Todavía se sorprendió más al ver, sentada al lado de la cama, a una mujer que parecía no tener edad, con el pelo largo y sedoso y la raya en medio que llevaba un vestido verde de seda. Sus ojos eran de un rojo brillante y estaba sentada totalmente erguida, con una mano en la espalda de Argon y la otra en el hombro y canturreaba en voz baja con los ojos cerrados.

Gwen se dio cuenta enseguida de que debía tratarse de la curandera personal del Rey, la responsable de la recuperación de Argon.

Además, Gwendolyn notó inmediatamente la conexión entre los dos, notó que se gustaban.

Era extraño –Gwendolyn nunca hubiera imaginado que Argon se enamoraría. Pero al mirarlos, parecían perfectos juntos. Cada uno de ellos era un poderoso hechicero.

Gwen se paralizó, muy sobresaltada ante lo que veía, no sabía qué decir.

Argon la miró, sus ojos iluminados con intensidad cuando él se puso de pie con toda su altura, sujetando el bastón. Se sintió aliviado de que su gran poder hubiera vuelto a él.

“Vives”, dijo ella, estupefacta.

Él asintió con la cabeza e hizo una ligera sonrisa.

“En efecto”, respondió él. “Gracias a que tú me llevaste a través del desierto. Y a la ayuda de Celta”.

Celta hizo una señal con la cabeza a Argon y sus miradas se entrelazaron.

Gwen deseaba correr a abrazarlo y, sin embargo, tenía un conflicto; estaba enfadada con él por no contarle lo que fuera que le escondía para encontrar a su marido y a su hijo.

“¿Qué sabes sobre Thor?” preguntó. “¿Y Guwayne? ¿Y por qué no me contaste que tenías un hermano?”

Argon simplemente la miró, con los ojos brillantes, sin titubear, perdido en mundos lejanos que sabía que ella jamás comprendería.

Una parte de él era inalcanzable, incluso para ella.

“No todo el conocimiento debe ser revelado”, respondió finalmente.

Gwen frunció el ceño, negándose a aceptar un no por respuesta.

“Guwayne es mi *hijo*”, dijo. “Thor es mi marido. Merezco saber dónde están. *Necesito* saber dónde están”, dijo ella, dando un paso adelante, desesperada.

Argon la miró fijamente durante un buen rato, entonces finalmente suspiró, se dio la vuelta, caminó hasta la ventana y miró hacia fuera.

“Hace muchos siglos”, le dijo, “antes del padre de tu padre, y de su padre antes que él, mi hermano y yo estábamos muy unidos. Sin embargo, el tiempo puede bifurcar incluso los ríos más fuertes y, con el tiempo, nos distanciamos. El universo no era lo suficientemente grande para albergar a dos hermanos, a dos hermanos como Ragon y yo”.

Argon se quedó en silencio durante un buen rato, mirando por la ventana.

“Estaba claro que el lugar de Argon era aquí, en la Cresta, a este lado del mundo”, continuó, “mientras el mío estaba en otro lugar, en el Anillo. Éramos dos caras de la misma moneda, dos caras del mismo padre, muy parecidos a los dos lados del Anillo y de la Cresta”.

Cuando Argon volvió a quedarse en silencio, Gwen lo procesaba todo. Era difícil de imaginar: el padre de Argon y Ragon. Las preguntas la desbordaban, pero se mordía la lengua.

Por fin, empezó de nuevo.

“Mi lugar estaba en el Anillo, protegiendo el Cañón, sujetando el Escudo. Guardando la Espada del Destino mientras Ragon guardaba la Cresta. Vivimos así durante muchos, muchos siglos”.

“Pero él no está aquí ahora!, dijo Gwen, perpleja.

Argon negó con la cabeza.

“No, no está aquí”.

“¿Entonces dónde está?” preguntó ella.

“Ragon previó el fin de la Cresta”, respondió Argon, “y siguió los pasos necesarios para salvarlo. Está en el exilio, en la Isla de la Luz, preparándose para la segunda llegada”.

“¿La segunda llegada?” preguntó Gwen.

Argon hizo un largo y profundo suspiro y se quedó en silencio. Gwen no quería fisgonear, pero necesitaba saber a dónde llevaba todo esto y qué relación tenía con Thor.

“Lo que yo quiero saber es sobre Thorgrin y Guwayne”, insistió finalmente. “¿Qué es lo que no me estás contando?”

Argon parecía angustiado mientras miraba por la ventana hasta que, por fin, se dio la vuelta y la miró. La intensidad de su mirada era abrumadora.

“En la vida se nos conceden algunas cosas”, dijo seriamente, “mientras otras se nos quitan.

Debemos celebrar lo que tenemos mientras lo tengamos. Y cuando algo está perdido para nosotros, debemos dejar que se vaya”.

Gwen sentía que el corazón se le encogía ante sus palabras.

“¿Qué estás diciendo?” exigió.

Él dio dos pasos hacia ella, quedándose a pocos metros, mirándola con tal intensidad que ella tuvo que apartar la vista. Nunca lo había visto con una expresión tan seria.

“Tu marido se ha ido”, pronunció seriamente, cada una de sus palabras fue como un golpe a su corazón. “Tu hijo también se ha ido para ti. Lo siento, nunca regresarán. No de la manera que tú los conoces”.

Gwen sentía como si se desplomara.

“¡NO!” gritó, llorando, como si todo estallara en ella. Corrió hacia delante y agarró a Argon por su ropa y le golpeó en el pecho con el puño, una y otra vez.

Argon estaba allí, inexpresivo, no se defendía de ella ni tampoco

la consolaba.

“Lo siento”, dijo, tras unos instantes. “Yo quería a Thorgrin como a un hijo. Y también a

Guwayne”.

“¡NO!” gritó, negándose a aceptarlo.

Gwen se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación, por el pasillo y salió a los amplios parapetos de encima del castillo. Estaba allí, sola, agarrándose a la barandilla y buscando en el horizonte. Miraba a los lejanos picos, a la neblina que colgaba por encima de la Cresta. En algún lugar más allá estaba el Gran Desierto y, más allá, el gran mar. Llevándose a Thorgrin y a Guwayne”.

No podía aceptar su destino. Jamás.

“¡NO!” gritó Gwen a los cielos. “¡Volved a mí!”

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Thor sentía un presentimiento cada vez más profundo mientras se cogía a la barandilla, en la proa del barco y miraba fijamente hacia los Estrechos de la Locura, que se cernían sobre él. Las rojas aguas de sangre se agitaban por debajo mientras sus corrientes llevaban el barco hacia los estrechos. Thor miraba de un lado a otro, igual que los demás, alzando la mirada y fijándose en los acantilados totalmente negros, abruptos, derechos hacia arriba, hechos de una piedra negra que no reconocía. Estaban muy cerca los unos de los otros, dejando menos de veinte metros de aguas furiosas para pasar y Thor sentía claustrofobia, el cielo estaba prácticamente cerrado. También se sentía vulnerable al ataque, especialmente cuando miró con atención los acantilados y divisó miles de grupos de pequeños ojos amarillos, brillantes, que se asomaban por diminutos agujeros en las rocas, para desaparecer después. Sentía como si lo estuvieran observando un millón de criaturas.

Pero esto no era lo que más le preocupaba. Cuando entró a los Estrechos, el agua se agitó violentamente, moviendo el barco de un lado hacia el otro, arriba y abajo y Thor empezó a escuchar algo, que se oía por encima del estruendo de las olas y el viento. Al principio era suave, como un zumbido lejano; sin embargo, mientras avanzaban se hizo más intenso. Era casi como un canto, como un coro de paz canturreando en un tono bajo. Sonaba como un redoble de tambor, parecía que su corazón estuviera golpeando fuera de su cabeza; resonaba dentro de lo más recóndito de su tímpano y el sentimiento lo estaba volviendo loco.

Thor se agarraba a la barandilla, experimentando una sensación que jamás había tenido antes; era como si un invasor que no era bienvenido hubiera entrado en su cuerpo. Por primera vez en su vida sintió que estaba perdiendo el control sobre sí mismo. Como si ya no pudiera pensar con claridad.

El canto era cada vez más fuerte y él cada vez se sentía más inquieto; cada pequeño sonido se amplificaba en su interior: el agua chocando contra el casco, las velas agitándose, el sonido de aquellos insectos, zumbando, el chillido de un pájaro por allí arriba. No podía apagarlo y lo estaba volviendo loco.

Thor empezó a sentir una ira corriendo por sus venas, una ira que no podía controlar ni entender. Lo estaba consumiendo, le entraban ganas de golpear, de matar algo –lo que fuera. No comprendía de dónde venía y, cuanto más se adentraban a los Estrechos, sentía que se iba apoderando totalmente de él. Como si se adueñara de su misma alma.

Thor se cogía tan fuerte a la barandilla que sus nudillos se habían puesto blancos mientras intentaba controlarse, liberarse de lo que fuera que le estaba consumiendo. Echó un vistazo a los demás, con la esperanza de que vieran el horror por el que estaba pasando y fueran corriendo a ayudarlo.

Pero cuando Thor vio a los demás, su temor tan solo aumentó. Con una mirada vio que, cualquiera que fuera la locura que lo había aprisionado, también se había apoderado de los demás.

Allí estaba Elden, corriendo hacia delante y dándose cabezazos contra el mástil, una y otra vez; Angel, acurrucada en una bola en el suelo, sujetándose la cabeza; Selese, meciéndose de izquierda a derecha, rodeándose con sus manos; Matus de rodillas en cubierta, tirándose de los pelos; Reece desenfundaba y enfundaba su espada, una y otra vez; O'Connor caminaba por cubierta como loco, corriendo de arriba para abajo, como si quisiera bajarse del barco; e Indra levantaba su lanza y la arrojaba contra cubierta, tan solo para sacarla y volverlo a hacer una vez tras otra.

Thor se dio cuenta de que todos habían enloquecido. Por primera vez en su vida no podía pensar con claridad, no se le ocurría una estrategia para salir de allí, rescatarlos a todos y liberarse.

No podía pensar de ninguna manera. Solo sentía que se estaba

convirtiéndose en una bola de ira, que cada vez se hacía más y más grande, que no podía controlar ni con sus poderes más grandes. En su interior se estaba librando una lucha titánica.

Y él la estaba perdiendo.

Thor gritaba mientras caía sobre sus rodillas, con ganas de arrancarse su propia piel, como si se le partiera la cabeza, el canto era cada vez más fuerte en su interior mientras el barco se balanceaba más violentamente. Thor sentía como si tuviera que matar a algo – cualquier cosa- para detenerlo.

Al mirar hacia abajo, Thor vio que agarraba la empuñadura de la Espada de los Muertos, apretándola y soltándola, apretándola y soltándola, sus manos casi se movían por sí mismas. Al mirarla con atención, vio que las pequeñas caras que había en la empuñadura empezaban a moverse, frunciendo el ceño, como si la misma espada estuviera cobrando vida. Thor se dio cuenta de que aquellos Estrechos de la Locura también estaban afectando a la espada.

Thor se encontró a sí mismo desenvainando la espada de su funda, contra su voluntad; intentaba ponerla en su sitio con todas sus fuerzas, pero era incapaz. La Espada lo sujetaba y la locura mandaba sobre él. Thor ardía por matar a cualquier enemigo que pudiera, para hacer que todo aquello terminara.

Pero el problema es que no había ningún enemigo. Solo había aire.

Thor escuchó un grito y, al girarse, no podía creer lo que vio: allí estaba O'Connor, corriendo a través del barco, chillando y, a continuación, se puso sobre la barandilla de un salto y brincó hacia un lado, saltando al aire.

“¡O'CONNOR!” gritó Thor.

Pero era demasiado tarde. No había nada que Thor pudiera hacer salvo observar, con impotencia, cómo O'Connor se tiraba por la borda, de cabeza, sumergiéndose a unos nueve metros hacia las rojas aguas furiosas de allá abajo. O'Connor levantó los brazos y los

agitaba antes de ser inmediatamente barrido por ellas y a continuación, tragado bajo la superficie.

Nadie acudió en su ayuda –todos ellos, Thor incluido, estaban demasiado preocupados con sus propios infiernos privados. Pronto, los gritos de O’Connor se detuvieron y Thor sintió una inexplicable agonía al saber que acababan de perder a un miembro de la Legión para siempre.

Thor ardía por saltar a salvarlo, pero no podía. E intentaba con todas sus fuerzas volver a envainar su espada, pero tampoco pudo. Sus manos temblaban por el esfuerzo, pero eran más fuertes que él.

De repente, para horror de Thor, se dio cuenta de que se estaba apuntando a sí mismo con la punta de su espada, a su corazón. Sus manos temblaban al darse cuenta de que se iba a matar a sí mismo.

Thor notó movimiento y, al alzar la vista, vio que Reece estaba andando hacia él, luchando con sí mismo, envainando y desenvainando su espada, con una mirada de dolor y confusión en su rostro. Por un instante, Reece parecía sujetarse, ser más fuerte que aquello, fuera lo que fuera.

“¡Sé fuerte, Thorgrin!” gritó Reece, por encima del estruendo del viento y del mar embravecido. “Podemos luchar contra esto. ¡Somos más fuertes que esto!”

Thor intentaba escuchar las palabras de su amigo, pero el canto que había en su interior cada vez era más fuerte, el redoble de la ira lo alentaba.

“¡Casi hemos llegado, Thorgrin!” gritó Reece. “¡Solo unos cuantos metros más!”

Thor siguió su mirada y, al darse la vuelta vio el final de los Estrechos de la Locura amenazantes, los acantilados separando sus caminos, las aguas calmándose y el cielo abriéndose a la luz.

Pero aunque solo estuvieran a unos metros, para él era demasiado lejos. Podría haber estado perfectamente al otro extremo del mundo.

Thor no podía soportarlo ni un segundo más. Ya no podía

contener la furia, el deseo de matar.

En un momento horrible, un momento que perseguiría a Thorgrin por el resto de su vida, se encontró de pie, con las manos temblorosas, apartando la punta de su espada de su pecho. En cambio, se horrorizó al ver que la estaba girando y dirigiéndola hacia Reece.

Reece bajó la vista y observó y su rostro cayó en el horror cuando él también se dio cuenta de lo que Thor estaba a punto de hacer.

Pero ninguno de ellos podía controlarlo, ambos estaban sujetos a algo mucho más poderoso que ellos.

Thor, incapaz de hacer otra cosa, se encontró a sí mismo dando un paso al frente, levantando su espada y, cuando Reece estiró el brazo para consolarlo, la clavó en el corazón latiente al mejor amigo que tenía en el mundo.

Thor no podía hacer nada sino estar allí y respirar agitadamente mientras se aferraba a Reece y mataba al hombre que más quería del mundo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Darius estaba tumbado sobre su espalda y, al alzar la vista, vio a una de aquellas criaturas levantando su hacha por encima de su cabeza y bajándola directa hacia su cara. Su mundo se movía a cámara lenta: sentía cada movimiento del viento, vio la cara congelada de la bestia, oía los lejanos gritos de la multitud. Se dio cuenta de que aquello era lo que se sentía al vivir tu último aliento.

Darius quería reaccionar a tiempo, salir rodando por el suelo o parar el golpe –sin embargo, sabía que no podía. Su espada estaba e menos de un metro y esta vez la criatura había venido demasiado rápido hacia él como para poder reaccionar a tiempo. Por el rabillo del ojo, Darius vio a sus compañeros gladiadores, todos muertos en el suelo y supo que también había llegado su hora.

Aquí encontraría su final, en este suelo polvoriento, en este odiado circo, con todos aquellos gladiadores a quienes no conocía, asesinados por aquella horrorosa bestia.

Darius no se arrepentía de nada. Había luchado con orgullo, no se había echado atrás, y se había enfrentado a todo lo que le habían puesto por delante. Por lo menos, ahora tenía la oportunidad de reunirse con sus hermanos de armas –Raj, Desmond, Kaz y Luzi- y juntarse con ellos en el siguiente mundo. Darius pensaba en Loti y se preguntaba si ella también estaba muerta, esperando a recibirle o si todavía estaba viva en algún lugar. No sabía qué era peor.

El hacha estaba más cerca y Darius sintió su brisa y se preparó para morir cuando, de golpe, un sonido metálico sonó en sus oídos. Darius parpadeó y, al alzar la vista, vio que el filo de la enorme hacha era detenido por un largo bastón de plata, justo a unos centímetros de su cara.

Darius miró a su alrededor y se sorprendió al ver a Deklan, allí de

pie calmado con su túnica marrón, mirando desafiante a la bestia mientras sujetaba su bastón de plata, paraba el golpe y le salvaba la vida a Darius.

Darius parpadeó varias veces, sin entender lo que estaba viendo. ¿Qué estaba haciendo allí Deklan? ¿Por qué había arriesgado su vida por él? ¿Cómo podía ser tan fuerte como para detener aquel espectacular golpe con su bastón de plata?

Mientras Darius miraba fijamente, incrédulo, todavía intentando procesarlo todo, intentando procesar que todavía estaba vivo, vio cómo Deklan entraba en acción. Deklan hizo girar su bastón en forma de círculo, tirando el hacha de la mano de la criatura y, entonces, tiró su bastón hacia atrás y golpeó a la criatura entre los ojos, tirándolo hacia atrás.

La enorme hacha daba vueltas en el aire y Deklan estiró el brazo y la cogió sin problemas.

Mientras varias criaturas iban a su encuentro, la echó hacia atrás y la lanzó. Dio vueltas sobre sí misma en el aire y fue a parar a la cabeza de la criatura –para deleite de la multitud– y la derribó.

En el mismo movimiento, Deklan hizo oscilar su espada y golpeó a otra criatura en un lado de su cabeza, haciendo que tirara su espada a medio golpe y que cayera sobre sus rodillas. Otras criaturas se echaron encima suyo, pero Deklan se enfrentó a ellas con calma, apenas parecía angustiado cuando las esquivó y balanceó su bastón en todas direcciones, de un lado a otro, golpeando a uno por aquí y a otro por allí, moviéndose como el rayo mientras corría a toda velocidad entre ellas. Estaba constantemente en movimiento, como un gato, moviéndose con una velocidad y una destreza impresionantes; era más ágil y elegante que cualquier luchador que Darius hubiera visto jamás.

Deklan giró sobre sí mismo y golpeó a una en la muñeca, desarmándola. Entonces golpeó de lado a una en la garganta y, a continuación, esquivó y barrió a otra por debajo de sus rodillas, para

rodar por los suelos y hacer girar la espada hacia arriba, golpeando a otra entre las piernas. Creó un círculo de devastación a su alrededor, parando y esquivando los golpes, moviéndose tan rápido que nadie podía tocarlo. Era como un remolino y no se detuvo hasta que todas las criaturas yacían en el suelo ante él.

En una pausa de la batalla, Deklan caminó hacia Darius, tranquilo y calmado, y le tendió una mano.

Darius alzó la vista, atónito, apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Cogió la mano de Deklan y este tiró de él hasta ponerlo de pie.

Deklan le sonrió.

“Pensé que no podía dejarte a ti toda la diversión”, dijo con una sonrisa.

Deklan cogió un hacha del suelo, dio un paso adelante y cortó las cadenas de Darius, liberándolo.

La multitud gritó por la sorpresa y por el placer y Darius se dio la vuelta y lo observó todo, allí de pie con Deklan en el ojo del huracán, viendo a todas las criaturas que habían sido derribadas, a punto de levantarse de nuevo. Él miró a Deklan asombrado, perplejo. Nunca se había encontrado con un guerrero más grande. ¿Quién era ese hombre?

A su alrededor, las criaturas se levantaban lentamente y, mientras Darius agarraba con fuerza el mango del hacha, se sintió envalentonado. Estando allí, lado a lado con Deklan, por primera vez sintió que podía ganar.

“No lo comprendo”, dijo Darius mientras esperaban, espalda contra espalda, a que las criaturas volvieran. “¿Por qué te jugaste la vida por mí?”

“Vi que tenías razón”, dijo él. “La vida es algo pequeño. El honor es más importante. En algún lugar del camino, me perdí. Tú me ayudaste a encontrarlo de nuevo. Ya he dejado de sobrevivir: ahora escojo vivir, y vivir con honor”.

“¿Pero por qué yo?” insistió Darius, algo le inquietaba. “¿Por qué dejarlo todo, por qué arriesgar tu vida por mí, un extraño?”

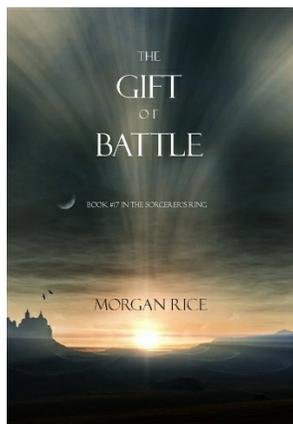
Entonces hubo una pausa, en medio del rugido de la multitud, mientras más criaturas se ponían de pie, formando un pequeño ejército para volver hacia ellos. Darius se preparó, pues sabía que la lucha por su vida estaba al caer.

“Porque, Darius”, respondió finalmente Deklan, “tú no eres un extraño”.

Darius lo miró, atónito, y al hacerlo reconoció algo en los ojos del hombre, algo que había estado en el fondo de su conciencia, algo que finalmente tenía sentido.

“Porque tú, Darius”, dijo preparándose para los golpes que se avecinaban, “eres mi hijo”.

¡YA ESTÁ DISPONIBLE!
¡EL FINAL DEL ANILLO DEL HECHICERO!



EL DON DE LA BATALLA

(LIBRO #17 EN EL ANILLO DEL HECHICERO)

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros aguerridos e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades.

Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico”.

- *Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos (sobre *La Senda de los Héroes*)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17) es el final de la serie éxito en ventas EL ANILLO DEL

HECHICERO, ¡que empieza con UNA SENDA DE HÉROES (Libro #1)!

En EL DON DE LA BATALLA (Libro #17) Thor se enfrenta con su mayor y último reto, al adentrarse más en la Tierra de Sangre en un intento por rescatar a Guwayne. Al encontrarse con enemigos más poderosos de lo que jamás hubiera pensado, Thor pronto se da cuenta de que se enfrenta a un ejército de tinieblas, para el que sus poderes no están preparados. Cuando descubre que un objeto sagrado puede otorgarle los poderes que necesita –un objeto que se

ha mantenido en secreto durante mucho tiempo-debe embarcarse en una misión final para recuperarlo antes de que sea demasiado tarde, con el destino del Anillo en una balanza.

Gwendolyn mantiene su promesa al Rey de la Cresta, entrando a la torre y enfrentándose al líder del culto para descubrir el secreto que esconde. La revelación la manda a Argon y, por último, al maestro de Argon, donde descubre el mayor de los secretos, uno que puede cambiar el destino de su pueblo.

Cuando la Cresta es descubierta por el Imperio, empieza la invasión y bajo el ataque del mayor ejército conocido por el hombre, recae en Gwendolyn el tener que defender y guiar a su pueblo a un éxodo final en masa.

Los hermanos de la Legión de Thor, por su lado, se enfrentan a peligros inimaginables, mientras Angel está muriendo por la lepra.

Darius lucha por su vida al lado de su padre en la capital del Imperio, hasta que un cambio inesperado lo empuja, sin nada que perder, a utilizar sus propios poderes. Erec y Alistair llegan a Volusia, luchando río arriba y continúan su búsqueda de Gwendolyn y los exiliados, mientras se enfrentan a batallas inesperadas. Y Godfrey se da cuenta de que, por último, debe tomar la decisión de ser el hombre que desea ser.

Volusia, rodeada por todo el poder de los Caballeros de los Siete, debe ponerse a prueba como diosa y descubrir si ella sola tiene el poder de machacar a los hombres y gobernar el Imperio. Mientras Argon se enfrenta al final de sus días, se da cuenta de que ha llegado el momento de sacrificarse.

Mientras el bien y el mal cuelgan en una balanza, una épica batalla final –la batalla más grande de todas-determinará el desenlace del Anillo para siempre.

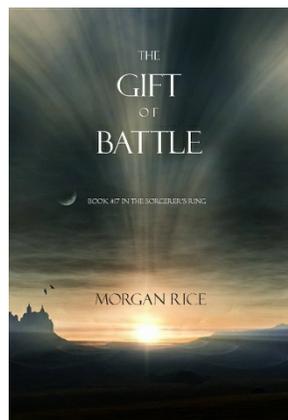
Con su sofisticada construcción del mundo y caracterización, EL DON DE LA BATALLA es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y

maquinaciones políticas, de crecimiento, de corazones rotos, de engaño, ambición y traición. Es un relato de honor y valentía, de sino y destino, de brujería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos y que gustará a todas las edades y géneros. EL DON DE LA BATALLA es el libro más largo de la serie, ¡con 93.000 palabras!

Y la nueva serie de fantasía épica de Morgan, EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (REYES Y HECHICEROS – LIBRO 1).

“Llena de acción... La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante”.

- *Publishers Weekly* (sobre *La Senda de los Héroes*)



EL DON DE LA BATALLA
(LIBRO 17 EL ANILLO DEL HECHICERO)